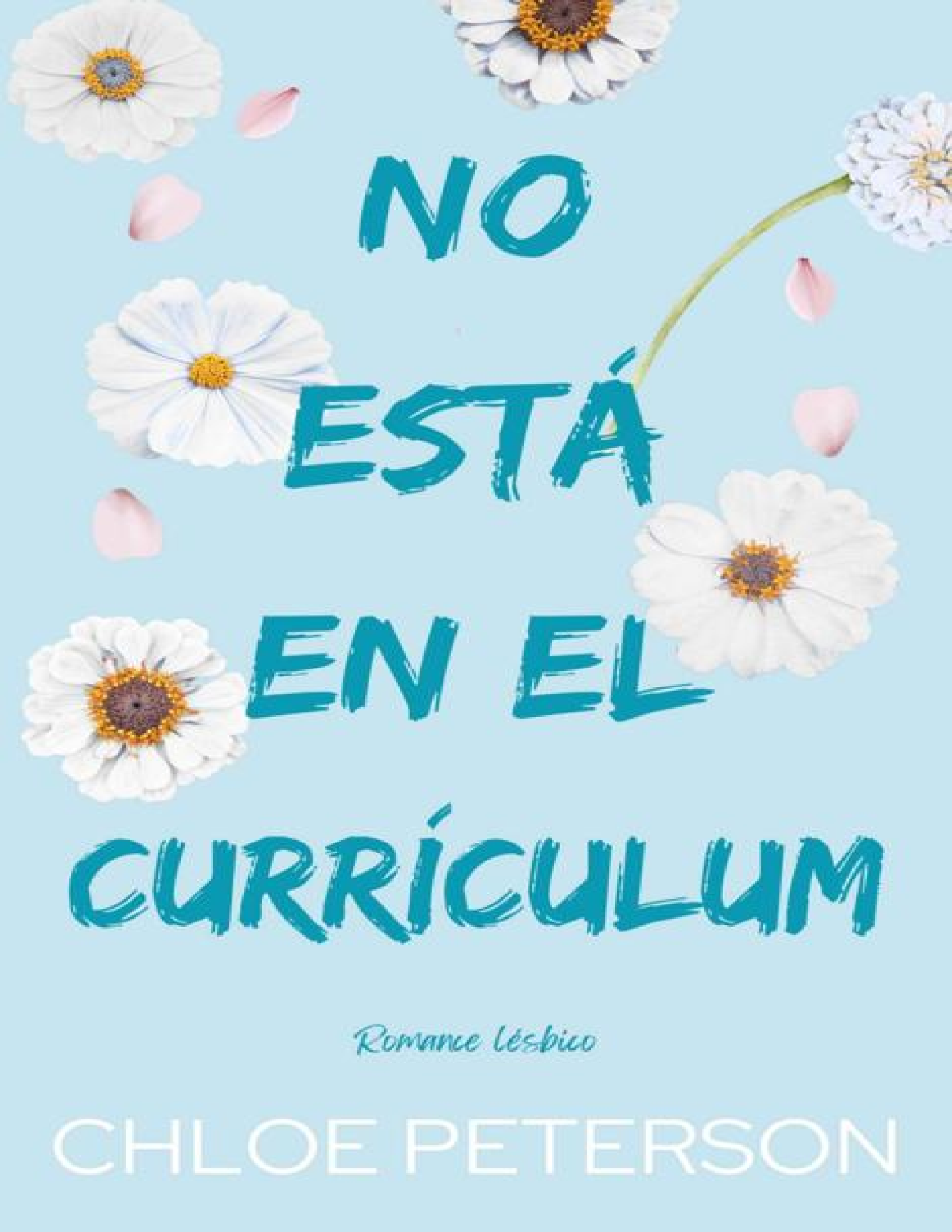

NO
ESTÁ
EN EL
CURRÍCULUM
Romance lésbico
CHLOE PETERSON

NO ESTÁ EN EL CURRÍCULUM

CONDICIONES TÁCITAS

LIBRO 1

CHLOE PETERSON

Copyright © 2025 by Chloe Peterson

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

1

Cameron

—No puedes hablar en serio.

Presionando las yemas de mis dedos contra mis sienes, cerré los ojos ante lo imposible de todo esto.

Apenas las 9 de la mañana y ya estaba lista para irme a casa.

—¡D-debe haber algún error!

—¡El único error fue contratarte como asistente! —grité. La frustración clavaba sus garras al rojo vivo en mi piel.

Mi asistente se encogió frente a mí, hundiendo los hombros como si hubiera levantado una mano para golpearla.

La furia burbujeó en mi pecho y ardió como veneno en mi lengua.

—¿Es realmente tan imposible programar una maldita cita para brunch? —Las uñas de mis dedos dejaron pequeñas marcas rojas en las palmas de mis manos—. Es a la misma hora cada semana, ¡y sin embargo has programado tres reuniones con inversionistas al mismo tiempo!

—Fue un error honesto —suplicó, retorciéndose las manos ansiosamente.

Sus ojos se agrandaron de miedo, como si yo fuera un tigre acechando. Y, honestamente, me dio cierta satisfacción. Si tan solo pudiera asustarla para que hiciera bien su trabajo.

—L-lo siento mucho, señorita Pierce —tartamudeó Lydia, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

Quería sentir lástima por ella, decirle que estaba bien y que todo tenía fácil solución. Pero la energía no era algo que me sobrara.

—¡Esta es la *tercera* vez, Linda!

—Es L-Lydia —tartamudeó, pero levanté una mano.

—Solo... —Me pellizqué el puente de la nariz. Una migraña recién nacida golpeaba en la base de mi cráneo y sabía que empeoraría—. Sal; he tenido suficiente de tu incompetencia.

Hipó y prácticamente salió corriendo de mi oficina.

Desplomándome en mi silla, encendí mi ordenador y rápidamente escribí un correo a Recursos Humanos. A estas alturas, las palabras prácticamente se escribían solas: paquete de indemnización generoso, carta de recomendación decentemente escrita, bla bla bla.

Otra asistente, otra decepción.

Con un suspiro, pulsé enviar y abrí mi calendario.

—¡Dios mío!

Me quedé mirando el desastre. Cada tarea se solapaba con la anterior en una frenética excusa de agenda. Mi estómago se revolvió y, con un suspiro, agarré mi teléfono.

—¿Señorita Pierce?

—Ponte en contacto con Recursos Humanos y pídeles que finalicen mi solicitud —dije, deseando que la frialdad desapareciera —. Una vez hecho eso, diles que ya no estoy interesada en tolerar su idea de competencia.

—De inmediato, señorita Pierce.

La línea se cortó con un apagado *clic* y me permití un segundo para mirar al techo.

Mi cabeza palpitaba, el dolor pulsante retumbaba hasta mis sienes. No quería pensar en el resto de mi día, y mucho menos en el resto de la semana.

—¿No es esto un espectáculo para la vista?

Cerré los ojos con fuerza.

—¿Por qué estás aquí? —gemí cansadamente, apoyando la cabeza en mi silla.

Escuché el inconfundible sonido de una silla chirriando contra el suelo de madera e intenté no suspirar.

—No pude evitar notar que estabas, *una vez más*, sin asistente —dijo Hayden con suficiencia. Le mostré el dedo medio a ciegas, ignorando el tono satisfecho de sus risitas—. Qué pena, Cam.

—¿Por qué? —pregunté con voz monótona, negándome a abrir los ojos para *ver* la sonrisa en su cara.

—Cuando no tienes una asistente que controle tu horario infernal, *yo* soy quien tiene que escuchar lo terrible que es tu vida.

—Sí, puedo ver lo terriblemente horrible que esto es *para ti* —dije con desdén, abriendo los ojos para lanzarle una mirada mordaz.

Ella puso los ojos en blanco, de un verde brillante, y echó sus rizos oscuros sobre su hombro.

Como de costumbre, su traje pantalón dejaba poco a la imaginación; sus pantalones se adherían a cada curva y línea de su cuerpo, su impoluta camisa blanca desabotonada *justo* lo suficiente para hacerla provocativa.

Y, sin embargo, seguía presentándose como la mujer más aterradora de la industria de la hospitalidad.

—Mira, bromas aparte, esto es un problema —dijo Hayden, de repente seria—. ¿No puedo creer que hayas despedido a otra?

La miré por un largo momento antes de soltar un suspiro exhausto.

Respondí con tono impasible, volviendo a la montaña de tareas que solo crecía con cada segundo que pasaba:

—¿Por qué es tan difícil creer que estoy cansada de tener que lidiar con asistentes que no pueden hacer bien su puto trabajo?

—Porque te conozco, Cameron. Y sé que hay más en esto que tu pequeño numerito de poder.

Apretando los dientes contra la vergüenza, me aparté de mi escritorio y me puse de pie.

—¿Numerito de poder, en serio? —me burlé, concentrándome en el taconeo de mis zapatos contra el suelo para no arrancarme el pelo —. Solo dices eso porque tienes un ángel de asistente que casualmente cayó en tu regazo. Si tuvieras que lidiar con la cantidad de estupideces con las que yo he tratado, cantarías otra canción. ¿Cómo diablos te enteraste?

Hayden se mordió el interior de la mejilla como si no quisiera responder. Entrecerré los ojos y ella cedió.

—Bien, me lo dijo Nicola —admitió con un suspiro dramático.

—No me sorprende —me reí sin humor—. Tu asistente lo sabe todo, es inquietante.

—Ella es una joya —dijo Hayden con una pequeña sonrisa—. Pero eso no significa que no encuentres una asistente adecuada para ti. De hecho, tengo la candidata perfecta.

—No —dije inmediatamente, con un frío recelo aprisionando mi estómago—. Hayden, estoy harta de esta mierda. Puedo

arreglármelas sola.

—Ja, qué sarta de tonterías —se burló Hayden. Descruzó las piernas y se puso de pie, balanceando su bolso sobre su hombro con gracia—. Te están saliendo canas por minuto. Solo dale una oportunidad a la chica. ¿Por favor? Odio verte tan estresada cuando la alternativa es ridículamente simple.

Mi mirada pasó de la sonrisa suplicante de Hayden al desastre en mi calendario.

—Está bien —cedí—. Pero si resulta ser otra decepción, me pagarás el brunch durante un año.

Elliot

—¡Tu cita de las cuatro está aquí, El!

El susurro de Aidan me sobresaltó sacándome de mi ensimismamiento. Mis doloridos talones protestaron mientras giraba, pegando una sonrisa ensayada en mi rostro cansado.

—¡Señora Jones! —la saludé alegremente, extendiendo una mano para conducir a mi clienta a su mesa favorita—. Hoy ha llegado temprano.

—Mmm, tenía negocios cerca y pensé en pasar unos minutos antes —murmuró distraídamente, acomodándose mientras se sentaba—. Además, ¡no podía esperar para ver a mi monada favorita de les Amés!

Mis mejillas se sonrojaron ante su cumplido.

Rápidamente aclaré mi garganta:

—Es muy amable de su parte, señora Jones —sonreí, metiéndome el pelo detrás de la oreja, y enderecé mi uniforme blanco y negro—. ¿Qué puedo servirle hoy?

—Es Hayden, cariño —dijo, guiñándome un ojo—. Y tomaré lo de siempre... Oh, espera, pensándolo mejor, tomaré el caviar con crème fraîche. Que sean dos porciones.

—De inmediato, señora Jo... eh, Hayden —me corregí con una inclinación de barbilla. Envié su pedido a la cocina y le traje su bebida favorita, vodka con limón helado.

—¡Perfecto! —exclamó, dando un largo sorbo y suspirando con satisfacción—. Elliot, ¿te importaría sentarte un momento?

Parpadeé y busqué en sus ojos verde cristalino algún indicio de travesura, porque *seguramente* esto era una broma.

—Yo... eh, ¿perdón?

—Siéntate, siéntate —insistió, señalando el lugar vacío frente a ella.

—¿El señor Moreno no la acompañará hoy? —pregunté, buscando una excusa; no había dormido lo suficiente para esto.

—¡Por favor! —Se rió, tomando otro sorbo de su bebida—. Probablemente sigue inconsciente después de beber su peso en whisky. Insisto.

Me mordí el interior de la mejilla, pero cedí y me dejé caer en la silla vacía.

—Háblame de ti, Elliot —me animó, sorprendiéndome con su petición. Ninguno de mis clientes preguntaba nunca por mí.

Miré a la señora Jones; sinceridad y genuina curiosidad rebosaban en su mirada.

—¿Qué le gustaría saber?

—¿Cuáles son tus ambiciones en la vida? —preguntó sin perder un segundo—. ¿Cuáles son tus esperanzas y sueños para el futuro?

—Eso es, um... no esperaba eso —balbuceé, repentinamente consciente de lo diferentes que éramos—. ¿Se refiere en general, o...?

—Dentro de diez años, ¿dónde te ves?

Fruncí el ceño.

—Nunca lo he pensado —dije honestamente, sonrojándome.

La señora Jones ladeó la cabeza, arqueando una ceja perfecta con curiosidad.

—No pareces el tipo de persona que "se deja llevar". ¿De verdad nunca lo has pensado?

Miré hacia el borde afilado de la servilleta dispuesta artísticamente sobre la mesa.

—Nunca he tenido ese lujo —murmuré, volviendo a mirar a la señora Jones—. Una vez que me gradué del instituto, tuve que empezar a trabajar. Dentro de diez años, seguiré trabajando.

—¿Aquí? —insistió, inclinándose hacia delante con complicidad.

—Espero que no —susurré, cubriendo mi sonrisa mortificada con una mano—. A menos que todos mis clientes sean como usted.

Los ojos de la señora Jones se agrandaron y soltó una carcajada, golpeando la mesa con un puño manicurado. La copa y la porcelana temblaron.

Entré en pánico, medio levantándome por si algo se rompía.

—Pequeña encantadora —me regañó sin aliento, jadeando entre otra ronda de risas—. Oh, no estarás aquí mucho más tiempo, puedo

verlo.

Eso me devolvió a la realidad al instante.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —y su voz bajó de tono— que tengo la oportunidad perfecta para que dejes este lugar y realmente llegues a alguna parte en la vida.

Me reí.

—Dudo que haya algo único que pueda hacer por usted, señora Jones.

—No para mí —guiñó un ojo—. Una muy buena amiga mía necesita un asistente personal y no hay nadie mejor que tú para el trabajo.

—No tengo experiencia como asistente personal de nadie —murmuré incómodamente, poniéndome de pie—. Y si son amigos cercanos suyos, señora Jones, entonces son personas muy importantes, y estoy aún menos cualificado para el trabajo.

—¡Tonterías! —exclamó—. Te he visto lidiar con clientes difíciles con facilidad; eres el solucionador de problemas por excelencia.

Forcé una sonrisa, tratando de ignorar lo absurdo de la situación. ¿Quién demonios acepta ofertas de trabajo de millonarios en su lugar de trabajo *mientras está en turno*?

—Voy a comprobar su pedido, señora Jones —dije a modo de salida, logrando no correr a refugiarme en la cocina solo gracias a años en la hostelería.

—Vaya, Ell, parece que hubieras visto un fantasma —comentó Nolan, levantando la vista de su emplatado cuando entré corriendo —. Tu pedido está allí.

Asentí distraídamente y agarré los platos, colocándolos en una bandeja de plata y haciendo todo lo posible por respirar a pleno pulmón.

Podría simplemente ignorarlo, pensé, moviéndome mecánicamente a través de la rutina de emplatar el caviar. Podría simplemente decirle que mi contrato no terminaría hasta dentro de un año y entonces me dejaría en paz.

Sí, eso era.

Levanté la bandeja en mi mano, mis respiraciones más calmadas y profundas de lo que habían sido cinco segundos antes, y salí de nuevo.

—Señora Jones —dije, sorprendida por lo firme que sonaba mi voz—. Su pedido.

—¡Fabuloso! —exclamó, comenzando a comer al instante—. Ahora, sobre esa posición...

—Me temo que tendré que rechazarla —dije, interrumpiéndola. Ella parpadeó una vez hacia mí, y tomé eso como una invitación para continuar—. Tengo las manos llenas aquí y no creo que esté hecha para... para su mundo.

Me estudió durante un largo momento, demasiado largo, antes de fruncir el ceño pensativamente.

—Si vas a trabajar el resto de tu vida —dijo encogiéndose de hombros—, al menos asegúrate de que te paguen por ello.

Bajé la mirada y ella se rió, deslizando una tarjeta de visita en mi línea de visión.

—Jueves por la mañana —dijo simplemente—. A las nueve en punto.

2

Elliot

Incluso después de verificar y volver a verificar mi reflejo en el espejo antes de salir, seguía tirando nerviosamente de las mangas de mi chaqueta. Mi falda de tubo se ajustaba firmemente alrededor de mis muslos, haciendo que cada paso fuera inestable y rígido. Mi camisa abotonada, la única que poseía, amenazaba con asfixiarme hasta que quería arrancármela.

Habían pasado demasiados años desde que necesité usar "ropa de entrevista", y se notaba.

Jugueteé con el cuello de mi camisa y revisé la hora en mi teléfono de nuevo.

El metro se balanceaba y traqueteaba mientras cruzaba la ciudad, agitando mis nervios hasta que estuve segura de que me enfermaría. Para cuando me bajé en mi parada, mis tobillos se tambaleaban peligrosamente bajo mi peso y cuestioné mi vacilante confianza.

—¿A quién quiero engañar? —murmuré, bajando la cabeza y concentrando toda mi atención en no tropezar al subir las escaleras —. *No* hay manera de que esté hecha para esto.

Desbloqueé mi teléfono e ingresé en Maps la dirección que me había enviado la Sra. Jones, tratando de no concentrarme demasiado en el persistente balanceo que el metro había dejado en mis piernas.

—A siete minutos —suspiré, resignándome a la incomodidad de mis tacones completamente nuevos.

La tensión tiraba de mis hombros y marqué el último contacto en mis llamadas recientes, mordisqueando ansiosamente mi uña del pulgar hasta la cutícula.

—¿No se supone que deberías estar en una entrevista elegante? —preguntó Reese a modo de saludo. Suspiré aliviada, parte del miedo disminuyendo al escuchar su voz.

—Para la cual ni siquiera te molestaste en desearme suerte —le recordé—. ¿Qué clase de amiga no le desea suerte a otra amiga?

—La *mejor* clase —respondió con ingenio, su voz ligeramente amortiguada. Me la imaginé cambiando el teléfono de una oreja a otra, como siempre hacía—. Considerando que sé que no necesitas ninguna suerte.

—Y un cuerno que no la necesito —dije con sarcasmo, pero me reconfortaba saber que alguien creía en mí—. Estoy intentándolo donde no me corresponde, ambas lo sabemos.

—Solo dices eso —me interrumpió—. Porque si esperas lo peor, o te llevas una grata sorpresa o estás preparada para la alternativa. ¡Vive un poco, Ellie! ¡Eres increíble y lo vas a hacer genial!

Solté un suspiro. —Sí —concordé, mirando fijamente a mi destino.

Decir que era una "maravilla de la arquitectura" se quedaba corto.

El edificio se retorcía desde la acera en una guirnalda de cristal negro y acero, todo en él gritaba *riqueza*.

—¡Ve a por todas!

Sin otra palabra, Reese colgó. Me quedé aterradoramente sola frente a un edificio que estaba segura esperaba abrirse y tragarme entera.

Forcé a mis piernas a moverse, apartando la ansiedad que arañaba mi pecho y caminando a través de las puertas automáticas de cristal negro hacia el aire fresco del vestíbulo con aire acondicionado.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Me volví hacia el guardia de seguridad que estaba cerca de la puerta, parpadeando antes de darme cuenta de que me hablaba a mí. Tragué saliva.

—Estoy aquí para ver a la Sra. Pierce.

Odiaba el temblor en mi voz, pero él sonrió amablemente, con el teclado cliqueando bajo sus dedos rápidos.

—Identificación, por favor —me indicó.

Se la entregué sin cuestionar, tomando nota distraídamente de lo estricta que parecía ser la seguridad mientras odiaba la cantidad de personas que deambulaban por el lugar.

—Muy bien, puede subir. Stefan la acompañará.

Como si fuera invocado por su nombre, Stefan se materializó a mi lado, su rostro tallado con severidad.

No hizo nada para aliviar mi ansiedad.

—Gracias —dije, siguiendo la marcha militar de Stefan hacia el ascensor más cercano. Solo tenía que entrar en el ascensor y podría respirar por un segundo, solo cuatro pasos más...

—¡Uf!

Mi teléfono cayó al suelo con un *CRASH* que captó la atención de todos, y recé en silencio para que el costoso suelo de mármol desapareciera bajo mis pies.

La persona contra la que choqué chasqueó la lengua y levanté la cabeza, con los ojos tan abiertos como los de un ciervo.

—¡Lo siento mucho! —balbuceé, agitando mis manos sobre el traje obviamente caro de la mujer como si lo hubiera ensuciado solo por chocar contra ella—. Fue mi culpa, no estaba mirando...

Ella levantó una mano delgada para callarme. Una parte de mí agradeció que me impidiera hacer *más* el ridículo.

Pero luego se alejó sin decir una palabra, ni siquiera una mirada para reconocer que había hablado.

—¿Qué demonios? —murmuré, mirándola mientras mi cerebro luchaba por ponerse al día con la situación.

—Por aquí, señorita —insistió Stefan, aclarándose la garganta para llamar mi atención.

Me sobresalté un poco y lo seguí hasta el ascensor abierto, tratando de sacudirme el incidente.

Las puertas se cerraron y Stefan se quedó en un silencio resuelto a mi lado, dejándome con mis pensamientos poco útiles.

¿Realmente quería trabajar en un lugar donde la gente simplemente se empujaba con el hombro al entrar?

Giré mis hombros para evitar la rigidez, y *Dios*, ¿por qué Stefan no podía simplemente hacer una conversación casual durante el interminable ascenso hasta el jodido piso cuarenta?

Después de lo que solo podría describirse como un viaje agonizante, las puertas se abrieron en el último piso. Stefan salió y me miró expectante, como si me hubiera pedido que lo siguiera y yo hubiera optado por ignorarlo.

Caminamos en silencio a lo largo de las baldosas de mármol negro, nuestros pasos resonando huecamente en las paredes salpicadas de piezas de arte abstracto.

—Espere aquí —dijo Stefan, señalando el suelo antes de caminar el resto del camino hacia la única puerta a la vista. Llamó tres veces y esperó.

Y esperó.

Me mordí el labio, jugueteando ansiosamente con uno de los botones de la manga de mi chaqueta, coqueteando con la idea de irme mientras aún podía.

Después de todo, ¿con qué frecuencia le ocurren cosas buenas a personas como yo sin exigir un mundo de pago?

La respuesta: nunca.

Abrí la boca para decir tanto cuando el ascensor sonó detrás de nosotros y me di la vuelta ante la voz que siguió.

—Estoy aquí, Stefan.

Fría. Suave. Como terciopelo sobre acero.

—Señora Pierce —saludó Stefan, con las manos aseguradas detrás de la espalda mientras ella se acercaba. Mi estómago se tensó alrededor de la patética excusa de desayuno que había tenido, amenazando con expulsar la barrita de granola.

La mujer con la que me había tropezado en el vestíbulo ahora caminaba hacia mí, su largo cabello oscuro balanceándose a su alrededor. No me prestó atención, sus ojos apenas se levantaron de la pantalla de su teléfono el tiempo suficiente para mirar a Stefan, quien rápidamente le abrió la puerta cuando ella pasó.

—Gracias, Stefan —dijo distraídamente.

—Tiene una visita —dijo Stefan, haciéndose a un lado y esperando.

Miré de él a la Sra. Pierce, parpadeando como una lechuza.

La Sra. Pierce se dio la vuelta y se quitó las gafas de sol de la nariz, sus ojos oscuros clavándose en mí.

—Esperaba que Hayden estuviera bromeando —suspiró, su evaluación clavándome al suelo. No solo por la agudeza de su mirada... Era preciosa.

Sus ojos oscuros brillaban sobre unos pómulos que podrían haber sido tallados del mármol que mantenía en pie el edificio, y la línea severa de su boca no hacía nada para ocultar la plenitud de sus labios.

Mierda, pensé. *Estoy jodida*.

—¿Y bien? —me instó, despidiendo a Stefan con un gesto—. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Eh, mi nombre es Elliot —respondí, con el corazón martilleando en mi pecho—. La Sra. Jones me dijo que necesitaba una asistente personal...

—¿Y por qué debería contratarte? —me interrumpió—. ¿Qué te hace diferente de los últimos fracasos que he despedido?

—Soy buena trabajando con personas —dije débilmente, cada centímetro de mi cuerpo encogiéndose intentando fundirse con el suelo—. Siempre trato de asegurarme de que las personas a mi alrededor estén cómodas y tengan sus necesidades cubiertas.

—Sí, imagino que eso es muy difícil de encontrar en una camarera —murmuró para sí misma.

—En realidad, no soy camarera —la corregí, con el estómago ardiendo de vergüenza—. Trabajo para clientes específicos y aprendo sus necesidades...

—¿Lo que de alguna manera te cualifica para ser mi asistente personal? —desafió con frialdad.

—Estoy aquí para averiguarlo —respondí, aunque no estaba segura de si esperaba que contestara.

—Estoy esperando a que me digas lo mismo —dijo con exasperación—. ¿Qué tienes tú que a todos los demás les falta? ¿Qué te hace especial?

Mi mandíbula quedó floja. Me apresuré a encontrar una respuesta mientras trataba de procesar el tono áspero de su voz.

—Tengo un...

—Cualquier título o experiencia laboral pasada que tengas no va a ser la respuesta correcta —arrastró las palabras, quitándose la chaqueta de traje a medida y colgándola en el perchero cerca de su escritorio.

Entrecerré los ojos mirándola.

—No sé con qué sueños brillantes Hayden llenó tu cabeza —suspiró, colocando un par de gafas con montura transparente en su nariz perfectamente recta—. Pero no estoy interesada en enseñar competencia; se da por sentada. Si solo estás aquí buscando llenar un vacío en tu currículum, puedes marcharte.

El calor se extendió por mi pecho hasta mi cara, la indignación pura desencajando mi mandíbula y despegando mi lengua del paladar.

—Ya tengo trabajo —le dije, frunciendo el ceño con incredulidad —. Y si estuviera buscando un curso de actualización sobre incompetencia, no sería aquí. Estoy aquí para ver si hay algo que pueda hacer para ayudarla. La Sra. Jones me informó sobre sus asistentes anteriores, así que sé a lo que me enfrento. Pero estoy aquí de todos modos.

Arqueó una ceja perfecta y entrelazó sus dedos, con la barbilla apoyada sobre sus nudillos.

Todos mis instintos me decían que la había cagado, y sin embargo no podía apartar mis ojos de la curva de sus labios rojos.

—Si tienes trabajo —dijo encogiéndose de hombros, inclinando ligeramente la cabeza—, ¿por qué estás aquí? Y no me vengas con ese cuento de "ayudar a la gente", no me interesan los filántropos.

Presioné mis labios, luchando contra el incesante impulso de pellizcar la piel alrededor de mis uñas bajo su escrutinio.

A la mierda, pensé con un suspiro.

—Quiero hacer algo más —dije—. Quiero poder tener una respuesta cuando alguien me pregunte dónde me veo dentro de diez años. No quiero que mi vida simplemente me *suceda*.

Ambas cejas de la Sra. Pierce se elevaron, pero su rostro permaneció por lo demás impasible. —Dudo que trabajar para una empresa corporativa como esta te vaya a dar eso —se burló, sus dedos bailando silenciosamente sobre su teclado—. Y no me interesa lo que puedo hacer por ti porque, para ser honesta, las posibilidades son infinitas. ¿Pero qué demonios puedes hacer tú por mí?

Tragué alrededor del calor en mi garganta, dolorosamente consciente de lo inquieta que me hacía sentir su atención.

—Lo que necesite que haga —dije, con toda la confianza que no tenía. Forcé mi mirada a encontrarse con la suya y levanté la barbilla —. Permítame demostrárselo.

Algo en sus ojos cambió y frunció los labios.

—He escuchado suficiente —suspiró, apartando la mirada y despidiéndome con un gesto. Un bloque de hielo se deslizó en mi estómago y mi pecho se vació.

—Gracias por su tiempo —murmuré, tomando su silencio como mi señal para irme.

La puerta de su oficina se cerró detrás de mí y gemí ante el peso que oprimía mis pulmones, la decepción mezclándose con amarga resignación porque *por supuesto* que terminaría así.

Por supuesto que lo jodería.

3

Elliot

—No lo digas.

—¿Decir qué?

—Eso que has querido decir desde que recibí la llamada.

La boca de Reese se abrió en una amplia sonrisa que inmediatamente se transformó en un ruidoso bostezo.

—No me apetece decirlo todavía. —Me quitó la taza de café de la mano y dio un sorbo irritantemente largo.

—¡Oye! —Fruncí el ceño, sintiendo el cansancio pinchar en las comisuras de mis ojos—. Yo lo necesito mucho más que tú.

—No fui yo quien llamó en pánico a las cinco de la maldita mañana —respondió, pero me devolvió el café—. Es tan típico de ti pensar hasta quedarte en coma.

—¿Puedes culparme? —murmuré, subiendo los pies al sofá. El frío de la mañana se aferraba a mis huesos a pesar de estar en pleno verano.

Reese me dio palmaditas en la cabeza con su torpe manera de hermana mayor.

—No diré "te lo dije" —cedió, tirando de la manta para cubrirme las piernas—. Pero tampoco actuaré sorprendida de que conseguiste el trabajo. ¿Alguien te está llamando ahora?

—¿Eh? —Parpadee antes de que sus palabras me llegaran y miré mi teléfono. La pantalla se iluminó con un número que nunca había visto, y lo desconecté antes de contestar.

—¿Hola?

—¿Por qué demonios no estás ya en el trabajo?

Mis cejas se fruncieron. —¿Quién es?

Un suspiro. —Más te vale estar aquí en quince minutos o tendrás que buscar otro trabajo.

—Pero no vivo en la ciud...

Click.

—¡Dios mío!

—¿Quién era?

Mis ojos se abrieron como platos. Me lancé del sofá, corriendo al baño. —Cameron —respondí, bailando en el sitio mientras esperaba que el agua se calentara.

Reese me siguió y se apoyó en el marco de la puerta, observándome saltar fuera de mis pantalones de chándal como si mi vida dependiera de ello.

—¿Quién coño es Cameron? —insistió, bebiendo el resto de mi café.

La eché del baño para poder ducharme. —Mi nueva jefa.

Cerrando la puerta y completando mi rutina matutina a toda velocidad, salí disparada del baño cinco minutos después, con el pulso frenético. —Me va a despedir antes de que empiece, Dios mío.

Corrí a mi habitación, con Reese arrastrando los pies detrás de mí mientras yo buscaba frenéticamente algo que ponerme.

—*Mierda*, todavía no he ido a comprar ropa nueva —respiré, revolviendo mi pequeño armario como si algo fuera a aparecer mágicamente.

Reese suspiró detrás de mí. —Toma —dijo en voz alta, sosteniendo una bolsa que había traído—, supuse que no tendrías tiempo y como soy una gran amiga, pues...

—Reese, podría *besarte* ahora mismo —exclamé, arrebatándole la bolsa para encontrar una falda negra simple, medias y una blusa negra.

—No, gracias —murmuró, dejándose caer en mi cama sin gracia alguna—. Noah no estaría muy contento conmigo.

No me molesté en responder mientras me ponía la ropa de Reese y comprobaba mi reloj: ya llegaba muy tarde.

—¿Cómo vas a llegar al trabajo? —bostezó Reese, estirándose en mi cama como un gato. En ese momento la odié un poco por ello.

—En metro, supongo —dije distraídamente, metiendo mis pertenencias en mi bolso de trabajo—. Puedo tomar un taxi una vez que esté en la ciudad; con suerte no habrá tanto tráfico tan temprano.

—Claro, sí —se burló—. Te llevaré yo. No puedo imaginar lo que pasaría si salieras sola en *este* estado de pánico.

Un pequeño gemido se escapó de mi puchero. —Te quiero, espero que lo sepas.

—Sí, sí, vamos —resopló, lanzándome los tacones.

El trayecto a la ciudad pasó en un borrón, la música de la radio en el viejo Ford de Reese no hacía nada por distraerme de mis propios pensamientos.

El sol todavía se escondía detrás de los imponentes edificios, pero cualquier rastro de sueño desapareció junto con la llamada de la Sra. Pierce.

—Ya hemos llegado —dijo Reese, agitando una mano frente a mi cara. Parpadeé mirando el edificio y di un salto.

—Joder, gracias —dije, recogiendo mis cosas y abriendo la puerta —. ¡Te debo una!

—¡Sí, me debes una!

No me volví mientras corría hacia adentro, ignorando la tensión en mis tobillos con cada paso torcido.

—Soy la nueva asistente de la Sra. Pierce —dije jadeando en cuanto vi la seguridad.

El hombre gruñó, diferente al último que había conocido, y me hizo un gesto con la mano.

No esperé a que me dijera adónde ir. Golpeé el botón del ascensor, con la mandíbula apretada mientras descendía lentamente por el edificio hasta el vestíbulo.

—Vamos, *vamos* —siseé, apretujándome a través de las puertas antes de que se abrieran completamente.

Mi corazón latía con un ritmo frenético en mi pecho, con el estómago hecho un nudo. Vi pasar los pisos a través del cristal oscuro, el aire volviéndose más ligero con cada piso.

—¡Por fin!

Salí disparada del ascensor y bajé por el pasillo, agradecida de que la oficina de la Sra. Pierce fuera solo suya, y nadie más me viera corriendo por el largo pasillo hasta su puerta.

Llamé tres veces, tal como lo había hecho Stefan, e hice lo posible por controlar mi respiración.

No hubo respuesta, y abrí la puerta con mano temblorosa. —¿Sra. Pierce?

—Diez minutos tarde —espetó, y mi estómago se convirtió en plomo—. Y no trajiste café.

Bajé la mirada a mis dedos, el miedo enroscándose en mis entrañas como una serpiente retorciéndose.

—Lo siento, no tuve tiempo —dije débilmente, sin aliento.

Me miró con los ojos entrecerrados desde donde estaba sentada, su largo cabello oscuro recogido en una cola alta que dejaba al descubierto su rostro afilado. —Aburre a otra persona con tus excusas —dijo, volviendo a su computadora. Mis cejas se fruncieron —. Siéntate.

Hice lo que me ordenó, juntando las manos en mi regazo para evitar inquietarme.

Mantuvo su atención en la pantalla de su computadora mientras hablaba, y me sentí aliviada de no estar atrapada bajo su gélida mirada por un momento.

—Es tu primer día, así que no se diga que no soy generosa —comenzó, empujando sus gafas sobre su nariz—. Espero que estés en la oficina antes que yo con mi café —un Americano helado con dos toques de jarabe de avellana— y mi agenda del día. ¿Por qué no estás anotando esto?

Di un pequeño salto en mi asiento e inmediatamente me lancé a buscar el cuaderno y la pluma que había empacado *específicamente* para esta ocasión, con el corazón en la garganta.

—¿Por qué no estás preparada? —Suspiró, presionando las yemas de sus dedos índice y medio contra su sien. Tragué saliva, ahuyentando el aleteo en mi estómago mientras dirigía sus oscuros ojos hacia mí.

—Por favor continúe, Sra. Pierce —dije en voz baja, con la pluma temblando en mi mano.

Suspiró de nuevo, pero continuó. —Hayden no te ha dado más que elogios —reflexionó, clavándome a mi asiento con su mirada—. Pero no pienses que sus elogios son los míos. Tienes un nivel bastante alto que mantener. No me decepciones.

Asentí, mordiéndome con fuerza el interior de la mejilla.

—Tu escritorio está afuera —dijo finalmente, despidiéndome con un gesto indiferente.

Me levanté rápidamente, agarrando mi bolso y libreta. No necesitaba que me despidieran dos veces. Una parte de mí sabía que la segunda despedida sería mucho más permanente.

Cerré la puerta de su oficina tras de mí y miré mi nuevo escritorio.

Los archivos se apilaban altos sobre el cristal transparente, con cajas amontonadas también detrás de la silla. Me puse a clasificar los archivos, tratando de hacerme una idea de en qué demonios me había metido.

Apenas había logrado mover tres archivos cuando la puerta de la Sra. Pierce se abrió de golpe y ella salió.

—Trae mi portátil —dijo, sin molestarse en detenerse mientras caminaba hacia el ascensor.

Me aparté de mi escritorio y corrí a su oficina, buscando frenéticamente su portátil. Lo agarré de una pequeña mesa de cristal y salí corriendo de nuevo, encontrándola esperando frente al ascensor.

—Aquí tiene, Sra. Pierce —dije, ligeramente sin aliento. Me miró y luego apartó la vista ostensiblemente.

—Hoy me reuniré con un nuevo grupo de inversores —explicó, con voz cargada de impaciencia—. Se espera que estés a mi lado. Siempre.

Abracé su portátil contra mi pecho y asentí.

Bajamos en silencio, y aproveché la oportunidad para estudiarla un poco más de cerca. Seguía siendo preciosa, para mi frustración.

Su alta cola de caballo brillaba como seda líquida bajo la tenue luz dentro del ascensor, exponiendo la suave línea de su cuello y clavícula. Su chaqueta de traje blanca se aferraba a la curva de su esbelta cintura, ensanchándose sobre sus caderas.

Forcé mis ojos hacia arriba y lejos de su trasero, regañándome por siquiera pensarlo.

Las puertas se deslizaron y ella salió.

La seguí de cerca, haciendo mi mejor esfuerzo por prestar más atención a mi entorno que a lo atractiva que era mi jefa.

Cuando entramos, todos se pusieron de pie a la vez y la sala estalló en una letanía de "¡Buenos días, Sra. Pierce!"

Ella emitió un murmullo y se sentó.

Miré alrededor de la sala, sin sentirme lo bastante cómoda para simplemente *sentarme a la mesa*, resignándome a quedarme de pie cerca de la parte trasera.

—Uhm, ¿disculpa?

Me volví hacia la voz, encontrando a una joven más o menos de mi edad.

—¿Sí?

—¿Eres la nueva asistente de la Sra. Pierce?

Asentí, extendiendo mi mano por reflejo. —Elliot.

—Sam —dijo suavemente, estrechando mi mano—. Puedes sentarte junto a la Sra. Pierce, ese asiento está reservado para su asistente.

—Oh —dije, mirando nerviosamente el lugar vacío junto a ella. Apreté su portátil contra mi pecho, luchando contra la oleada de ansiedad por tener que sentarme tan cerca de ella.

—Gracias —murmuré, moviéndome hacia el asiento y sentándome lo más silenciosamente que pude.

Coloqué su portátil en la mesa entre nosotras e inmediatamente retiré mis manos.

No me miró, pero sentarme tan cerca me puso nerviosa. Me hacía sentir inquieta de una manera que nadie más había conseguido nunca. Lo atribuí a mi atracción hacia ella.

—¿Podemos comenzar?

Un hombre alto se puso de pie, juntando las manos con una sonrisa.

—Gracias por acompañarnos hoy, Sra. Pierce —comenzó, asintiendo apreciativamente hacia mi jefa. Ella inclinó la barbilla en respuesta—. Ahora, la razón por la que nos hemos reunido hoy es para discutir el último proyecto en Pierce Tech, una emocionante nueva incursión en el mundo de los electrodomésticos inteligentes.

Me aferré a cada palabra que dijo, tomando mis propias notas durante toda la reunión.

La Sra. Pierce permaneció en silencio a mi lado, pero no podía olvidar que estaba allí. Todos los ojos en la sala se desplazaban

entre la presentación y su rostro severo, como intentando calibrar su reacción.

Después de diez minutos, levantó una mano y la sala cayó en un silencio expectante.

—Comenzar con una línea completa de electrodomésticos inteligentes no es el camino a seguir —dijo con calma—. Las pruebas exhaustivas solo han arrojado resultados favorables para los electrodomésticos de cocina, específicamente refrigeradores y máquinas de café. No firmaré tecnología defectuosa para un impulso instantáneo en las ventas. Perfeccionen la línea.

Con eso, se puso de pie, y todos los demás saltaron a los suyos también, incluyéndome.

—No desperdicien mi tiempo con presentaciones de ventas mediocres.

Salió y la seguí, con la cara ardiendo.

—Pide el coche —ordenó, con su atención en su teléfono.

—Sí, Sra. Pierce —dije—. ¿Dónde están las llaves?

Chasqueó la lengua y se volvió hacia mí.

—No espero que me lleves tú —espetó, formándose una pequeña arruga entre sus cejas—. Solo asegúrate de que el coche esté en la entrada.

—Sí, Sra. Pierce.

Comprobé la hora y gemí internamente. Me preguntaba si la Sra. Pierce estaba *intentando* deshacerse de mí.

4

Cameron

Mis uñas tamborileaban con un ritmo constante sobre mi escritorio, mientras un nervio palpitaba al mismo tiempo debajo de mi ojo izquierdo.

Elliot estaba sentada en su escritorio, con la cabeza inclinada sobre uno de los muchos archivos abandonados allí por su predecesora. Su silueta se movía al otro lado del cristal oscurecido, atrayendo mi atención una y otra vez, hasta el punto en que mi trabajo se redujo a un ritmo lamentable.

Con un suspiro, arranqué mi teléfono de su soporte y desplacé la pantalla por los mensajes personales. Hizo poco por mantener mi atención durante mucho tiempo.

—¿Señorita Pierce?

Levanté la mirada, mis ojos se engancharon en la figura que estaba en mi puerta.

—¿Qué?

Hice todo lo posible por no mirar fijamente el escote donde los botones se estiraban sobre su pecho, lo que no fue necesariamente suficiente.

—Tiene su cita para el brunch esta mañana —dijo, alisando las palmas de sus manos sobre la parte delantera de sus muslos.

Seguí el pequeño movimiento con la mirada, recorriendo sus caderas.

—¿Señorita Pierce?

—Muy bien —murmuré, sacudiendo los pensamientos indeseados de mi cabeza—. Pide el coche.

—Sí, señorita Pierce —dijo, girando sobre sus talones y agarrando su teléfono.

Me quedé mirando el lugar que había dejado vacío, con la mente innecesariamente fijada en la curva de su cuello.

—El coche está esperando, señorita Pierce.

Salí sin decir palabra y ella se puso detrás de mí, llevando mi portátil y otros artículos que había considerado necesarios.

Estaba en silencio detrás de mí, su respiración apenas audible en el ascensor.

Aparte de su tecleo en su portátil, el viaje en el coche fue igual de silencioso. Aproveché el momento para observarla más de cerca, sin que sus ojos redondos me miraran con asombro.

Sus piernas estaban cruzadas a la altura de las rodillas, con un pie calzado con stiletto moviéndose al ritmo de los segundos que pasaban. Mis ojos se arrastraron lentamente por su pantorrilla, deteniéndose en una pequeña cicatriz blanca justo debajo de su rodilla derecha.

Me pregunté de qué podría ser...

Sus muslos estaban apretados, la suave tela de su falda se tensaba alrededor de sus caderas y... Maldita sea mi mente por llevarme a lugares donde no debería estar.

—¿Señorita Pierce?

Mi mirada rápidamente se dirigió a su rostro, sus mejillas sonrojadas solo ensuciaron aún más mis pensamientos.

—¿Sí?

—Hice una pregunta, lo siento —murmuró, bajando la cabeza.

—¿Y bien? —la insté, con un tono cortante en mi voz.

Se aclaró la garganta como si estuviera decidida a no temblar frente a mí. —¿Estos brunchs son algo a lo que asiste con frecuencia? —Su voz no traicionó nada de la vacilación que brillaba en sus ojos.

—La mayoría de las semanas —respondí, apartando la mirada de sus brillantes ojos y observando el tráfico que avanzaba a paso de tortuga junto a nosotras—. Prefiero que sea al menos una vez a la semana, aunque eso no siempre es posible.

—¿Por su agenda?

—*Nuestras* agendas —la corregí. Ella parpadeó hacia mí, con las cejas fruncidas en confusión—. No voy solo a comer sola, qué patético.

—Oh, claro —murmuró, con los ojos en sus pies—. Lo siento.

—No hagas eso.

—¿Señorita Pierce?

Suspiré con fastidio.

—No te disculpes por hacer preguntas —aclaré—. ¿Cómo se supone que vas a saber algo si no preguntas?

—Lo siento —murmuró, apretando los labios y bajando la mirada —. Quiero decir, ah, de acuerdo. Lo siento.

Puse los ojos en blanco y aparté la mirada de ella. Mi frustración burbujeaba en mis entrañas y aplasté el impulso de recorrer con mi pulgar su labio inferior mordisqueado.

—Asegúrate de que este brunch esté programado para cada semana —dije, mirando a través de los rascacielos que pasaban—. Estarás en contacto con las otras asistentes para programarlo.

—Sí, señorita Pierce —dijo rápidamente, su bolígrafo deslizándose por su libreta.

Escuché el leve rasgueo, el sonido demasiado fuerte en el silencio del coche.

—¿Hay alguna hora que prefiera?

—Las once —respondí, mirándola de nuevo.

El cabello de Elliot caía sobre la parte delantera de su hombro. Los suaves mechones rubios brillaban bajo los cálidos rayos del sol que relucían a través de las ventanas tintadas. Su cola de caballo recogía todos sus rizos excepto algunos sueltos, y no pude evitar que mi atención se centrara en la columna de su cuello.

—¿Un día en particular?

Tomé una respiración larga y lenta, mitad esperando que aclarara mi cabeza y mitad esperando que me librara de la irritabilidad.

—El día que les convenga a las chicas —respondí, sosteniendo su mirada con firmeza. Ella se sonrojó e inmediatamente bajó la mirada de nuevo, y algo en mi pecho revoloteó—. Sus asistentes te darán sus detalles y puedes ocuparte de todas las minucias.

—Entendido.

El coche se detuvo y traté de contenerme para no lanzar mi cuerpo fuera del vehículo.

Cualquier cosa para poner algo de distancia entre Elliot y yo, pero ella se mantuvo cerca detrás de mí, con su libreta y mi maletín del portátil apretados contra su pecho mientras entrabamos al restaurante.

—Quédate con las otras asistentes —le dije, con voz gélida—. Y asegúrate de contestar el teléfono si te llamo.

—Por supuesto, señorita Pierce —dijo, deteniéndose en seco. Seguí adelante, sin comprobar si había encontrado a las demás.

—¡Por fin!

Las demás ya habían llegado, sentadas alrededor de nuestra mesa favorita, con bebidas en mano.

—¿Empezaron sin mí? —me burlé, recibiendo el abrazo impetuoso de Hayden antes de que me derribara.

—Estabas tardando demasiado —dijo mientras me soltaba, sus dientes perfectamente blancos brillando detrás de su sonrisa.

—Mentirosa —intervino Alex, dando un sorbo a su margarita—. Ordenó en cuanto sentó su trasero.

—Lo sabía —me reí, sentándome en mi lugar entre Taylor y Hayden.

—No me pidas que te cubra la próxima vez que te escapes a Malta —resopló Hayden, llevándose el vaso a los labios.

Alex la despidió con un gesto y una sonrisa.

—¿Lo de siempre, señorita Pierce? —preguntó la camarera. Asentí y ella desapareció.

—¿Entonces? —insistió Reid, mirando a Taylor—. ¿Cómo va el último resort?

Taylor gimió y se cubrió la cara con manos enjoyadas.

—Alex, por favor encárgate de esta —murmuró desde detrás de sus manos—. Prefiero no pensar en ello todavía.

—Oh, cierto —dije—. Alex está haciendo la construcción de tu último resort, lo había olvidado por completo.

—Intentando —me corrigió—. Los permisos que necesitamos aún están atascados en trámite, así que el proyecto se ha detenido por completo.

Fruncí el ceño. —¿En Bali?

Alex asintió.

—Podría tener algunos amigos en Indonesia que puedan ayudar —dijo Reid—. Haré que Millie envíe los detalles.

—Nos estarías salvando el trasero —hizo un puchero Taylor—. Gracias.

—Hablando de nuevos desarrollos —intervino Hayden, moviendo las cejas como algún villano de película muda—. Cuéntanos sobre esta nueva asistente tuya.

—No finjas que no la conoces —le recordé a Hayden poniendo los ojos en blanco—. Es *tu* culpa que esté en esta situación ahora mismo.

—Oh no —suspiró Alex—. ¿No vas a despedir a esta también, verdad?

—De ninguna manera —interrumpió Hayden, golpeando la mesa con su delicado puño—. No lo permitiré.

—¿Disculpa? —me reí sin humor—. ¿*Tú* no lo permitirás?

—Así es —asintió para enfatizar sus palabras.

—¿Cómo es eso? —la presioné, cruzando los brazos sobre el pecho.

Alex cubrió su sonrisa con una mano, pero Taylor se rió. —Hayden, no creo que sea buena idea —advirtió, pero Hayden chasqueó la lengua.

—He conocido a Cam durante *años*, Ally —dijo Hayden con aires de suficiencia—. Y esta chica es genial. Solo tienes que darle una oportunidad.

—¿Cuánto tiempo se supone que debo esperar? —suspiré, agradeciendo a la camarera mientras ponía mi pedido frente a mí—. ¿Un mes? ¿Dos? ¿Un año?

—No, pero podrías hacer las cosas más fáciles para la pobre chica —señaló Hayden.

Mis cejas casi desaparecieron en mi línea del cabello. —¿*Más fáciles* para ella? —pregunté con sarcasmo—. Por favor, elabora.

—No actúes tímida; todas sabemos que disfrutas torturando a tus pobres asistentes. Buscas cualquier oportunidad para hacer que tus asistentes renuncien.

—Y sin embargo, de alguna manera todas mis asistentes han sido despedidas. Eso contradice tu pequeña hipótesis, ¿no? —contrarresté. Me volví a mi bebida, un simple té helado, y tomé un sorbo.

—Por fa-*vor* —articuló, enviándome una sonrisa de complicidad —. No puedes convencerme de que esas pobres no se sentían

inmensamente aliviadas cuando finalmente las despediste.

Me mordí el interior de la mejilla, tragándome la réplica porque tenía razón. No tenía paciencia para la incompetencia.

—Exactamente —dijo Hayden, apurando el último trago de su bebida—. Solo toma mi palabra. ¿Por favor? Elliot es genial. No se lo habría sugerido si no estuviera absolutamente segura de ella.

—Simplemente —hice una pausa, sintiendo un hormigueo en el fondo de mi estómago. Mi atracción por ella tiraba del borde de mi subconsciente, obligándome a dividir mi atención—. No veo lo que tú ves. Es torpe y distraída. Solo ha durado tanto tiempo por ti y tu recomendación.

—Eres tan cruel, Cam —añadió Taylor—. Te vendría bien un descanso. Pero solo puedes tomarlo si tu asistente hace bien su trabajo. Lo que solo pueden hacer si se lo *permites*.

—Les doy amplias oportunidades, T —dije a la defensiva—. Tú harías lo mismo si tuvieras que lidiar con todas las decepciones que he tenido yo.

—Elliot es diferente, cariño —me aseguró Hayden—. Mi pequeño retiro es famoso por atender a los clientes más importantes, y sabes que 'perfil alto' es solo código para VIPs cretinos. Y ella fue increíble. Nunca la he visto enojarse, ni siquiera molestarse. Maneja todo con una sonrisa.

Reflexioné sobre sus palabras, dándome cuenta de que no había visto a Elliot molestarse. No de la manera en que lo habían hecho mis asistentes anteriores.

—Aun así —argumenté. Tuve que sacudir la cabeza cuando la imagen de su sonrisa nadó al frente de mi mente—. ¿Te das cuenta de cuánto está pasando este mes? Estamos lanzando dos nuevas empresas, toda una gama que apenas pasó por I+D, y además tengo que asistir a la Gala Pierce. No tengo tiempo ni energía para entrenar a una novata.

—¿No se supone que ella es la que debe planificar el próximo evento después de la Gala? —preguntó Alex.

—Ni me lo recuerdes —gemí—. Después de la última asistente, decidí encargarme yo misma y me está dando pesadillas literalmente.

—¡Espera, lo tengo! —exclamó Hayden, juntando sus manos con una alegría nauseabunda—. No sé cómo no lo vi antes, ¿por qué no usas ese evento para probarla?

—¿Podrías repetir eso? —dije con voz monótona y un único parpadeo perplejo.

Hayden puso los ojos en blanco. —¡Es perfecto! —insistió—. Dale los detalles y lo que aún necesita hacerse. Si lo arruina, entonces haz lo que quieras. Pero si te demuestra que estás equivocada, tienes que mantenerla durante al menos seis meses. ¿Trato?

—¿Seis meses? —respiré con incredulidad.

Pero Hayden, como un perro con un hueso, era implacable.

—¿Sabes qué? Bien. Trato hecho.

—¡Yupi! —chilló Hayden—. Ya verás; te va a dejar sin palabras.

Suspiré derrotada, el resto del brunch transcurrió en un torbellino de charlas de negocios que inevitablemente se convirtieron en placer.

—Tienes que visitar nuestro último restaurante —dijo Hayden mientras nos preparábamos para irnos, atrayéndome hacia un abrazo—. Prometo darte el mejor regalo si traes a Elliot contigo.

La despedí con un gesto, me despedí de mis otras mejores amigas y salí.

Los pensamientos giraban en mi cabeza, estimulados por el estrés y la tensión que se enrollaban en mis hombros y subían por mi cuello.

—Señorita Pierce —dijo Elliot en saludo, caminando obedientemente a mi lado.

Me detuve y la miré de cerca, su cara sonrojada y sus ojos brillantes.

—Su cita de la una y media confirmó su reunión de esta tarde, y Wales y Ocean quieren reunirse la próxima semana.

Asentí, sin prestar realmente atención. Entramos al coche, y esperé a que se moviera antes de mirarla.

—Tú y yo necesitamos hablar —dije, viendo cómo sus labios rosados y carnosos se curvaban hacia abajo en las esquinas.

5

Elliot

—No estoy hecha para esto —murmuré para mí misma con desánimo.

La Sra. Pierce se había encerrado en su oficina en el momento en que regresamos del brunch, dejando nuestra "charla" en segundo plano.

Me había enviado un único correo electrónico, sin nada en el asunto: *Cancela mis citas de la tarde.*

Hice una mueca y tomé el teléfono, preparándome para las inevitables protestas de las citas de la Sra. Pierce.

Pasaron unas horas, y de alguna manera mi escritorio seguía abarrotado de archivos. Con un suspiro cansado, alcancé otro archivo, tan pesado como el último.

—¿Acaso la última asistente no hizo *nada*? —murmuré, abriendo el archivo y ordenando los documentos.

Hojas de gastos escritos a mano se deslizaban entre mis dedos, con fechas de hasta dos años atrás. Volví a suspirar. Estos documentos tardarían una eternidad en archivarse.

Miré la impresora que estaba en la esquina de la oficina, y se me ocurrió una idea.

Reuní las hojas y me acerqué a la impresora. Coloqué los archivos en la mesa contigua y comencé a escanear las hojas. Agregué cada conjunto a un nuevo archivo mientras los escaneaba, antes de volver a mi computadora para archivarlos digitalmente.

Con suerte, esto haría más fácil encontrar estos documentos en el futuro.

Había terminado con tres archivos cuando la voz de la Sra. Pierce resonó, amortiguada tras su puerta cerrada.

—¡Elliot!

Dejé caer los archivos sobre la pequeña mesa y corrí hacia allá, agradeciendo los años que había pasado trabajando con tacones. Tomé mi libreta y bolígrafo de mi escritorio y me alisé la falda.

Respirando hondo, por costumbre, golpeé dos veces antes de abrir la puerta y asomarme.

—¿Sí, Sra. Pierce?

—Siéntate —me indicó, sin molestarse en apartar la mirada de la pantalla de su computadora—. Necesitamos hablar.

—De acuerdo.

Tragándome los nervios, me senté en el asiento más alejado de su escritorio, con el corazón atascado en la garganta. Apoyé mi libreta en la rodilla, una pierna cruzada sobre la otra, y esperé.

—Levanta la mirada —dijo la Sra. Pierce, y mis ojos saltaron inmediatamente a su rostro. Frunció los labios pero continuó—: Así está mejor. Odio hablarle a la parte superior de tu cabeza.

—L-lo siento —tartamudeé, sin estar segura de qué decir. Mis mejillas ardían y estaba segura de que mis ojos estaban demasiado abiertos, pero obedecí.

—Esa disculpa otra vez. —Gruñó—. Como sea. Escucha, hay algo importante que, *a regañadientes*, tengo que delegarte.

Mi columna se enderezó un poco, esas palabras captaron toda mi atención en cuestión de segundos.

—Asegúrate de captar todo esto —enfatizó—. Esta es, por mucho, la tarea más importante que puedo darte y, francamente, todavía estoy considerándolo.

—Por supuesto, Sra. Pierce —dije, abriendo mi libreta y colocando mi bolígrafo en la parte superior—. Cuando usted esté lista.

Me observó durante un largo momento, lo suficientemente largo como para que sus ojos oscuros me dejaran la piel erizada.

—Cada año —comenzó finalmente, desviando la mirada para que pudiera respirar de nuevo—, Pierce Tech organiza un evento al que asisten todos nuestros inversores, accionistas y, básicamente, cualquiera que sea alguien.

Tomé notas lo más rápido que pude, asintiendo mientras lo hacía.

—Me han dicho que tengo demasiado en mi plato, y esto es lo más lógico para delegarte.

—¿Qué necesita que haga? —pregunté con cuidado.

Ella fijó su mirada en mí, sus ojos dudosos. —Quiero que te encargues de la fase final de la planificación.

—¿Hmm?

La Sra. Pierce chasqueó la lengua y se puso de pie, rodeando su escritorio y deteniéndose frente a mí.

Estiré el cuello para mirarla, sintiendo un calor que subía por mi pecho hasta mis mejillas.

Cruzó los brazos sobre su pecho, levantando sus pechos y, Dios, me odiaba por siquiera pensar en ello.

Y mucho más por permitirme mirar. *¡Los ojos arriba, Elliot!* Me dije a mí misma.

—¿Acaso tartamudeé? —espetó con desdén.

Sentí un hormigueo en el pecho y negué con la cabeza. —¿Q-qué implica la etapa final de planificación? —logré decir, manteniendo de alguna manera mis ojos por encima del cuello de su camisa.

—Esto y aquello —dijo, alejándose—. Haré que el equipo de eventos te envíe la lista de prioridades. Lo que necesito dejar claro es la importancia de este evento. No creo que necesite explicar que organizar un evento para accionistas e inversores es importante, ¿verdad?

Negué con la cabeza en respuesta, aunque no sonó como una pregunta.

—El evento es en un mes —dijo, haciendo que mi estómago se contrajera de aprensión.

—¡¿Un mes?! —solté sin pensar. Me fulminó con la mirada y me mordí la lengua, luchando contra el impulso de darme una palmada en la frente.

—Sí —aclaró fríamente, inclinando la cabeza—. ¿Es eso un problema?

—¡Para nada, Sra. Pierce! —insistí, extendiendo las manos frente a mí con las palmas hacia fuera—. Solo me sorprendió.

—Más te vale sorprenderme haciendo esto bien —gruñó, volviendo a su asiento—. Hay mucho más en juego de lo que crees.

Me puse de pie, reconociendo la despedida, y caminé hacia la puerta.

Me detuvo justo cuando puse la mano en el pomo.

—Elliot.

—¿Sí, Sra. Pierce?

—No me decepciones.

Mi boca se abrió, pero asentí de todos modos, saliendo con un silencioso: —Sí, Sra. Pierce.

Apenas había llegado a mi asiento cuando el teléfono de mi escritorio comenzó a sonar.

—Oficina de la Sra. Pierce, habla Elliot —dije al altavoz, sentándome y desbloqueando mi computadora.

—Elliot, tengo malas noticias.

Fruncí el ceño. —¿Quién es?

—Ah, mierda, lo siento. —La persona se rió—. ¡Olvidé que eras nueva! Me llamo Mitch y soy el jefe de mantenimiento del edificio.

—Mitch el chico de mantenimiento —dije reflexivamente, sin pensar en cómo sonaba hasta que una carcajada resonó por la línea.

—Esa es nueva —se rió, su voz áspera por el teléfono—. De todos modos, tengo malas noticias: el aire acondicionado estará fuera de servicio por unas horas, y sé que a la jefa no le va a gustar.

—Eh, ¿vale? —respondí, con confusión tiñendo mi voz.

—¿Se lo harás saber? —preguntó, con palabras teñidas de miedo.

—¿Claro?

—¡Eres mi salvadora! ¡Gracias!

La línea se cortó y me quedé mirando el teléfono por un momento, desconcertada por su miedo. ¿Era la Sra. Pierce tan difícil de tratar que ni siquiera podía soportar decirle que el aire acondicionado estaba averiado?

Me encogí de hombros y me puse de pie, llamando a su puerta.

—¿Qué? —llegó su respuesta habitual.

Abrí la puerta y me aclaré la garganta, manteniendo los ojos fijos en la pantalla de su computadora. —El departamento de mantenimiento acaba de llamar para informarle que el aire acondicionado estará fuera de servicio durante unas horas.

De repente se quedó inmóvil, sus dedos congelados sobre el teclado.

—¿Unas *horas*? —repitió, entrecerrando los ojos hacia mí.

—Sí, Sra. Pierce —dije, con un escalofrío recorriéndome la columna ante la frialdad de su mirada.

—Ponte en contacto con ese cabrón de Mitch y dile 'Cameron dijo que no' —prácticamente gruñó, con los puños cerrados—. ¿Entendido?

—De inmediato —dije, saliendo corriendo de su oficina y casi dejando caer el teléfono en mi prisa por marcar de nuevo al departamento de mantenimiento.

Fue directo al buzón de voz y gemí.

—¿Está ignorando la llamada? —gritó desde dentro de su oficina.

Solté un quejido y me puse de pie. —Sí, Sra. Pierce.

—Ese pequeño imbécil —siseó, un profundo ceño fruncido marcando su rostro esculpido—. De *todos* los días para hacer mantenimiento, ¡elige el día más caluroso de todos! Como sea, simplemente... déjalo.

Hice lo que me pidió y salí, cerrando la puerta tras de mí. Me pregunté por qué estaba tan molesta por unas pocas horas sin aire acondicionado.

Pero después de que pasara solo una hora, lo entendí.

El calor del verano se acumuló en la oficina, ocupando cada pedazo de aire respirable y convirtiéndolo en bocanadas de fuego. Los pequeños cabellos que se habían soltado de mi cola de caballo se pegaban a mi cuello con sudor pegajoso. Colgué mi chaqueta en la silla en una búsqueda desesperada de alivio.

Me pasé el dorso de la mano por la frente húmeda. Incapaz de soportar el calor por más tiempo, estaba a punto de romper en lágrimas.

Concentrarme ya era bastante difícil, pero podía prácticamente *sentir* el calor de mi computadora emanando hacia mí. Cada movimiento hacía que el sudor resbalara por mi espalda, empapando mi camisa y sostén hasta que anhelaba arrancarlos ambos.

Miré el suelo de baldosas, preguntándome cuán maravilloso se sentiría el frío mármol contra mi piel ardiente...

¡RIIIIIING!

Di un brinco en mi asiento y tanteé el teléfono.

—Oficina de la Sra. Pierce, Elli...

—Pon a Cameron al teléfono.

—Disculpe, ¿con quién hablo?

—No es de tu maldita incumbencia, ¡necesito hablar con Cameron!

Fruncí el ceño ante la urgencia en la voz del interlocutor, una voz masculina.

—Lo siento, no está atendiendo llamadas en este momento —dije con cuidado, limpiándome el sudor de los ojos irritados.

—Por el amor de Dios...

Clic.

—¿Pero qué demonios? —murmuré para mí misma, molesta por la actitud de alguien que ni siquiera conocía. Pasaron unos minutos antes de que la voz de la Sra. Pierce se filtrara a través de la puerta.

—¡Elliot!

Contuve un suspiro y ni me molesté en abrochar los pocos botones que había desabotonado, entrando en su oficina otra vez.

—Sí, Sra. Pier...

—¡¿Le colgaste a Victor puto Kreel?!

Me estremecí ante su grito, haciendo una mueca cuando su voz resonó en las paredes. —¿Quién?

—¡¿QUIÉN?! —chilló—. ¡Es el hombre que acaba de llamar para hablar conmigo!

Mi corazón cayó a mi estómago y mi cara cayó en mi palma.

—Tú —hizo una pausa y levanté la cabeza. Me miró fijamente, sus ojos recorriendo lentamente mi cuerpo, erizándome la piel a su paso—. ¿Por qué estás vestida así?

Tragué saliva, la vergüenza y algo más quemándome la cara.

—Hace mucho calor —dije patéticamente, muy consciente del sudor que se deslizaba por mi pecho y entre mis senos. Me encogí, deseando poder ducharme.

—No me digas —respiró, con las mejillas sonrojadas—. Pero no me ves a mí quitándome la ropa hasta quedarme en lencería, ¿verdad?

Hipé, mis manos volando hacia mi pecho, los dedos trazando el encaje negro que sobresalía de mi camisa desabotonada.

—Lo siento mucho —dije apresuradamente, mis manos luchando por abrocharme la camisa—. Yo solo... eh, lo siento.

—Como sea —murmuró la Sra. Pierce, soltándose su alta cola de caballo solo para volver a atarla. Observé, fascinada por sus esbeltas manos, mientras retorcía su cabello en un moño pulcro. Me mordí el labio inferior.

¿Tenía que hacer que algo tan simple se viera tan...

Devastador?

Mierda. Sacudí la cabeza para librarme de los pensamientos que amenazaban con robarme todo el control y volví a mi escritorio.

—Deja la puerta —dijo la Sra. Pierce arrastrando las palabras.

Asentí y salí rápidamente, sentándome en mi escritorio con un suspiro silencioso.

Miré el reloj en la pantalla de mi computadora, haciendo pucheros por la hora y media que faltaba antes de que pudiera ir a casa y respirar aire fresco.

Con algo de suerte, muy poca suerte a decir verdad, la siguiente hora pasó sin incidentes y finalmente estaba lista para irme.

Apagué mi computadora y ordené mi escritorio antes de tomar mi bolso.

—¿Sra. Pierce? —dije, asomándome por el marco de la puerta—. Me voy ya.

—Un segundo —dijo—. Solo quiero recordarte que estás obligada a asistir a todos los eventos a los que yo asista.

Parpadeé, procesando lentamente sus palabras. —¿De acuerdo?

—A todos ellos —enfatizó—. Incluida la Gala Pierce.

—¿La Gala Pierce? —repetí.

Asintió. —Es este fin de semana —explicó, ajena al mini colapso que estaba experimentando—. Te enviaré un atuendo; dudo que tengas algo adecuado. Eso es todo.

Salí caminando.

Una sensación de mal presagio me acompañó a casa. Algo sobre la Gala me aterrorizaba, y no podía identificar exactamente qué era.

6

Cameron

El coche vibraba a mi alrededor, la copa de champán calentándose en mi mano con cada segundo que pasaba.

Miré por la ventana, observando el edificio de cristal oscuro que era Pierce Tech. Mi uña marcaba un ritmo constante en el asiento de cuero, contando los segundos que pasaban.

—¿Dónde demonios está? —murmuré para mí misma, agarrando mi teléfono y marcando el número de Elliot.

Respondió al segundo tono, sin aliento.

—¡Señorita Pierce! —jadeó—. ¡Estoy llegando al edificio ahora mismo!

No me molesté en responder ni en esperar más. Colgué y miré hacia el otro lado. Un coche se detuvo detrás del mío y escuché voces amortiguadas antes de que Elliot abriera la puerta y por fin entrara.

Levanté la mirada y su apariencia me golpeó en el estómago.

—Siento haberla hecho esperar —dijo sin aliento, abanicándose. Sus mejillas sonrosadas llamaban la atención hacia sus labios carnosos.

—Vamos —le dije a Daniel, mi chófer.

Después de un momento, volví la mirada hacia Elliot, quien estaba resueltamente mirando por la ventana.

Yo *definitivamente* había hecho la elección correcta de atuendo para ella, o la completamente equivocada. La suave seda negra que se derramaba sobre sus curvas como ónix líquido contrastaba marcadamente con su piel pálida, como la noche y el día.

Su cabello estaba recogido en un artístico moño, con algunos mechones enmarcando su delicado rostro.

Una fina cadena dorada colgaba alrededor de su garganta, acentuada por las delicadas pulseras de oro en sus muñecas. Y, como si no me fuera a dar cuenta, la única cadenita dorada en su tobillo.

Por más que lo intentara, mis traidores ojos caían una y otra vez sobre esa cadena en su tobillo. Mi rostro se calentó.

—¿Está... todo bien, señorita Pierce?

A regañadientes, encontré su mirada y arqueé una ceja. —Bien, ¿por qué?

—Esperaba que no estuviera demasiado decepcionada con mi apariencia. —Jugaba nerviosamente con el dobladillo de su vestido —. Sé que no estoy a la altura del estándar.

—¿El estándar de *qué*, exactamente? —pregunté, con el ceño fruncido.

—¿De cualquier estándar? —dijo, insegura de sí misma.

Entrecerré los ojos, negándome a creer que pensara así. —Estás bromeando, ¿verdad?

Ella parpadeó, los suaves tonos marrones en sus párpados iluminando aún más sus ojos.

—Te ves impresionante —espetó, apartándome de ella y mirando por la ventana—. No finjas lo contrario; es molesto.

—G-gracias —murmuró, su voz revelando su sorpresa.

Una parte de mí se quebró, algo profundo dentro de mí soltó el control férreo por solo un momento. Dejé que viera la forma en que la miraba con deseo.

Observé sin vergüenza cómo el rubor subía a sus mejillas y se mordía el labio inferior. Sus muslos se apretaron y su espalda se enderezó, exponiendo los pezones a través de la fina tela.

Joder, pensé. Contrólate, Cameron.

Sus manos cayeron en su regazo.

Dejé las cosas ahí, volviendo a mirar por la ventana para calmar mi propio corazón acelerado.

Para cuando llegamos a la Gala, el sol había desaparecido detrás del horizonte de la ciudad, el naranja quemado del cielo tornándose en un azul oscuro como la tinta.

Salí y me arreglé el vestido. Después de agarrar mi bolso, caminé hacia los paparazzi.

—Señorita Pierce —llamó Elliot—. ¿Hay una entrada diferente para el personal?

—¿De qué diablos estás hablando? —refunfuñé—. Vienes conmigo, ¿entendido?

—Sí, señorita Pierce —dijo, alcanzándome.

Aparté la mirada de ella. Ese vestido le quedaba *demasiado* perfecto, ceñido en la cintura y ensanchándose sobre la curva de sus caderas. Sostenía el largo con una mano para no tropezar, la seda negra fluyendo como agua mientras trotaba hacia mí.

Dios mío, estaba condenada.

Por suerte, los destellos y gritos de los periodistas ahogaron mis pensamientos.

Elliot caminaba detrás de mí, sin duda tratando de evitar las cámaras, pero estaba a mi lado de nuevo cuando finalmente entré.

Ostentosas cortinas doradas cubrían prácticamente cada metro cuadrado de los techos altos. Enormes candelabros de cristal goteaban diamantes y brillaban en la cálida luz.

Un zumbido sordo de actividad ahogaba la banda de jazz de siete integrantes que tocaba en el rincón más alejado, pero mi atención se enganchó en las respiraciones agitadas de Elliot.

Me giré para mirarla, parpadeando sorprendida cuando la encontré justo detrás de mí en lugar de a unos metros de distancia, como había estado afuera.

—¿Champán?

Miré la bandeja que habían puesto delante de mí y tomé dos copas.

—Relájate —le dije, entregándole una a Elliot.

La tomó con una pequeña sonrisa, rozando sus dedos sobre los míos. Su tacto envió una descarga eléctrica por mi brazo y bajó por mi columna.

Casi de inmediato, sus mejillas se oscurecieron con un profundo rubor rosado.

—Gracias —murmuró.

Choqué mi copa con la suya y la llevé a mis labios, las burbujas efervescentes en mi lengua. Aunque, eso podría haber sido una reacción a las estrellas en sus ojos.

Me aparté de ella justo cuando el vicepresidente de Pierce Tech descendía por la escalera.

—¡Cameron! —exclamó jovialmente, sacudiendo todo mi brazo en su entusiasmo—. Gala espectacular, la más espectacular hasta ahora.

—Gracias, Roy —dije, mi voz temblorosa y desequilibrada por el fervor de su apretón de manos—. Aunque apenas ha comenzado.

—¡Y ya es el evento del año! —declaró, sus papadas temblando mientras hablaba—. ¡No puedo esperar a tu gran discurso!

Con eso, se fue, rebotando hacia la siguiente víctima desprevenida que casi se salió de sus zapatos por la sacudida.

Me reí y sacudí mi mano.

El champán aligeró el peso en mis entrañas y puse una mano en el hombro de Elliot.

—Vamos a escondernos un rato —murmuré, mis dedos hormigueando donde su piel se calentaba bajo los míos.

Me siguió fácilmente y me bebí el resto de mi champán.

Nos detuvimos en un nicho tranquilo y desierto, ligeramente sin aliento pero aliviadas.

—Eso está mejor —murmuré, observando cómo se desarrollaba el evento desde mi escondite.

—¿Señorita Pierce?

Giré la cabeza y encontré otra copa de champán extendida hacia mí. Levanté la mirada y nuestros ojos se encontraron por encima de la copa durante un breve momento que aceleró mi corazón. Sin apartar la mirada, tomé la copa de su mano, dejando que mi pulgar rozara el dorso de su mano por un segundo demasiado largo.

—Cameron —dije en voz baja, con el corazón martilleando en mis oídos—. Llámame Cameron.

Su rostro se iluminó con una sonrisa genuina, expulsando el aire de mis pulmones. —Si insistes —dijo, su voz cálida e invitadora.

Mi mirada cayó a su boca, sus labios carnosos pintados de un rojo intenso, y me pregunté locamente cómo se sentirían bajo los míos.

Me forcé a sonreír con suficiencia y miré hacia otro lado, maldiciendo el calor en mi cara por delatarme.

—¿Cameron?

Mi cuerpo respondió al sonido de mi nombre saliendo de sus labios, el calor acumulándose en mi vientre. —¿Hm?

—¿Qué es exactamente la Gala Pierce?

Mis cejas se dispararon y me giré para mirarla, siguiendo su mirada de vuelta al salón abarrotado.

—Supongo que no tuve tiempo de contarte —reflexioné, agradecida de que no me estuviera mirando—. La Gala Pierce es el preludio del evento que estás finalizando. Es donde nuestra junta directiva tiene la oportunidad de engatusar a los inversores y accionistas.

Ella asintió, sus ojos vagando por la multitud de invitados.

—La cena primero —murmuró, más para sí misma que para mí.

Pero me reí. —No es tan explícito como cenar antes de un buen polvo —dije, disfrutando del rubor en sus mejillas—. Pero es una medida de precaución para mantenerlos contentos, así que, en cierto sentido, tienes razón.

Ella asintió, con sus ojos en cualquier parte menos en mí.

Sonreí con suficiencia. —¿No lo apruebas? —pregunté, girando mi cuerpo para encararla, mi espalda hacia la Gala.

—¿La Gala? —respondió, tragando antes de continuar—. ¿O la cena?

Fruncí el ceño, levantando un hombro en un gesto a medias. —La Gala —respondí, observando atentamente su reacción. No cruzaría una línea que ella no quisiera—. ¿Dónde está tu mente, Elliot?

Ella parpadeó ante la evidente burla en mi voz y se rió, con las mejillas sonrosadas. —Sinceramente —dijo entre risitas—, es difícil creer que estoy realmente aquí ahora mismo.

—¿Oh? —dije, con la diversión tirando de la comisura de mis labios en una sonrisa.

—¡Aquí estás!

Di un respingo por la interrupción, girándome para encontrar a Reid esperándome con los puños en las caderas.

—Reid, por Dios —regañé, con una mano en mi pecho—. ¿Qué demonios?

—¡Te he estado buscando por todas partes! —dijo, acercándose y agarrando mi muñeca—. Tenemos que tomar nuestros asientos, y Roy anda al acecho.

Dejé que me arrastrara, confiando en que Elliot encontraría su propio asiento.

—Debería haber sabido que estarías escondida con tu nueva asistente. —Reid se rió—. Lo entiendo; es preciosa.

—¿Qué entiendes exactamente? —pregunté a la defensiva.

Me empujó a mi asiento y se sentó a mi lado. —Solo que pareces estar disfrutando de tus pequeñas interacciones secretas con ella —explicó Reid, dando un sorbo a su bebida—. Apuesto a que fue tu idea ir a ese pequeño rincón, ¿verdad?

—Estás loca —dije, chasqueando la lengua. Pero mi estómago se volvió de plomo, mis nervios destrozados.

¿Había sido tan descuidada? ¿Tan obvia?

—Está bien, Cam —dijo Reid, con un tono repentinamente gentil. Puso una mano sobre mi rodilla y reprimí el impulso de apartarla—. Se te permite enamorarte de la gente, ¿sabes? Solo que... quizás no de tu asistente.

—Es cualquier cosa *menos* estar bien —le siseé, la vergüenza y la culpa abriéndose paso por mi cuello—. No me estoy enamorando de nadie, y menos de mi asistente. Hay demasiadas cosas sucediendo como para siquiera considerarlo.

Reid suspiró y dio una palmadita en mi rodilla. —Si tú lo dices, Cam.

La ignoré, dirigiendo mi atención al podio donde Roy se había tambaleado, arreglándose los pantalones antes de tocar el micrófono.

—¡Buenas noches, estimados invitados! —Su voz fuerte resultaba francamente dolorosa con el refuerzo del micrófono—. Es maravilloso que todos hayan venido a mostrar su apoyo a la Fundación Pierce. Nos encanta ver sus rostros familiares.

Una ronda de aplausos resonó por la sala, y luché contra el impulso inesperado de buscar a Elliot.

—Comenzaremos la noche con una generosa ronda de bebidas —anunció con una sonrisa blanda—. Aunque veo que la mayoría de

ustedes ya se han adelantado.

Risitas flotaron desde las mesas, junto con el tintineo de copas vacías, como para probar el punto de Roy.

—Qué genio cómico —bromeó Reid en voz baja, inclinándose para susurrarme—. Creo que perdió su vocación como comediante.

Dejé escapar una breve risa, con mi atención en otro lugar.

—En unos breves momentos, escucharemos a la leyenda detrás de Pierce Tech en persona —dijo, guiñándome un ojo cálidamente—. Pero antes de eso, ella ha pedido que todos se sirvan, no sea que dirijan su hambre voraz hacia ella.

Puse los ojos en blanco mientras más risas rebotaban por la sala.

Bandejas rebosantes de aperitivos llegaron a cada mesa, desde los antipasti hasta el plato principal. Un murmullo agradecido se elevó de los invitados mientras comenzaban a comer.

Abrí mi bolso de mano y fruncí el ceño, rebuscando en el pequeño espacio mis notas.

—Ah, claro —murmuré, agarrando mi teléfono en su lugar.

—Elliot, necesito mis notas —dije en el momento en que contestó. La línea quedó en silencio y me quedé inmóvil—. ¿Elliot?

—Oh, mierda —murmuró, y mi piel se volvió helada.

—¿Olvidaste las notas de mi discurso?

—Lo siento mucho, debo haberlas dejado en mi bolso —susurró.

Me giré para buscarla, viéndola correr a través del salón.

—¿Adónde vas? —exigí.

Esquivó a un camarero antes de responder. —Al coche —jadeó—. Mi bolso está allí...

Me puse de pie. —No te molestes.

7

Elliot

Mi pecho se hundió ante el tono gélido de Cameron.

—¿Está... Está segura? —pregunté, con los pulmones comprimiéndose dolorosamente—. Solo tardaré un segundo.

—He dicho que no te molestes —espetó antes de colgar.

Me quedé paralizada, sintiendo cómo la duda y la vergüenza se deslizaban por mis venas. Miré hacia su mesa y la vi ponerse de pie y despedir a su amiga con un gesto. El pelo rubio corto estilo pixie de la mujer desapareció tras Cameron, y yo me mordisqueé la uña del pulgar.

Todavía tenía unos minutos; tiempo suficiente para correr hasta el coche y coger mi bolso.

Di media vuelta pero me detuve de nuevo, con la duda inflándose dentro de mí. Cameron había dicho que no me molestara. ¿Debería desobedecerla?

La presión en mi pecho me robó el aliento. Luché conmigo misma hasta que fue demasiado tarde.

El vicepresidente presentó a Cameron, quien subió al escenario imperturbable, con la cabeza alta y los hombros erguidos.

Me tragué mi ansiedad y aplaudí junto con los invitados, cuyos estómagos llenos y sonrisas despreocupadas de repente parecían estar a mundos de distancia.

No perteneces aquí, susurró una pequeña voz dentro de mi cabeza. *Has vuelto a fallar*.

—Normalmente me preparo para este tipo de cosas —dijo Cameron en el micrófono, con una sonrisa astuta tirando de la comisura de su boca. Era el poder encarnado en el escenario, nacida para tomar el control—. Pero supongo que esto será tan sorpresa para mí como lo será para ustedes.

Encogí los hombros, con la persistente sensación de insignificancia manteniéndome cautiva.

Los invitados vitorearon con risas, sus inhibiciones aflojadas por el alcohol que fluía libremente y la deliciosa comida, y deseé poder

unirme a ellos.

De pronto mi vestido era demasiado ajustado, demasiado revelador, mis tacones de un palmo de altura sobre mis pies inestables. La ansiedad y la inquietud pesaban sobre mis hombros, pero no podía apartar la mirada de Cameron.

Odiaba haber estropeado algo, algo tan simple como traerle sus notas del discurso.

—Digo lo mismo cada año de todas formas. —Cameron se encogió de hombros—. Los beneficios suben, las pérdidas bajan. Apreciamos su apoyo más que nada. Pero sé que están más interesados en llegar al plato principal que en escucharme hablar sobre cifras, así que les dejo con esto.

Miró a través del mar de cabezas con una sonrisa secreta, su mirada evitándome.

—Disfruten la comida.

La sala estalló en aplausos, y el vicepresidente rápidamente se apresuró de vuelta al escenario para tomar el micrófono.

—Breve y directo. —Se rio—. Esa es nuestra Cameron. Como han oído, damas y caballeros, ¡la cena está servida!

El miedo se filtró en mi estómago, sabiendo que tendría que enfrentarme a Cameron después de aquello.

La busqué mientras caminaba hacia el escenario. Había llegado a la mitad cuando un murmullo furioso pasó junto a mí, con el largo cabello de Cameron agitándose con rabia detrás de ella.

—Tú —siseó—. Sígueme.

Su amiga no estaba por ninguna parte y una parte de mí deseaba que apareciera, aunque solo fuera para actuar como amortiguador entre Cameron y yo.

Seguí a Cameron por un pequeño pasillo que conducía a la cocina del catering, apenas respirando.

—¿Te importaría explicar cómo pudiste olvidar algo tan importante como las notas de mi *discurso* en el maldito coche? —susurró furiosamente, con su cara tan cerca de la mía.

Aspiré profundamente, el aire a mi alrededor espeso con su caro perfume. Era embriagador, pero no podía permitirme perder la concentración.

—Lo siento mucho —repetí, deseando que un piano de cola cayera del techo y me aplastara antes de que estropeara algo más —. Cogí el bolso equivocado cuando salí del coche.

—*¿Por qué* pensarías siquiera en traer dos bolsos?

Me marchité bajo el calor de su ira, su mirada ardiendo al rojo vivo.

—El bolso que envió con el conjunto no era lo suficientemente grande para contener sus notas —dije con una mueca. La excusa sonaba patética, incluso para mí, y esperé a que estallara.

En lugar de eso, tomó una respiración temblorosa y cerró los ojos con fuerza.

—Te di un solo trabajo esta noche —dijo con los dientes apretados—. Pensé que trataría de ser indulgente contigo después de una semana infernal, ¿y ni siquiera puedes manejar eso?

Mi lengua se pegó al paladar, pero me obligué a mantener su mirada. Las náuseas se revolvían en mi estómago, ayudadas por el patético poco de comida que había logrado comer antes de salir corriendo del apartamento.

—Fue un descuido —respondí, forzando mi voz—. No volverá a ocurrir, y lamento que haya sucedido.

—Es un descuido monumental —espetó—. ¿Qué fue tan distrayente que olvidaste la *única* cosa que te pedí?

Mis pensamientos inmediatamente volvieron al coche, al calor desenfrenado en los ojos de Cameron mientras me miraba. Completamente diferente de la forma en que me miraba ahora.

¿Y qué podía decir? "¿Lo siento, quería lanzarme sobre ti en el coche y perdí todo sentido de mí misma?"

Patético. Solo se reiría.

—¿Vas a decir algo? —me instó gélidamente—. ¿Algo que no sea una maldita disculpa?

Volví a hacer una mueca, abriendo la boca para responder pero...

¿Qué podía decir?

—Cam.

—Ahora no, Reid —masculló Cameron.

Reid miró mi rostro tenso con un atisbo de simpatía y me odié aún más.

—Sí, ahora —insistió Reid, agarrando a Cameron por el codo—. Respira, Cam, les encantaste.

—Me importa una mierda eso —espetó Cameron, luchando por mantener su voz por debajo de un susurro—. Es el *principio*, Reid. Es un discurso hoy, bien, ¿pero qué sigue? Una decepción tras otra; ¿cuándo termina?

Apreté los labios para evitar que temblaran lastimosamente.

Cameron se volvió hacia mí.

—Vete a casa —se burló, mirándome por encima de la nariz—. Puedo manejar el resto del evento sin que lo arruines.

—Cameron, vamos...

—Sí, Sra. Pierce —dije suavemente, sabiendo que se enfadaría si usaba su nombre de pila. Eso estaba reservado para personas mejores que yo.

Me fui sin mirar atrás, con los miembros desarticulados, mi cuerpo desobedeciéndome a cada paso.

Tomé un taxi y llegué al apartamento sin llorar. Y apenas llegué a mi piso antes de que las lágrimas picaran en las esquinas de mis ojos. Metí la llave en la cerradura a ciegas, luchando por abrir la puerta en mi prisa por entrar.

—¿Cariño?

La voz de Reese se filtró por el apartamento, y cerré la puerta con llave, el cansancio arrastrando mis pies.

—No esperaba que volvieras tan pronto... ¿Qué demonios ha pasado?

Reese estuvo a mi lado al instante, sus manos cálidas y gentiles mientras me guiaba al sofá.

—Hola, peque —dijo Noah desde su lugar en el sofá—. ¿Estás bien?

Miré a la pareja de Reese, sus ojos nadando en preocupación, y me sentí tonta.

—Me duelen los pies —murmuré, mis dedos entumecidos luchando por desabrochar mis zapatos.

Las manos de Reese reemplazaron las mías y me quitó los zapatos.

—Esa es mucha ansiedad para unos pies adoloridos —insistió Noah, pero Reese levantó una mano.

—¿Qué hizo ella?

Una risa histérica se escapó de mis labios.

—Más bien qué hice yo —la corregí miserablemente. Me quité algunas horquillas del pelo, suspirando de alivio cuando mi cabello cayó por mi espalda—. La cagué. Y *a lo grande*.

Las cejas de Reese se juntaron.

—Iré a por el vino —ofreció Noah, poniéndose de pie y arrastrando los pies con las zapatillas de Pikachu de Reese. Reese les lanzó un beso mientras se alejaban y rápidamente volvió a mí.

—¿Qué pasó realmente?

Enterré la cara en mis manos con un gemido.

—Dejé sus notas del discurso en el coche —murmuré en mis palmas—. Estaba tan enfadada, Reese. Pensé que iba a despedirme.

—¿Por dejar sus notas en el coche? —preguntó Reese incrédula —. ¿No es eso un poco... no sé, dramático?

—¿Quizás? —Sorbí por la nariz—. De cualquier manera, eso no impidió que me gritara totalmente.

—¿En el evento?

Asentí, aceptando la copa de vino que Noah me ofrecía mientras pasaban a mi lado.

—Gracias, Noah —dije, dando un largo sorbo para calmar mis nervios inquietos—. No sé en qué estaba pensando. No estoy hecha para este trabajo.

—Eso es una sarta de tonterías y lo sabes —replicó Reese, acomodándose en el regazo de Noah. Este último rodeó la cintura de Reese con sus brazos, con su hombro apoyado en el de ella.

—Creo que tu jefa está simplemente loca —añadió Noah—. Llevas allí apenas una semana más o menos y espera que actúes como si siempre hubieras trabajado allí. Es algo descabellado.

—No lo sé —reflexioné, quitándome los pendientes de aro y colocándolos en la mesa de café—. De alguna manera lo entiendo. Está tan ocupada que apenas puedo seguirle el ritmo, así que es normal que necesite que una asistente se ponga al día inmediatamente.

—Deja de hacer eso —interrumpió Reese—. Deja de echarle la culpa. Puede que hayas cometido un pequeño error, pero ella podría haber sido un poco más amable al respecto.

—No me *despidió*, Reese —señalé—. Creo que eso es lo más amable que Cameron Pierce puede ser.

—¿Así que vas a volver? —preguntó Noah.

Después de una larga respiración, asentí.

—No puedo permitirme renunciar a una oportunidad que podría llevarme lejos —razoné, tomando otro sorbo de vino—. Solo tengo que trabajar más duro. Aunque probablemente la incomodidad me mate primero.

Reese hizo una mueca y me dio una palmadita solidaria en el hombro.

—Buena suerte, amiga.

Necesitaría más que suerte, me di cuenta cuando entré en la oficina el lunes siguiente.

El aire acondicionado de la oficina zumbaba sobre mi escritorio, pero no era nada comparado con la frialdad que me esperaba en la oficina de Cameron.

—Buenos días, Sra. Pierce —dije mientras dejaba mi bolso y chaqueta en mi escritorio—. ¿Cómo estuvo su fin de semana?

Levantó sus ojos oscuros hacia los míos, clavándome en el sitio.

—No tan desastroso como podría haber sido —dijo intencionadamente, sin molestarse en preguntar por el mío.

Asentí y me dirigí a mi escritorio, en parte agradecida de que no me hubiera vuelto a reprender severamente. La duda volvió a llenar mis pensamientos, dificultando mi concentración. Casi esperaba que Cameron saliera furiosa de su oficina y me exigiera que recogiera mis cosas y me fuera.

Pasó una hora sin incidentes antes de que un escalofrío volviera a deslizarse en mis huesos, y la voz de Cameron resonara desde su oficina.

—Elliot.

Agarré mi libreta y bolígrafo, un reflejo a estas alturas, y caminé rápidamente hacia su oficina.

—¿Sí, Sra. Pierce?

—Quiero repasar las prioridades de esta semana —declaró sencillamente, su dedo corazón deslizándose sobre el ratón—. Has actualizado mi agenda, ¿verdad?

—Por supuesto, Sra. Pierce —dije, notando el tic de desagrado en su ojo—. Lista cuando usted lo esté.

Me miró inexpresivamente por un segundo antes de poner los ojos en blanco.

—¿Te importaría decirme qué hay en mi agenda, Elliot?

—¡Oh! —salté, olvidando por un momento cómo hablar—. Esta mañana tiene una reunión con DC Industries para discutir su propuesta sobre tecnología inteligente. El Sr. Hayworth estará aquí a las diez y media. Luego su almuerzo está programado en La d'Or a la una. Solicitó que el resto del día se dedicara a I+D, por lo que el departamento la espera a las dos y media.

Me miró, dudosa, y tecleó en su ordenador. Sus ojos leyeron algo que yo no podía ver, y frunció el ceño.

—Impresionante —dijo, y mi corazón se elevó por un momento antes de que añadiera—: Para una niña.

Miré mis rodillas, frustrada y avergonzada, pero me mordí la lengua.

—Si no tienes nada más que decir —dijo con desdén—. Puedes confirmar el resto de mi semana.

Me despidió con un gesto de la mano y volvió a su ordenador.

Parpadee y me puse de pie, caminando hacia mi escritorio un poco aturdida. Nunca sería suficiente para ella.

8

Cameron

Vagando por mi casa adosada, mi mente volvía una y otra vez a Elliot. Abrí y cerré la despensa, busqué en el refrigerador sin buscar nada en particular, y me serví un vaso de agua.

Y aún no podía quitarme el pensamiento de ella.

No era algo en particular, no.

Era todo.

Miré su expediente en la isla de mi cocina y un momentáneo destello de vergüenza calentó mis mejillas antes de apartarlo y sentarme.

—Es natural realizar verificaciones de antecedentes de nuevos empleados —murmuré para mí misma, avergonzada por tener que recurrir a eso.

Abrí el expediente y comencé a leerlo.

Recursos humanos y mi investigador privado habían documentado la mayor parte de la vida adulta de Elliot. No es que fuera mucho.

—Trabajó en dos restaurantes —murmuré para mí misma, leyendo las breves líneas de información—. Tres y cinco años respectivamente. De camarera a jefa de recepción con elogios de sus antiguos empleadores.

Chasqueé la lengua y pasé a la siguiente página, buscando algo más concreto. Los elogios de Hayden perseguían mis pensamientos, y supuse que tenía que haber algo más en esta chica.

Después de una búsqueda infructuosa, agarré mi teléfono y marqué a Hayden, quien contestó justo antes de que la llamada terminara.

—¿Sí, mi querida Cam?

—¿Podemos cenar? —pregunté, ya casi fuera de la puerta.

—Oooh, me siento halagada, pero sabes que estoy saliendo con alguien ahora —bromeó.

Puse los ojos en blanco mientras entraba en mi coche y giraba la llave. —No todo gira alrededor de ti, Hayden —suspiré—. Solo

encuéntrame en nuestro café.

Ella llegó antes que yo y me hizo señas cuando entré al pequeño café de inspiración griega.

—¿Qué era tan urgente que *tenías* que cenar conmigo?

—Es sobre Elliot —empecé, y levanté una mano para evitar que me interrumpiera—. No, no es lo que piensas. Saca tu mente de la alcantarilla, por Dios.

—No eres divertida, Cam —hizo un puchero—. ¿Entonces de qué se trata?

—Hice verificaciones de antecedentes sobre ella y no puedo encontrar mucho más allá de sus trabajos anteriores —expliqué, con frustración quemándome por dentro—. Hay una vaga mención de su madre, pero nada más.

Hayden me miró cuidadosamente y se inclinó hacia adelante. —Cam, ¿qué estás tratando de hacer? —preguntó, con preocupación tensando su voz.

Fruncí el ceño. ¿No era obvio? —Estoy tratando de averiguar por qué estás tan empeñada en asegurarte de que la mantenga cerca. Confío en ti y en tu palabra, Hayden, pero no puedes culparme por ser un poco cautelosa.

Hayden suspiró y pasó una mano por sus rizos gruesos.

—Te entiendo, Cam, de verdad —dijo suavemente—. Pero, ¿cómo aclara toda esta información lo que te dije? La he visto trabajar y sé que te impresionará. ¿Qué más hay?

—Solo siento que no sé nada sobre la persona a la que estoy confiando la mitad, si no la mayoría, de mi vida —gemí, exhausta—. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Ya he hecho lo que tú deberías haber hecho —respondió Hayden—. *Hablé* con ella. Le hice preguntas. ¿Qué temes? ¿Crees que te va a morder?

—¡Por favor, no seas idiota, estoy tratando de ser seria!

—Yo también lo estoy siendo, Cam —espetó Hayden.

Parpadeé; Hayden raramente se disgustaba.

Ella suspiró de nuevo y me miró seriamente. —Mira, solo te contaré un poco, porque no es mi historia para contar, ¿de acuerdo?

Asentí, manteniendo mis labios apretados.

—No me contó mucho, obviamente, pero soy persuasiva —comenzó—. Elliot me dijo que su madre era una abogada importante que eligió su carrera sobre su hija. Elliot se graduó de la secundaria e inmediatamente comenzó a trabajar para mantenerse. Ahora, ¿no te suena familiar esa veta de violenta independencia?

Así era, aunque no dije nada.

—Exactamente —dijo Hayden con suficiencia—. Así que dale una oportunidad a la chica. De verdad esta vez.

Tomé el consejo de Hayden y decidí darle a Elliot otra oportunidad.

—Srta. Pierce —llamó, entrando a mi oficina—. El departamento de I+D ha solicitado una visita.

—¿Ahora mismo? —pregunté, mirando entre su rostro impasible y el correo electrónico frente a mí.

—Si tiene un momento —dijo—. Ricky mencionó que era urgente.

Con un suspiro, me aparté y rodee mi escritorio. —Entonces terminemos con esto —murmuré, abotonándome la chaqueta.

Ella asintió y siguió mis pasos detrás de mí.

—¿Ricky mencionó cuál es la emergencia?

—Mencionó la cocina inteligente —respondió, subiendo al ascensor conmigo. Se quedó en el extremo opuesto, decidida a mantener una sana distancia entre nosotras. Traté de ignorar el débil tirón en mi pecho—. Y un nuevo diseño con el que estaba luchando para finalizar.

—Muy bien —suspiré.

El ascensor se detuvo en el tercer piso con un zumbante *ding* y las puertas se abrieron.

—¡Buenas tardes, Srta. Pierce!

—¡Hola, Srta. Pierce!

Asentí mientras una multitud de empleados pasaba junto a nosotras, sin duda dirigiéndose a almorzar.

—Ricky —llamé, divisando al pelirrojo revoloteando entre los cubículos como un colibrí angustiado.

Él giró y casi se desmayó de alivio. —¡Srta. Pierce! —exclamó, corriendo hacia nosotras—. Gracias a Dios, estoy al límite de mi ingenio.

—¿Qué está pasando? —lo insté, siguiéndolo al laboratorio de I+D.

—El equipo de desarrollo acaba de entregarnos el diseño final esta mañana —comenzó, abriendo el archivo en la enorme pantalla que colgaba en el centro del laboratorio—. Pero todo ha cambiado desde nuestro último punto de contacto. Nos retrasará *semanas*, tal vez incluso meses.

—No tenemos meses para sacrificar —murmuré, tratando de encontrar la mejor manera de resolver las cosas—. Y hacer que el equipo de desarrollo rediseñe solo empeorará las cosas.

—¡Exactamente! —gimió Ricky.

—¿Puedes mostrar el diseño anterior que presentaron?

Los dedos de Ricky volaron sobre el teclado y, segundos después, el diseño anterior apareció en la pantalla.

Mierda.

Eran *completamente* diferentes.

—¿Quién aprobó el nuevo diseño?

Ricky negó con la cabeza nerviosamente. —No tengo idea —dijo —. El usuario en el archivo fue generado aleatoriamente, así que no puedo decir quién lo aprobó por última vez.

—Tendremos que retrasar el lanzamiento —suspiré.

La cara de Ricky palideció.

—¿Y si hacemos que ambos equipos colaboren en tiempo real?

Me volví hacia Elliot sorprendida, sin esperar que hablara.

O que propusiera una idea.

—¿Colaborar en tiempo real? —repitió Ricky, rascándose el mentón—. El equipo de desarrollo está en Europa; nuestras zonas horarias están completamente descoordinadas.

Elliot negó con la cabeza. —No, me refiero a que trabajen en una versión en vivo del diseño junto con su equipo —aclaró.

Ricky frunció el ceño, pensando en la propuesta. —Podríamos rastrear las aprobaciones mejor de esa manera —murmuró, volviendo a su computadora—. Y podríamos ejecutar cambios de diseño entre departamentos con mucha más facilidad.

—¿Funcionará? —pregunté, con la mirada fija en Elliot. Ella agachó la cabeza, con las mejillas ardiendo, pero...

Sonreí con satisfacción.

—Tomará algunas maniobras, pero podemos hacerlo funcionar —dijo Ricky finalmente, con un brillo en sus ojos verdes.

—¿Entonces hemos resuelto esto?

—¡Sí! —chilló—. ¡Gracias, Srta. Pierce! Y a usted, señorita. Ha salvado nuestro pellejo.

Elliot tosió sorprendida. —N-no, solo fue una sugerencia.

—Acepta el cumplido —ordené, girando sobre mis talones para irme. Mi pecho se hinchó de orgullo, aunque fuera pequeño.

Ninguno de mis asistentes anteriores se había atrevido a hablar, y mucho menos con una idea que pudieran haber tenido. Sin embargo, pensé, ella tenía mucho más que hacer para ganarse mi confianza.

Caminó detrás de mí en silencio, sus tacones golpeando al compás de los míos, e hice todo lo posible por no darme la vuelta.

Deseaba poder ver su rostro, ver la expresión que tenía.

—Programa mi brunch para el jueves de esta semana —le dije mientras entrábamos al ascensor—. Ese debería ser el único día en que todos estemos disponibles, pero verifica con ellos primero.

—Sí, Srta. Pierce —dijo, escribiendo en su cuaderno.

Miré el gastado libro, las páginas suaves por el uso, pegatinas y resaltador convirtiendo las páginas blancas en un colorido desorden.

—¿Qué hora es? —pregunté, aprovechando la oportunidad para observarla bien.

—Son casi las dos y media —respondió.

Murmuré. —Ya debería haber almorzado —dije.

Su estómago gruñó como si respondiera y la miré.

—Parece que mi estómago está de acuerdo —dijo débilmente.

Ahogué una risa con mi mano y sus ojos se agrandaron.

—Vamos —reí, cerrando las puertas del ascensor tan pronto como comenzaron a abrirse—. Yo también me río.

—Nunca lo dudé, Srta. Pierce —dijo rápidamente—. Solo nunca imaginé que se reiría estando conmigo.

Me encogí de hombros; no era totalmente irrazonable que se sintiera así. Ciertamente no me había esforzado por demostrarle lo contrario.

—Prepare el auto.

—¿Dónde va a comer?

—El último bar de sushi al que fui —dije.

Ella asintió y llamó a Daniel, quien ya tenía el auto esperando en la entrada cuando salimos.

—¿A qué hora volverá?

Me detuve y la miré por un momento. —¿De qué estás hablando?

—¿Eh? —Frunció el ceño—. Puedo tener su café listo cuando regrese. Pero necesito saber...

—Sube al auto —gemí, entrando al coche y mirándola expectante.

Se quedó congelada por un segundo antes de correr al otro lado y subir.

No pude evitar la pequeña sonrisa que tiró de mis labios.

—¿Debo coordinar que la Srta. Jones o la Srta. Voss se reúnan con usted? —ofreció, sacando su teléfono y desbloqueándolo antes de mirarme esperando una respuesta.

Me quedé callada, mi mirada deslizándose por el suave arco de sus mejillas y la curva de su arco de cupido. Tomé una respiración profunda y la solté lentamente.

Al diablo con esto, pensé, dejando de lado la precaución. —Tú sola ya eres bastante complicada —dije, encontrando su mirada por un momento.

Sus cejas se dispararon hacia su línea del cabello y tragó saliva. Mantuvo sus ojos pegados a sus rodillas durante el resto del viaje, mirando hacia arriba solo cuando nos detuvimos.

—Da la vuelta por atrás —le dije a Daniel mientras salía.

Elliot me siguió adentro y hasta nuestra mesa, y no podía quitarme de encima lo... poco profesional que se sentía esto.

—¿Qué va a pedir hoy, Srta. Pierce? —preguntó la camarera, Trina.

No me molesté en mirar el menú. —Quiero el nigiri sushi —dije —. ¿Qué vas a pedir tú?

Elliot frunció el ceño. —Nunca he probado el sushi —murmuró, entrecerrando los ojos hacia el menú.

—Tú... perdón, ¿qué?

Se sonrojó.

—No he probado el sushi antes —repitió, con vergüenza coloreando sus mejillas y cuello—. Así que no sé qué pedir.

Trina soltó una risita y agitó su mano. —¡Sé exactamente lo que traerte! —dijo, alejándose con un revoloteo de volantes.

—No va a traer, así como, tentáculos o algo... ¿verdad?

Me atraganté con el sorbo de agua que acababa de tomar, tosiendo una risita ante el miedo real que brillaba en sus ojos.

Saltó de su asiento en el momento en que empecé a ahogarme, pero le hice un gesto para que se detuviera.

—No, Elliot —reí, limpiando una lágrima perdida de mi mejilla—. Dios, ¿qué pasa por tu cabeza?

—Solo quería asegurarme —gruñó, jugueteando con un punto en su manga.

Mi corazón se saltó un latido y apagué la sonrisa que amenazaba con exponerme. —No te traerá tentáculos —le aseguré, disfrutando del lado más vulnerable de ella—. A menos que se lo pidas muy amablemente.

Su cara instantáneamente palideció y tomé un sorbo de mi bebida, tragando las palabras que descansaban en mi lengua.

¿Quién sabe? Me pregunté. Tal vez me sorprendería al final.

9

Elliot

Mi pulso martilleaba en mi garganta mientras el brillante LED del techo contaba los pisos que pasaban tan lentamente como le era posible. Frenéticamente, revisé mi reloj por novena vez desde que había llegado a la oficina, verificando y volviendo a verificar que no llegaba tarde.

Otros empleados entraban y salían del ascensor mientras subía hasta el último piso.

Las puertas finalmente se abrieron en el piso superior y rápidamente caminé hacia mi escritorio y me detuve.

Alguien ya estaba sentado en mi silla.

—¿Sra. Jones?

—¡Elliot, cariño! —dijo, girando en mi silla para mirarme—. La dama dragón aún no ha llegado; estás de suerte.

Exhalé el ansioso suspiro que había estado conteniendo e inmediatamente me tapé la boca con la mano, avergonzada.

Hayden se rió y agitó una mano en señal de desestimación. —Por favor, he conocido a Cam durante *siglos* —rió—. Sé lo difícil que es complacerla.

Dejé mi bolso sobre el escritorio, frunciendo el ceño pensativa.

—No creo que sea difícil de complacer —dije—. Creo que ha tenido que hacer las cosas sola durante mucho tiempo. Me recuerda a ese dicho, ¿sabes? Si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo.

Hayden me miró fijamente por un momento, sus astutos ojos calculadores. —Eso es definitivamente algo que no había escuchado antes —reflexionó.

—¿Qué es lo que sueles escuchar? —pregunté, con la curiosidad despertando mi interés.

Hayden hinchó el pecho y se echó su larga trenza castaña chocolate por encima del hombro.

—He oído lo que han dicho todos sus asistentes anteriores —dijo en un susurro teatral. Una de sus cejas perfectamente arqueadas se

levantó—. ¿Y quién no ha oído todos esos rumores viciosos que circulan por el edificio?

Mis cejas se arrugaron confundidas. —¿Rumores?

Hayden frunció los labios. —Supongo que no has tenido mucho tiempo para conocer a tus compañeros —suspiró tristemente—. Cam te tiene tan apretada con la correa que apenas tienes tiempo para darte cuenta de que son solo las siete de la mañana. Cam no estará aquí hasta dentro de una hora.

—¿Las siete? —fruncí el ceño, mirando mi reloj—. Oh Dios, mi reloj está una hora adelantado. Soy tan estúpida.

—Relájate, pequeña —dijo Hayden cordialmente—. Llegaste aquí con tiempo de sobra.

—Solo por algún milagro —respiré, dejándome caer en uno de los pequeños sofás de la sala de espera—. Podría haber estado una hora lento y probablemente estaría despedida.

—Probablemente —hizo un mohín—. Pero probablemente no. Cam tiene una manera de sorprendernos a veces. No ha tenido la mejor racha en la vida.

Sus palabras me invadieron lentamente, y una sonrisa incrédula tiró de mi boca. —Lo siento, Sra. Jones —dije, sofocando mi incredulidad lo mejor que pude—. No entiendo a qué te refieres con eso.

—Oh, sé que es difícil de creer. Pero Cam lo ha tenido mucho más difícil de lo que deja ver. No me corresponde contar la historia, pero creo que al menos deberías saberlo.

—¿Saber qué?

—Es difícil trabajar con ella debido a toda la mierda por la que ha pasado —explicó Hayden—. Espero que al decirte esto, seas un poco más comprensiva. No te odia, ni *quiere* verte fracasar. Simplemente se ha cerrado bastante. Sigue haciendo lo que estás haciendo.

Exhalé un largo suspiro por la nariz, completamente confundida por las palabras de Hayden.

—Siento que todo lo que hago son errores —confesé—. Probablemente soy la peor asistente que ha tenido.

—No seas tan dura contigo misma; una de sus asistentes le pidió un chocolate caliente un lunes.

—Dulce Jesús niño —me quedé boquiabierta—. ¿Y *sobrevivió*?

Hayden echó la cabeza hacia atrás con una risa estruendosa, el sonido rebotando por toda la habitación vacía.

—Cristo —llamó Cameron desde el ascensor, sobresaltándome—. ¿Tienes que ser tan ruidosa tan temprano en la mañana?

—Buenos días, Sra. Pierce —dije, con el corazón alojándose en mi garganta en el momento en que la vi.

Ella me hizo un gesto con la cabeza mientras se acercaba, con su cabello oscuro suelto alrededor de sus hombros por una vez.

—Tardaste *siglos*, Cam —se quejó Hayden—. ¡Gracias a Dios que Elliot es tan buena conversadora, de lo contrario me habría aburrido como una ostra!

Me sonrojé ante el cumplido, tratando de fundirme con el sofá.

Cameron abrió su puerta con un exagerado giro de ojos. —¿Al menos la llamaste antes de tenderme esta emboscada? —preguntó, entrando en su oficina.

Hayden resopló. —No, quería sorprenderte, queridísima amiga que me adora.

—Y luego, cuando regañara a Elliot sin motivo, parecería una idiota —replicó Cameron.

Mis ojos se ensancharon ante su franqueza.

Pero Hayden solo me guiñó un ojo y me envió un pulgar hacia arriba mientras seguía a Cameron al interior.

La puerta se cerró tras ella y tomé eso como mi señal para empezar a trabajar. Me senté y encendí mi computadora, revisando el horario de Cameron.

Hayden se marchó unos minutos después, saludándome con la mano al salir. Me puse de pie de un salto, llevando mi cuaderno y bolígrafo.

—¿Sra. Pierce?

—Adelante —dijo con voz arrastrada, con su atención puesta en su computadora.

Entré y me senté en lo que se había convertido en mi asiento, lista para su repaso. —A las ocho y media tiene una reunión con los inversores de Stone & Sons —repasé el calendario que había memorizado la noche anterior—. Luego una reunión en el sitio de

Dunford para discutir los últimos planes con los arquitectos. Por lo demás, he despejado su agenda a partir de las cuatro de esta tarde.

Los dedos de Cameron se congelaron sobre el teclado y se volvió hacia mí, perpleja.

—¿Perdón? —frunció el ceño—. ¿"Despejado mi agenda"?

—Sí —dije sin aliento, marchitándome bajo el calor de su mirada —. Ha estado trabajando horas después de que todos los demás se hayan ido a casa, así que pensé que sería agradable que saliera un poco antes.

Me miró durante tanto tiempo que pensé que nunca volvería a moverse.

—Pensaste que sería agradable —murmuró, con su mirada penetrante—. Que yo saliera un poco antes.

Definitivamente no era una pregunta, pero asentí de todos modos.

Parpadeó hacia mí, sus mejillas enrojeciéndose lentamente. —Muy bien —resopló, volviendo a su computadora—. Me acompañarás hoy.

—Por supuesto, Sra. Pierce —respiré, poniéndome de pie y casi corriendo hacia la salida.

Afortunadamente, el teléfono de mi escritorio sonó justo cuando me senté y lo cogí antes de que pudiera sonar por segunda vez.

—Oficina de la Sra. Pierce, habla Elliot.

—Hola, Elliot, Stone & Sons están en la Sala de Juntas A.

—Gracias, Claire —dije, y colgué.

—Vamos —dijo Cameron, ya saliendo de su oficina.

Me apresuré tras ella, preparándome mentalmente para otro largo día.

—Sra. Pierce, sería un descuido dejar pasar una oportunidad como esta.

—Estoy dolorosamente familiarizada con la oportunidad, Sr. Campton —el filo en la voz de Cameron era más afilado que un

cuchillo—. Pero creo que ya he rechazado en muchas ocasiones, y sin embargo usted continúa desperdiciando mi tiempo con ofertas infructuosas.

Miré mi reloj y luego al delgado inversor.

Una hora había pasado con este hombre y su equipo de vendedores similares a tiburones, y Cameron se volvía más fría por minuto.

—No sería un desperdicio —insistió el Sr. Campton, poniéndose de pie—. Si tan solo considerara la oferta...

—Mis más sinceras disculpas —dije, poniéndome de pie también. Un nudo de nervios se alojó en mi garganta y casi me ahogué. Pero ver a estos hombres faltarle el respeto a Cameron me hizo rechinar los dientes—. La Sra. Pierce tiene un compromiso previo que merece mucho más su tiempo que esto. ¿Nos vamos, Sra. Pierce?

Sin perder el ritmo, Cameron se levantó, se arregló la chaqueta y salió.

—Caballeros —dije, luchando por mantener mi voz firme—. Pueden retirarse.

Seguí a Cameron afuera, con mariposas resonando en mi estómago. El arrebato de confianza me tomó por sorpresa, pero me alegré de librarme de los inversores.

—Consigue el c-

—Daniel está abajo —le dije—. Esperándonos.

No dijo nada más mientras nos dirigíamos abajo y entrábamos en el coche.

Mis mejillas ardían en el silencio, preguntándome si me había excedido o si había cruzado una línea que era demasiado inexperta para ver.

—Deja de pensar demasiado, Elliot.

Me sobresalté un poco en mi asiento. —¿Sra. Pierce?

Ella suspiró, con sus ojos tan oscuros como siempre. —Prácticamente puedo oír los pequeños engranajes girando en tu cabeza —dijo.

Apreté los labios y le lancé una mirada de disculpa.

—Gracias.

Mis cejas se dispararon hacia arriba.

—¿Por qué, Sra. Pierce?

Ella rio suavemente, y las mariposas en mi estómago volvieron a alzar el vuelo. Excepto que esta vez me dejaron eufórica.

—Por salvarme de esas serpientes —dijo con una suave sonrisa. Solté un chillido en respuesta—. No puedo decir que lo vi venir.

Mi confusión debe haber sido evidente, porque continuó con una sonrisa astuta: —¿Quién diría que tenías un par de colmillos? —dijo apreciativamente.

Mi traidora sangre se apresuró a mis mejillas. —No diría eso —argumenté, un poco sin aliento con toda su atención centrada en mí —. Es solo que él no captaba la indirecta, y me estaba poniendo de los nervios. Era irrespetuoso.

—En efecto, lo era —murmuró, cruzando los brazos sobre su pecho.

Hice mi mejor esfuerzo para mantener mis ojos donde debían estar.

—Y no tuve que decir una palabra. Tienes fuego dentro de ti.

El ronroneo en sus palabras envió un escalofrío por mi columna vertebral.

—No me importaría ver ese lado tuyo un poco más a menudo, Elliot.

Levanté los ojos muy abiertos hacia ella, buscando en su rostro el más mínimo indicio de mentira. Algo que me dijera que el repentino arrebato de coraje estaba equivocado. Pero ella solo sonrió.

—Hay algo emocionante en ello, ¿no es así? —insistió, un pequeño hoyuelo marcándose en su mejilla—. Usar ese fuego donde se necesita. Aunque, no diría que la oficina es el único lugar donde tendría sus usos.

Otra ola de calor subió por mi cuello y me la sacudí, bajando un poco la ventanilla.

—Supongo que sí —murmuré, muy consciente de lo cerca que estaba—. No es algo a lo que esté acostumbrada, sin embargo.

—Espero que aprendas a acostumbrarte —dijo Cameron, apartándose.

Supuse que eso era el final de la conversación y tomé un tranquilo respiro, desesperada por calmar mis nervios alterados.

—Gr-

—Hemos llegado —dijo Daniel, su voz sacándome de mi pequeña burbuja de delirio.

—B-bien, después de usted, Sra. Pierce.

—¡Bienvenida, Sra. Pierce! La estábamos esperando —el arquitecto jefe de Dunford salió corriendo, su casco de seguridad se movía cómicamente sobre su cabeza.

Estructuras de acero estaban dispersas por todo el sitio, con marcas blancas y azules colocadas aquí y allá para delinear el piso inferior del edificio.

—Nunca he estado en una obra en construcción antes —murmuré maravillada, viendo a los trabajadores mover el equipo masivo a su lugar alrededor de nosotros.

—Esto no es especial —suspiró Cameron, cogiendo uno de los cascos de visitante y entregándomelo. Tomó uno para ella y se lo puso.

Maldición, la hacía aún más sexy. *¿Qué demonios me pasa*?

—Por aquí, Sra. Pierce —el arquitecto jefe se materializó de la nada.

Lo seguimos hasta la obra, pisando cuidadosamente alrededor del suelo levantado y el granito.

—¿Qué requiere mi aprobación? —preguntó Cameron, extendiendo la mano para tomar su iPad de mí—. Veo aquí que ya tienen la aprobación para los planes propuestos; ¿qué más está pendiente?

—Ah, la fontanería tuvo un pequeño contratiempo en la segunda fase —explicó él, pero todo pasó por encima de mi cabeza.

Dirigí mi atención a Cameron, a cómo su rostro permanecía como una máscara de gracia mientras el arquitecto divagaba sobre tuberías. O algo así.

Dijo algo que sonaba mucho como "Estaba en el presupuesto", pero mi cerebro estaba demasiado ocupado mirando la curva de sus labios y la columna de su cuello.

Dios, estaba perdida.

10

Cameron

El taconeo de Elliot vaciló detrás de mí y sofoqué una sonrisa antes de que los tacones se apresuraran nuevamente.

—D-disculpe, ¿podría repetir eso, Sra. Pierce? —Su voz tembló.

Hice una demostración de suspirar, negándome a reducir mi paso.

—Creo que le dije que odio repetirme —reflexioné, caminando hacia las escaleras que teníamos adelante—. Quizás estoy equivocada.

—¡No, para nada! —El matiz de pánico en su voz era tan claro como el día—. Es solo que, eh, no entiendo realmente a qué se refería con...

—¿Acompañarnos al brunch? —Me reí fríamente—. ¿Qué demonios hay para malinterpretar?

Resopló un poco y sonreí.

El fuego que había visto en ella arañaba las restricciones, y alguna parte sádica de mí quería verlo liberarse.

—Vamos —ordené, cambiando mi bolso al otro brazo—. No queremos llegar tarde.

Quizás fue un poco presuntuoso de mi parte, pero quería presentarle a Elliot al resto de mis amigos.

El restaurante se abría a un patio impecable, salpicado de pequeñas fuentes de agua. Las baldosas daban paso a césped perfectamente cuidado y adoquines, con estallidos de flores de verano asomando a través de la decoración. Era el único lugar que había decidido visitar en pleno verano.

—¡Cam!

Levanté la mirada y me preparé a tiempo para Hayden, quien se abalanzó sobre mí para darme un abrazo.

—Hola a ti también —resoplé, dándole palmaditas suaves en la espalda—. Te vi hace un día.

—Cállate y acepta el afecto, gata hambrienta de contacto —resopló, dándome un manotazo mientras regresaba a su asiento—.

¡Elliot! Tú te sientas aquí conmigo.

—No —dije con firmeza, fulminando a Hayden con una mirada asesina—. Eres una terrible influencia.

—Soy la *mejor* influencia, muchas gracias —replicó Hayden, echando sus rizos por encima del hombro—. Pero como quieras, quédate con tu asistente para ti sola.

Ignoré la indirecta apenas velada y tomé mi asiento, indicando a Elliot que hiciera lo mismo. Ella dudó, con las manos entrelazadas frente a ella.

—Está bien, Elliot —dijo Reid con una sonrisa—. Siéntese, debe tener hambre.

La boca de Elliot esbozó una tímida sonrisa mientras finalmente se sentaba a mi lado. Le entregué el menú.

—Tome —dije, disfrutando del rubor que subía por su cuello—. Antes de que se desmaye.

—Qué jefa tan atenta —suspiró Hayden dramáticamente—. ¿No deberías presentarnos, Cam?

—Tú, desafortunadamente, ya la conoces —suspiré, recostándome en mi asiento y cruzando los brazos. El sol brillaba alto sobre nosotros, la gran sombrilla proyectando una sombra misericordiosamente fresca sobre nuestra mesa—. Pero como todos saben, Elliot es mi más reciente asistente.

—Esperemos que la última —gorjeó Alex, ganándose un guiño alegre de Hayden.

—Entonces el resto de ustedes puede hacer los honores —resoplé, mirando hacia otro lado—. Adelante, Hayden, dile algo útil sobre ti.

—Uf, tan fría hoy —soltó una risita Hayden, completamente imperturbable—. Muy bien, Elliot, ya me conoces. Me interesa la comida y...

—Y los jóvenes europeos —interrumpió Taylor.

Resoplé ante la indignación de Hayden.

—Te haré saber que... ¿Sabes qué? Sí —se encogió de hombros —. Son los únicos hombres con los que *saldría*.

—Dios, siguiente, por favor —me reí, mirando de reojo a Elliot para evaluar su reacción. Estaba sentada en silencio, con la más leve

sonrisa en sus labios rosados.

—Iré yo —se ofreció Reid con elegancia—. Ya nos conocimos brevemente en la gala, pero no pudimos hablar mucho. Mi nombre es Reid y soy dueño de Voss Visuals.

—Esto parece mucho un programa de concursos, ¿no? —preguntó Alex.

—Está bien —concedí.

Señalé a Reid—. Reid posee prácticamente todas las empresas de videojuegos del país y se está expandiendo a Asia el próximo mes.

Señalé a Alex—. Lexi es la dueña de Bell Engineering y está tomando el control en Dunford.

Señalé a Taylor—. T dirige un resort en casi todos los países y el transporte que te lleva allí. ¿Ves? Listo.

Miré a Elliot y solté una risita—. No tiene que recordar sus nombres.

Le quité el bolígrafo. Mis dedos rozaron el dorso de su mano, y escuché el pequeño jadeo que escapó de sus labios.

—La estás haciendo trabajar hasta el agotamiento, Cam —chasqueó Taylor, lanzándome una mirada de desaprobación—. Se supone que este es un brunch casual, querida. Te acostumbrarás a nosotros muy pronto.

—Sí, Sra. Kane —asintió Elliot.

Parpadeé mirándola.

—¿Cómo sabías su apellido? —exigí, con las cejas fruncidas. Sus ojos se dirigieron a mi rostro y se apartaron igual de rápido.

—Me aseguré de aprender los nombres y empresas de todas las personas con las que usted se reúne, Sra. Pierce —explicó—. No quería que perdiera tiempo por alguna incompetencia de mi parte.

—Vaya, has encontrado una verdadera joya —dijo Hayden, abanicándose con una mano perfectamente manicurada—. Creo que la respuesta que buscas es "Gracias, Hayden, no podría haberlo hecho sin ti".

Elliot soltó una risita silenciosa a mi lado, y la ira que subió por mi garganta murió en mi lengua.

La miré, con una pequeña sonrisa tirando de mis propios labios.

—¿Cómo va la planificación del evento? —preguntó Hayden, con los ojos llenos de picardía.

Elliot separó los labios para responder, pero la interrumpí—. El evento está siendo manejado eficientemente.

—¿Oh? ¿Todo a tu satisfacción? ¿Sin dejar piedra sin remover?

Tomé un respiro brusco—. Como dije, todo está bien.

Ignoré la mirada atónita de Elliot. Supongo que podría haberle dicho antes lo bien que estaba manejando el evento, pero bueno, ahora lo sabía.

Hayden apoyó la barbilla en la palma de su mano derecha y se concentró en Elliot—. Realmente eres una gran adición a Pierce Industries.

—Um, gracias —dijo Elliot, con el ceño fruncido.

—Ahora que todos nos conocemos —dije, volviéndome hacia la mesa, con la mirada de Hayden quemando el costado de mi cráneo —, ¿podemos continuar con la comida? Me muero de hambre.

Por algún minúsculo milagro, la comida llegó lo suficientemente pronto, bajando efectivamente el volumen proverbial de Hayden.

—Entonces, Elliot —dijo Alex, tragando un bocado de su salmón —. ¿Eres nueva en la ciudad?

Elliot asintió, masticando rápidamente su bocado y tragando antes de responder—. Crecí en Bay Ridge la mayor parte de mi vida, pero viajaba mucho a la ciudad.

—Así que eres una verdadera chica de ciudad —bromeó Taylor.

Pero Elliot agitó una mano avergonzada—. Definitivamente no —dijo—. Solo el tráfico es suficiente para volverme loca.

Todos rieron, totalmente enamorados de Elliot y su honestidad inocente.

Tocó un lado de mí que normalmente permanecía dormido.

Posesivo.

Aclaré mi garganta—. Puede que sea una chica de ciudad —intervine, sin hacer nada por ocultar la agitación en mi voz—, pero está lamentablemente ignorante de muchas cosas. Por ejemplo, nunca había probado el sushi antes del almuerzo del otro día.

—¡Cállate! —casi chilló Hayden—. ¡Dime que al menos la llevaste a un lugar de sushi decente!

Puse los ojos en blanco, dando palmaditas en el antebrazo de Elliot. Ella exhaló un suspiro bajo y yo sonreí con suficiencia.

—La llevé al *mejor* lugar de sushi —repliqué, molesta de que Hayden pensara tan bajo de mí—. Tengo un gusto excelente.

—Estás empezando a sonar como Hayden —dijo Reid con voz arrastrada—. Quizás deberías pasar más tiempo con nosotros, en vez.

—Ridículo —dije—. Hayden podría visitarme menos; tal vez así podría hacer más trabajo.

—Dices eso ahora, pero sé que te marchitarías sin mí —dijo Hayden, arqueando una ceja escéptica hacia mí.

—¿Cómo te has estado adaptando al horario atroz de Cam? —indagó Alex, apoyando la barbilla en la palma de su mano.

Elliot se sonrojó—. Ha sido un ajuste —admitió, mirando sus manos en su regazo por un momento—. Y definitivamente hay mucho espacio para mejorar, pero yo...

—Lo está haciendo bien, Alex —intervine, dejando a la mesa en un silencio atónito.

La mirada de Elliot pinchaba el costado de mi cara, pero hice todo lo posible por ignorar el aleteo en mi pecho.

—¿Podemos hablar de algo que *no sea* trabajo? No he oído nada sobre este nuevo novio de Hayden, a pesar de su insistencia en compartir *todo*.

Hayden resopló a mi lado, lanzándose a una larga historia sobre su último novio. Mientras el resto de la mesa se quedaba maravillado con la historia de Hayden, yo observaba a Elliot por el rabillo del ojo.

Había un destello de fascinación abierta en sus brillantes ojos, sus labios rosados ligeramente entreabiertos mientras escuchaba. El 'Efecto Hayden', como suele llamarlo Taylor. No había forma de ignorar a Hayden si estaba en las inmediaciones, y nunca por la razón equivocada.

Era algo que envidiaba.

Elliot soltó una risita y mis pensamientos se fueron desvaneciendo lentamente, mi atención centrada en el resplandor de sus mejillas.

—Por favor, discúlpenme un momento —dijo Elliot, poniéndose de pie y caminando hacia el camarero más cercano. Intercambiaron unas palabras y el camarero señaló hacia el interior, presumiblemente al baño.

La observé caminar hacia adentro, apartando la mirada solo cuando ya no podía verla.

—Alguien está un poco apegada.

—Hayden, cállate —advirtió Reid.

—¿Qué? Solo estoy haciendo una observación astuta —se defendió.

Suspiré—. Una observación astuta sería darte cuenta de que no quiero oír nada de eso —contesté, moviendo mi ensalada con el tenedor.

—Ha estado pegada a tu lado desde que llegaron —señaló Hayden—. Y no creas que no he notado el hecho de que lo permites.

—¿Cuál es tu punto? —resoplé, el calor quemando mi cara—. No es como si hubiera algún significado especial detrás. Estás viendo demasiado en algo que ni siquiera existe.

La mesa se quedó en silencio, intercambiando miradas cómplices - lo odiaba.

—Solo intenten no hacer las cosas raras, ¿de acuerdo? —concedí, pinchando un tomate cherry con mi tenedor y metiéndolo en mi boca.

Taylor sonrió—. ¿Así que hay una 'cosa'?

Gemí.

—Sra. Pierce —dijo Elliot desde la puerta de mi oficina.

Levanté la mirada.

—El departamento de Relaciones Públicas envió una propuesta para colaborar con un nuevo diseñador —entró con su cuaderno—. La leí y parece muy prometedora. Se la envié por correo.

Fruncí el ceño con interés, desplazándome hasta la parte superior de mi bandeja de entrada.

—¿Cuál es el resumen?

Se sentó y abrió su cuaderno—. Un diseñador de moda emergente en París diseñó una gama completa de electrodomésticos y se niega a trabajar con cualquier otra persona.

—¿Cuál es el mercado objetivo?

—Jóvenes profesionales y microviviendas —respondió inmediatamente, impresionándome—. Su visión es hacer electrodomésticos hermosos accesibles para quienes viven en la ciudad con ingresos limitados.

—Hmm.

Abrí el correo de Elliot y leí el prefacio, echando un vistazo a los adjuntos—. ¿Qué son estas hojas de cálculo?

—Pensé que le gustaría ver cómo les fue a productos similares en el mercado estadounidense.

Cruzó una pierna sobre la otra.

El movimiento atrajo mi mirada.

—Así que recopilé todos los datos que pude encontrar sobre productos similares y sus ventas durante los últimos cinco años.

Abrí la primera hoja de cálculo y parpadeé.

Los datos estaban separados en variables año tras año, con gráficos e imágenes correspondientes sobre las disminuciones donde fuera necesario.

—Considéreme impresionada —dije en voz baja.

No necesitaba mirar a Elliot para saber que estaba radiante; su alegría era tangible, como otra presencia en la habitación.

—Le echaré un vistazo a esto. Mientras tanto, póngase en contacto con I+D y dígales que el Equipo de Diseño Uno tiene un nuevo proyecto en camino, y necesitan finalizar.

—Sí, Sra. Pierce —dijo entusiasmada, poniéndose de pie y saliendo apresuradamente—. Oh, la Sra. Jones acaba de llegar.

—Dios, dame fuerzas —me reí sin vida—. Hazla pasar.

—De inmediato, Sra. Pierce.

Pasó un momento antes de que Hayden irrumpiera en mi oficina, su vestido veraniego largo como la imagen de un paraíso tropical.

—¿Vas a algún lado? —sonreí, mirando el enorme sombrero para el sol que le caía sobre los ojos.

Se lo quitó con un floreo al estilo Hayden y se sentó.

—Me voy a Bali —dijo—. Y quería visitar a mi querida amiga antes de irme.

—Deberías haber avisado antes —fruncí el ceño—. Elliot podría haber despejado mi agenda para almorzar.

—¿Oh? —rió disimuladamente—. Me gusta esto.

—¿Qué? —pregunté a la defensiva.

—Esto —explicó, gesticulando hacia mí vagamente—. Que confíes en Elliot me calienta el corazón.

—Es mi asistente —repliqué, con las mejillas ardiendo—. Por supuesto que tengo que confiar en ella. ¿Por qué más la contrataría?

Hayden se rió y se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando con picardía—. Tú dímelo, Cam.

11

Elliot

—¡Y eran compañeras de piso!

—Dios mío, eran compañeras de piso —solté una risita, ganándome un manotazo de Talia.

—¡Sé seria! —se quejó.

—Vale, vale, sigue.

—En fin —Talia se animó al instante, como si no la hubiera interrumpido en absoluto—. Cathie definitivamente estaba engañando a su pareja, pero se niega a confesarlo. Así que es muy raro tenerla en mi casa. Como que yo sé lo que hizo y ella no *sabe* que yo lo sé, ¿sabes?

Negué con la cabeza, con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Para esto nos has hecho venir? —se rió Lily—. Cancelé mi clase de yoga caliente por esto.

—Vaya, ¿en serio? —exclamé, observando cómo Lily jugueteaba con una de sus largas trenzas moradas—. Eso es importante.

—¡Pensé que era una emergencia! —se defendió, sacándole juguetonamente la lengua a Talia.

—No finjas que vas allí por otra razón que no sea para babear por tu instructora —la acusó Talia, apuntándola con una uña—. Todas sabemos que estás loca por ella.

—¿Me culpas? —se quejó Lily—. Es el ser humano más hermoso que he *visto* jamás, y estoy atrapada aquí escuchándote quejar de tu nueva compañera de piso.

—Está bien, Lily —la consolé, frotándole el hombro con cariño—. Todavía puedes verla después de clase.

—Eso espero —suspiró—. ¿Dónde está Reese? Normalmente es el alma de estas reuniones.

—Tenía planes con Noah —dije—. Tenían entradas para la inauguración de una galería de arte.

—Qué elegante —se burló Talia, bebiendo su té helado Long Island como si fuera agua con azúcar—. Definitivamente está aprovechando bien los contactos de Noah.

—Creo que es genial —argumentó Lily—. Me encantaría poder ir a inauguraciones de galerías de arte y restaurantes con estrellas Michelin.

—Oh, ¿sabes quién *sí* ha estado yendo a lugares divertidos y elegantes? —interrumpió Talia, volviendo sus astutos ojos color avellana hacia mí—. ¡Nuestra pequeña Elliot!

—No lo llamaría divertido —repliqué, presionando dos dedos contra mi sien.

—Vamos, pudiste ir a ese bar de sushi que me muero por visitar —Lily hizo un puchero—. ¡La lista de espera es una locura, como de seis meses!

—Fue por trabajo.

—Y asististe a la gala de la que todo el mundo habla —añadió Talia.

—De nuevo, por trabajo.

—Además, tu jefa está *buenísima* —enfatizó Lily. Se metió una empanadilla en la boca y habló con ella llena—. Del tipo que quita el sentido. No sé cómo lo soportas.

Quería decir *no lo soporto*, pero me tragué las palabras a cambio de una débil sonrisa.

—Todo es trabajo —dije en su lugar—. Ni siquiera puedo disfrutar de los lugares a los que vamos porque estoy tan concentrada en recordar su agenda imposible. Sin mencionar que tengo que anticipar lo que me va a pedir antes de que lo haga.

—¿Vale la pena el trabajo? —Talia frunció el ceño.

Suspiré. —Solo el sueldo ya es mucho mejor que en mi último trabajo —me encogí de hombros—. Además, no es tan mala como todos la pintan. Al menos, no creo que lo sea. Creo que simplemente está sobrecargada de trabajo.

—Tal para cual —se lamentó Talia en tono burlón—. Admítelo; este es el primer fin de semana que has podido vernos y solo es porque no estás en casa, desmayada en el sofá.

Me mordí el labio. —Lo siento mucho, chicas —dije—. Prometo que me esforzaré más para reunirme con vosotras después del trabajo. Mis horarios han sido un desastre, pero no creo que siga así mucho más.

—¿Y qué hay de esa amiga mía de la que te hablé? —insistió Talia—. La diseñadora. ¿Has decidido darle una oportunidad?

La vergüenza me quemó la nuca y tartamudeé al argumentar. —No creo que sea buena idea —murmuré—. No me gustan las citas a ciegas. Me estresan.

—¿Cómo esperas encontrar a alguien en esta ciudad?

—Hay mil formas de conocer gente en la ciudad —intervino Lily, salvándome del complejo de cupido de Talia—. Elliot podría conocer al amor de su vida en el metro, nunca se sabe.

—Espero que no —me estremecí, recordando mi último viaje en metro—. Pero Lily tiene razón. Además, ¿por qué *tengo* que salir con alguien?

—Oh, ¿ha pasado tanto tiempo? —Talia frunció el ceño, con lástima brillando en sus ojos.

Incluso Lily me lanzó una mirada preocupada.

—No, por Dios, ¿queréis relajaros? —resoplé—. No es para tanto. Tengo que centrarme en el trabajo ahora. Lo de las relaciones llegará cuando tenga que llegar.

—Nuestra pequeña romántica —susurró Talia con zalamería, apretándome la mano con compasión.

Le tiré una patata frita. —Cállate.

—Por mucho que odie admitirlo, El —interrumpió Lily—. Talia tiene razón en una cosa. Necesitas sacar más tiempo para ti. Ya sea que decidas salir con alguien o no. Necesitas dedicar algo de tiempo a algo más que el trabajo por una vez.

—Y lo haré —prometí—. En cuanto tenga las cosas bajo control.

Lily suspiró, pero no insistió en el tema, volviendo a sus empanadillas.

—Realmente espero que tu persona esté lista para luchar contra la ceguera que padeces —gimió Talia—. Si fuera yo, simplemente te golpearía la cabeza con mis sentimientos.

—Agresivo, pero directo —Lily frunció el ceño.

Mi teléfono vibró sobre la mesa, y una sola mirada al nombre que parpadeaba en la pantalla llenó mi estómago de pavor.

—Ni de coña —exclamó Talia a través de una sonrisa incrédula.

Agarré el teléfono y respondí, apartándome de mis amigas.

—¿Sra. Pierce?

—Elliot —espetó—. Te necesito en la oficina. Inmediatamente.

—¿A-ahora mismo? —pregunté débilmente, haciendo todo lo posible por evitar sus miradas curiosas y críticas.

—¡*Ahora*!

Cameron colgó y me apresuré a ponerme de pie, sacando unos billetes y dejándolos en la mesa.

—Vaya, Elliot, ¿qué demonios está pasando?

—Os lo explicaré después —jadeé, con el corazón latiendo en mi pecho—. Tengo que ir a la oficina.

—Es sábado —señaló Lily.

Me colgué el bolso al hombro y soplé para apartar el cabello de mi cara. —Lo sé. Pero eso realmente no importa.

—Por esto tu vida amorosa se ha paralizado —suspiró Talia—. Sales corriendo hacia la mujer equivocada a cada momento.

—No me vengas con eso —hice un puchero, sintiendo un vuelco en el corazón ante la idea de correr hacia Cameron en una situación completamente diferente—. Tengo tantas cosas de las que preocuparme ahora mismo, que no tengo capacidad mental para una relación.

—¡Sigue diciéndote eso, El! —gritó Talia mientras salía corriendo a la acera.

El sol del mediodía abrasaba cada centímetro de piel descubierta, quemando sin piedad hasta que estuve segura de que no quedaba nada.

Paré un taxi y me agité ansiosamente durante todo el camino a la oficina.

Me preguntaba qué podría tener a Cameron tan frenética un sábado, y palidecí ante las posibilidades que corrían por mi cabeza.

Algo lo suficientemente grande como para asustarla.

El aire húmedo dentro del taxi me sofocaba, acumulándose sudor en mi frente y labio superior.

Miré mi ropa, sonrojándome furiosamente. Un día excelente para llevar shorts vaqueros y no usar sujetador.

Bien hecho, Elliot.

Sacudí la cabeza; no podía cambiar eso ahora.

Mi pierna rebotaba nerviosamente mientras los edificios pasaban volando, el taxi reduciendo la velocidad al entrar en el centro de la ciudad.

Finalmente llegamos y me lancé fuera del auto, cayendo en una carrera desesperada hacia las puertas.

Aliviada de llevar mi tarjeta de acceso siempre conmigo, la pasé por el panel de entrada de cristal y corrí hacia los ascensores.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que Cameron llamó? ¿Diez minutos? ¿Quince?

Estaría furiosa.

El ascensor se abrió en su piso y salí corriendo. Mi sandalia se enganchó en una de las alfombras y casi me mandó al suelo.

Dejé mi bolso en mi escritorio y llamé a la puerta, tratando desesperadamente de recuperar el aliento.

—¿Sra. Pierce?

—Por fin —espetó, girando en su silla. Su mirada helada se dirigió a mí y se quedó congelada.

Me estremecí.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo, observando la camiseta empapada de sudor que no ocultaba en absoluto el hecho de que no llevaba sujetador, mis shorts vaqueros, y se detuvieron en mis sandalias.

Después de un largo y tenso momento, sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Has venido corriendo hasta aquí?

Prácticamente, quería decir.

—Hace mucho calor fuera —jadeé en su lugar, con el corazón latiendo frenéticamente contra mi caja torácica. La sangre rugía en mis oídos y agradecí el aire acondicionado que soplaba aire helado sobre mi piel febril.

Podría haber llorado.

—Me disculpo por mi apariencia —dije, con los ojos fijos en una página aleatoria de su escritorio—. ¿Ha ocurrido algo?

Cameron se puso de pie y cualquier sentido que tuviera saltó por la ventana más cercana.

Caminó detrás de su escritorio, sus piernas enfundadas en los vaqueros más ajustados que jamás le había visto.

El pulso me latía en el cuello, y el calor que subía a mis mejillas no tenía nada que ver con el sol. Y todo que ver con el comentario de Lily de antes.

—I+D informó de una posible filtración —dijo Cameron rígidamente. Sus hombros se tensaron y sus uñas se clavaron en el cuero de su silla—. Al parecer, uno de nuestros mayores competidores pretende robar un diseño que aún no se ha hecho público.

Mis cejas se fruncieron confundidas. —¿No debería resolverse ese problema con la patente?

Cameron me miró con desprecio. —¿Crees que te habría hecho venir si la patente solucionara algo?

Mi estómago se encogió ante su reprimenda. —No, Sra. Pierce —dije con voz pequeña.

—La patente está aún pendiente —suspiró—. Tardará otro mes, y para entonces quién sabe qué habrá pasado. Necesito arreglar esto *ahora*.

Asentí, con los dedos aferrándose a mi libreta. —¿Qué necesita que haga?

—Vamos a bajar a I+D ahora para hablar con Ricky y su equipo —anunció, rodeando su escritorio y dirigiéndose hacia la puerta.

Mis ojos la siguieron mientras se movía, incapaz de apartar la mirada de la curva de sus muslos en sus jeans.

—Sí, Sra. Pierce —respondí, siguiéndola hasta el ascensor.

Bajamos en silencio, lo que no hizo más que avivar mis pensamientos hacia un territorio peligroso.

En las pocas semanas que había trabajado como su asistente, nunca la había visto con ropa informal. Sus vaqueros oscuros se estrechaban en los tobillos, metidos en unas suaves botas de cuero que yo jamás soñaría con usar en verano.

Miré su espalda y parpadeé.

Llevaba una camiseta de baloncesto, brillante y holgada, tan diferente a ella que me robó todas las palabras. Se puso una

chaqueta vaquera sobre la camiseta y sacó la longitud de su cabello del cuello.

Aparte de los diamantes que brillaban en sus orejas y las etiquetas de diseñador, bueno, *por todas partes*, parecía casi... normal.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella continuó su marcha.

Mis sandalias golpeaban vergonzosamente contra el mármol, pero era todo lo que podía hacer para mantener el ritmo de Cameron.

—¡Sra. Pierce, gracias por venir!

Ricky estaba en la puerta del departamento de I+D, retorciéndose las manos con pánico.

—¿Quién es el responsable de la filtración? —exigió Cameron, y Ricky se encogió bajo su mirada.

—N-no estoy seguro, Sra. Pierce —tartamudeó, empujando sus gafas de montura gruesa sobre su nariz—. Es la primera vez que oímos hablar de una posible filtración, y no tenemos pistas.

—¿Me estás diciendo que no hay protocolos establecidos para esta eventualidad? —se burló Cameron—. ¿Después de que yo misma los redactara?

Su rabia fría y tranquila era un fenómeno digno de contemplar.

No necesitaba volumen, no necesitaba teatralidad. Hablaba en voz baja, como si estuviera hablando del clima. Y sin embargo, todo el departamento había quedado en silencio a su paso.

Me mordisqueé el interior del labio, obligando a mis pensamientos a volver a la realidad. Lejos de acostarme con mi jefa.

12

Cameron

Los murmullos silenciosos de los empleados me crispaban los nervios.

Su pánico era palpable, respiraciones temblorosas entremezcladas con el incesante tecleo de los dispersos teclados.

Me sacaba de quicio.

Entramos en la oficina privada de Ricky para asegurarnos de que nadie escuchara nada importante. No necesitábamos que el culpable cubriera aún más sus huellas.

—Debe haber una manera de localizar la filtración —dije entre dientes.

Ricky se puso en alerta, buscando torpemente su iPad.

Elliot se removió detrás de mí y me contuve para no mirarla.

Ya había hecho suficiente para distraerme de la brecha de seguridad digital con sus pantalones cortos y su aparente falta de sujetador. A regañadientes, pensé que su presencia había aliviado parte de la tensión que se enroscaba en mis hombros. Pero no lo admitiría en voz alta.

—Tenemos varios protocolos para brechas de seguridad —balbuceó Ricky, desplazándose furiosamente en su iPad.

—Entonces tiene un protocolo para esto —dije expectante.

Me lanzó una sonrisa desesperada. —Estamos trabajando en refinar el acceso de usuarios, Srta. Pierce —explicó—. Todo nuestro personal inicia sesión usando credenciales de equipo, no identificaciones individuales.

—Entonces puede aislar el equipo y partir de ahí —trinó Elliot.

Ricky levantó unos ojos abiertos hacia ella y aproveché la oportunidad para mirarla.

Una tos apagada resonó desde algún lugar en la parte trasera del laboratorio, amortiguada por la puerta de la oficina de Ricky.

Las mejillas de Elliot se tornaron rosadas bajo las brillantes luces fluorescentes, añadiendo al resplandor de su rostro. El sudor en su

piel se había secado, aunque su camisa aún mostraba evidencia del sofocante calor exterior.

Me reprendí por mirar en absoluto. Odiaba que mi mirada bajara hacia su piel suave en lugar de quedarse en su rostro. Los picos de sus pezones se marcaban a través de la fina tela de su camisa gracias al frío del aire acondicionado del laboratorio. Con tecnología valorada en más de un millón concentrada en un solo espacio, mantener la temperatura fresca era imperativo.

Si miraba lo suficientemente cerca, podría contar los pequeños escalofríos que se formaban en su piel. Una parte de mí se sentía culpable por haberla arrastrado fuera de lo que sea que estuviera haciendo. Pero la necesitaba aquí.

—Hemos aislado al equipo —dijo Ricky, con los labios fruncidos en reflexión—. Pero no pudimos profundizar más. El rastro termina ahí.

—Imposible —me burlé—. Tenemos datos por valor de billones almacenados en nuestros servidores, ¿y me estás diciendo que no hay manera de identificar una posible brecha? ¿Cómo se detectó siquiera?

—Estábamos ejecutando diagnósticos en uno de los servidores cuando uno de nuestros desarrolladores detectó una anomalía —dijo Ricky, las palabras saltando de su lengua.

—¿Y cuál fue esta anomalía? —insistí, cada vez más impaciente.

—Datos saliendo —respondió—. El servidor fue diseñado para alojar datos, no compartirlos.

—¿Entonces al menos puede identificar el momento exacto en que ocurrió? —pregunté, igual de exasperada que frustrada.

—Sí, Srta. Pierce, pero hay una complicación...

—Ricky, empiezo a preguntarme por qué gasto tanto dinero en seguridad de datos —dije entre dientes—. Si no me da algo sustancial, tendré que involucrarme personalmente, y nadie quiere eso.

—N-no, Srta. Pierce —tartamudeó, sacudiendo la cabeza rápidamente.

—Fabuloso —dije con sarcasmo. Una idea golpeó la proverbial bombilla sobre mi cabeza—. Elliot será la persona a quien reportará.

Me volví hacia Elliot, su rostro una máscara de sorpresa. —Quiero informes sobre el progreso de esta investigación, y tú serás la responsable de dar seguimiento.

—Sí, Srta. Pierce. —Asintió, garabateando en su cuaderno.

Me volví hacia Ricky. —Tú y tus equipos verán a Elliot como una extensión de mí misma —le dije con severidad—. Será respetada y tratada como si fuera yo. ¿Entendido?

—¡Por supuesto, Srta. Pierce!

—¿Hay algo que quieras decirle al equipo? —le pregunté a Elliot, viéndola dar un paso adelante y aclarar su garganta.

—¿Si me lo permite, Srta. Pierce?

Asentí, señalando al resto del laboratorio con un amplio gesto.

—Ricky, ¿entiendo que sus equipos trabajan con software de seguimiento de tiempo? —preguntó ella, con la columna recta a pesar de la obvia vergüenza que coloreaba sus mejillas—. ¿Puede extraer hojas de tiempo desde el veinte hasta la fecha?

Parpadeé ante su mención de la fecha, dándome cuenta de que oficialmente había durado más que todos mis otros asistentes. Con una sonrisa impresionada, incliné la cabeza y suspiré, quitándome la chaqueta.

—Toma —murmuré—. Antes de que te congeles.

Elliot me miró parpadeante pero tomó la chaqueta con una sonrisa agradecida que me robó el aliento de los pulmones.

—Gracias, Srta. Pierce —dijo suavemente, poniéndose mi chaqueta y cubriendo su pecho cómodamente.

Me volví hacia Ricky, aplastando el aleteo en mi pecho. —Te ha hecho una pregunta.

—¡Sí! —graznó Ricky, poniéndose en alerta—. Eh, s-sí, cada persona aquí debe registrar su tiempo en nuestro software.

—¿Entonces no sería posible ver quién estaba haciendo qué en el momento en que ocurrió la anomalía?

Reprimí una sonrisa, viendo la boca de Ricky abrirse y cerrarse como un pez fuera del agua. El orgullo crepitó junto al aleteo en mi pecho.

—En teoría, sí —respondió Ricky.

Miré a Elliot.

—Incluso si eliminamos a la mayoría de las personas conectadas en ese momento —le dije, mi mirada encontrándose con la suya seriamente—, ¿qué seguiría después? ¿Interrogarías a todos los empleados que estaban en línea en ese momento?

Ella tomó un corto respiro antes de hablar. —No exactamente —murmuró—. Si hubiera una forma de identificar a los usuarios en línea en ese momento, entonces podríamos cruzar las credenciales de equipo utilizadas y eliminar más posibilidades.

Impresionante, pensé.

—Tomará un tiempo extraer las hojas de tiempo —dijo Ricky, frotándose la barbilla pensativo—. Hay un período de reinicio de cuarenta y ocho horas que bloquea las hojas de tiempo para que no puedan ser editadas en una etapa posterior. Pero eso es definitivamente algo que podemos hacer.

—¿A qué hora ocurrió la anomalía? —preguntó Elliot.

—Ayer por la tarde —dijo—. Justo después de las cuatro.

—Entonces deberíamos tener una idea más clara de quién es el culpable de la brecha el lunes —dijo Elliot—. ¿Hay alguna manera de asegurar el resto de los datos?

—He estado trabajando en eso toda la mañana. —Ricky suspiró, pellizcándose el puente de la nariz y cerrando los ojos con fuerza—. Estamos aproximadamente a medio camino, pero llevará tiempo.

—¿Quizás sería más prudente operar con un equipo reducido hasta que todo esté seguro? —sugirió, con voz insegura.

—¿Cómo propones que Ricky seleccione este equipo reducido? —indagué, añadiendo presión.

Todas sus sugerencias hasta ahora habían sido buenas, pero no lograba mirar más allá. No consideraba los "qué pasaría si".

Ella soltó un suspiro tenso, mirando al suelo pensativa.

—Empleados de largo plazo —dijo con un leve asentimiento—. Empiecen con ellos. Suele haber un sentido de lealtad más fuerte con los empleados que han sido bien tratados por una empresa. Solo lo mínimo indispensable para mantener el departamento funcionando durante el fin de semana.

—Me pondré a trabajar en eso —murmuró Ricky, rodeando su escritorio. Sus dedos volaron sobre el teclado—. Puedo pedirle a

RRHH acceso al archivo de empleados y...

—No.

—No.

Elliot y yo nos miramos fijamente, nuestras voces uniéndose en una sola negativa. Le hice un gesto para que continuara.

—No podemos cambiar la política de la empresa sobre los registros de empleados. —Elliot suspiró—. Srta. Pierce, ¿estaría dispuesta a permitir acceso al menos a las fechas de inicio?

—Siempre que se use exclusivamente para esta investigación. —Me encogí de hombros—. No puedo autorizar acceso a más que eso, ni puedo pedirle a RRHH que lo haga.

—Eso es perfecto. —Elliot irradió, lanzándome una brillante sonrisa antes de volver a Ricky—. Entonces tienes por dónde empezar.

—Si eso es todo —dije, suspirando mientras revisaba la hora en mi reloj—, entonces necesitamos regresar.

—Sí, Srta. Pierce —corearon Elliot y Ricky.

Salimos de su oficina y nos abrimos paso a través del laboratorio, con Elliot pegada cerca detrás de mí.

Los ojos de los empleados a nuestro alrededor se demoraban, pero los ignoré como de costumbre, concentrada en regresar a mi oficina.

Elliot

Me apresuré tras Cameron, con los ojos fijos en el enorme número veintinueve estampado en la espalda de su camiseta de baloncesto.

Los investigadores y desarrolladores de software nos miraban mientras salíamos. Específicamente a mí.

La chaqueta que llevaba era tan obviamente de Cameron y no mía. El calor perpetuo en mis mejillas solo me hacía sentir más cohibida.

¿Qué pensarían de nosotras?

¿De mí?

Entré en el ascensor detrás de Cameron, nerviosamente pellizcando mis cutículas.

—Quiero que tengas los ojos puestos en esta investigación, Elliot —murmuró Cameron, como si todavía estuviéramos en el laboratorio, rodeadas de extraños—. Esta brecha podría significar un mundo de problemas si no tapamos los agujeros tan rápido como aparecen. Sé que realmente quería involucrar al Chef Bianchi en el evento, pero con todo lo que está pasando, solo quiero que esto termine de una vez. Cualquier chef servirá.

—Confirmé la participación del Chef Bianchi esta mañana. Todo va según lo planeado.

Cameron alzó una ceja, luego asintió. —Muy bien. Quiero que el evento quede fuera del camino para que todo nuestro enfoque esté en esta brecha. Dependo de ti.

—Sí, Srta. Pierce —dije, buscando torpemente para anotar algunas notas cuando...

—Oh, mierda —murmuré miserablemente.

—¿Qué?

—Mi libreta —gemí, golpeándome la frente con el puño. *¡Idiota*! —. La dejé en el laboratorio de I+D.

—¿Perderías la cabeza si no la tuvieras atornillada? —dijo Cameron arrastrando las palabras, chasqueando la lengua en señal de decepción.

Pero no había veneno en sus palabras. Ni ira ni regaño. Simplemente había dicho las palabras como por costumbre.

—Volveré enseguida —juré, esperando a que ella saliera del ascensor en su piso.

Se volvió hacia mí con una ceja arqueada. —No me hagas esperar.

Las puertas se cerraron ante mi rostro sonrojado, con mariposas agitándose en mi estómago.

Tomé un respiro para calmar mi repentino corazón acelerado antes de presionar el número del piso del laboratorio de I+D. Mordisqueándome el labio pensativa, no pude evitar preguntarme si Cameron sabía el efecto que tenía sobre mí.

Bufé, sacudiendo ese pensamiento de mi cabeza. ¿Por qué alguien como Cameron miraría *dos veces* a alguien como yo?

Las puertas se abrieron y corrí de vuelta al laboratorio, deslizándome entre los escritorios desordenados y tocando en la puerta de Ricky.

—¡Adelante!

—Lo siento —dije avergonzada—. Dejé mi libreta aquí.

—Oh, no te preocupes —dijo Ricky con una suave sonrisa—. Gracias por tu ayuda en esto. Se vuelve tan loco aquí que apenas puedo pensar con claridad.

—Me alegra poder ayudar. —Sonreí, despidiéndome con la mano mientras salía. Me habría quedado para hablar con él, pero la cara de Cameron destelló en mi mente y me apresuré a regresar.

—Eres Elliot, ¿verdad?

Hice una pausa ante la interrupción, girándome justo fuera del laboratorio para ver a una mujer más o menos de mi edad.

—Sí —dije con cautela—. ¿Puedo ayudarte?

Su cabello oscuro, cortado corto, cayó sobre sus ojos mientras ocultaba una sonrisa.

—Gina —se presentó, extendiendo su mano. La estreché y ella se rio.

—Me preguntaba por qué la jefa te mantenía cerca por más tiempo que a los otros —dijo, su mirada desarmándome por completo.

Mi piel se erizó y ignoré el impulso de cruzar los brazos sobre mí. —¿Oh?

—Sí. —Se encogió de hombros—. Los otros duraron dos o tres semanas, como máximo. Sin embargo, aquí estás. Lo entiendo.

—¿Qué hay que "entender", exactamente? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Vamos, puedes ser honesta conmigo —susurró en complicidad, mirando de un lado a otro como una villana—. Creo que todos sabemos lo que realmente está pasando.

—Tendrás que ser más transparente —dije fríamente, reuniendo mi mejor imitación de Cameron. Pero no me gustaba hacia dónde iba esta conversación.

—Estás *follando* con la jefa, ¿no?

—¿Disculpa?

—Me has oído. —Gina soltó una risita—. Puedes decirlo; está buena. ¿Por qué otra razón te mantendría tan cerca? Vi cómo te miraba allá atrás.

—No me estoy *follando* a la Srta. Pierce —escupí, con la sangre hirviendo de indignación—. Y no puedo creer que pienses que te lo diría incluso si lo estuviera.

Gina puso los ojos en blanco y se encogió de hombros, alejándose sin decir otra palabra.

Me quedé inmóvil, clavada al suelo por el miedo y la incredulidad. ¿Era así como nos veían todos los demás?

13

Elliot

Los comentarios de Gina me persiguieron hasta la nueva semana, estirando mis nervios ya tensos al límite antes de que siquiera hubiera tomado café.

Las tazas de café temblaban en mis manos mientras subía las escaleras. Recité mentalmente el horario de Cameron para evitar caerme de bruces. Llegué a la sala de juntas y entré de espaldas, con cuidado de no derramar el café de Cameron.

—Qué bueno que se nos une.

Tragué el pánico alojado en mi garganta y coloqué el café de Cameron frente a ella, guardando el otro para mí. Me volví hacia el hombre que me había hablado con una sonrisa de disculpa.

—Mis disculpas, Sr. Yates —dije educadamente.

Él agitó una mano desinteresada hacia mí y miró hacia otro lado. —¿Comenzamos, caballeros? —dijo, mirando al resto de los miembros de la junta.

Todos hombres, noté con el ceño fruncido.

Miré a Cameron, desconcertado por el uso descarado del término "caballeros" cuando ella estaba sentada en la misma mesa.

—Entonces comenzaremos con las presentaciones y las actas de la reunión anterior.

Una mujer pequeña se aclaró la garganta y miré dos veces. ¿Había estado allí cuando entré?

—Por favor, diga su nombre para el registro —chilló, con una voz casi infantil.

Cada uno de los hombres alrededor de la mesa pronunció su nombre y cargo, mientras la pequeña mujer tecleaba furiosamente en su portátil.

Todas las miradas cayeron sobre Cameron al final de la lista, y ella suspiró.

—Cameron Pierce —dijo con pereza, con los brazos cruzados sobre el pecho y los hombros rectos—. Propietaria de Pierce Corp and Co., CEO de Pierce Tech.

Un momento de silencio poco impresionado siguió a su presentación y ella levantó las cejas hacia mí.

—¡O-oh! Eh, Elliot Nash, asistente de la Srta. Pierce.

—¿Una nueva mascota ya, Cameron? —se burló el Sr. Yates, con una sonrisa egoísta que enfatizaba las arrugas de su rostro—. Pasas por tantas; ¿vale la pena tomar nota del nombre de esta?

—¿Seguro que no hay cosas más importantes a tratar, Simon? —respondió Cameron con desdén.

El Sr. Yates solo se rio. —Temperamental como siempre. Miriam, lee las actas para que podamos empezar.

La mujer pequeña hojeó páginas sueltas antes de decidirse por una y leer en voz alta.

No lo admitiría en voz alta, pero mentalmente me desconecté después del tercer punto.

Cameron estaba sentada a mi lado, inmóvil. Su café permaneció intacto frente a ella.

Tomé un sorbo del mío solo para tener algo que hacer en lugar de mirar por la ventana más cercana.

Los minutos pasaron lentamente, las voces en la sala de juntas uniéndose en un zumbido monótono. Me agité con ansiedad, y Cameron lo notó.

Sin quitar los ojos del director que estaba hablando, movió una mano y golpeó con el dedo índice mi cuaderno.

Tap, tap.

Entendí el mensaje alto y claro, abriendo mi cuaderno y tomando nota de lo que estaban discutiendo.

Presupuestos, cifras, nuevas adquisiciones, nuevas contrataciones, las últimas renuncias en la alta dirección. Abordaron cada tema con unos minutos de sobra, hasta que mi mano dolía alrededor de mi bolígrafo. Para cuando se registraban las declaraciones finales, un dolor de cabeza me pinchaba en las esquinas de mis ojos cansados.

—Eso es todo, caballeros —anunció el Sr. Yates, juntando sus grandes manos—. Hasta la próxima.

Cameron se puso de pie sin decir una palabra y yo la seguí.

Hasta que el Sr. Yates nos detuvo. —Intenta conservar a esta — se rio desagradablemente—. No sé cómo te las arreglarás sin tu entrega de café.

Mi cara ardía, mi rabia similar a la que sentí cuando Gina hizo esos comentarios.

—Sr. Yates —dije, atrayendo su mirada y la de Cameron—. No aprecio que se falte el respeto a mi posición como asistente, particularmente no frente a la Srta. Pierce. Le agradecería que se abstenga de hacer comentarios sobre mí o mi puesto.

Me di la vuelta, sin permitirle decir una palabra, cerca de Cameron, que caminaba unos pasos adelante.

Llegamos al ascensor y respiré un suspiro tembloroso cuando las puertas finalmente se cerraron.

Cameron se rio a mi lado. —Tienes un par de cojones de acero — observó con una sonrisa. En sus ojos, algo como orgullo se reflejaba hacia mí.

En mi pánico, mi cerebro tardó demasiado en procesar. —¿Un par de cojones de acero? —pregunté aturdido.

—De cojones, Elliot. —Se rio abiertamente—. Estoy orgullosa.

—O-oh, eh —balbuceé, buscando desesperadamente palabras coherentes—. Gracias, Srta. Pierce.

Ella solo negó con la cabeza, esa máscara familiar de indiferencia volviendo a su lugar.

Mordí el interior de mi mejilla, observando los números en lo alto subir lentamente. No pude contener las siguientes palabras.

—Srta. Pierce, ¿puedo hacer una pregunta?

—¿Hm?

—Con todo respeto, Srta. Pierce —dije, aclarándome la garganta de la vacilación—, ¿por qué la junta directiva es tan... —hice una pausa, buscando la palabra correcta—. Desagradable?

—Eso es ser amable —resopló.

—Lo siento si me excedí allá atrás, pero no podía escucharlo hablar así —dije, esa rabia familiar calentando mi sangre—. Estaba tan enfadado.

—No voy a reprocharte por ponerlo en su lugar.

—¿Pero por qué lo permite? —insistí, ansioso por saber más—. Podría despedirlos en un instante, ¿verdad?

—Hay mucho más en un buen negocio que hacer dinero, Elliot —dijo con desdén—. Por mucho que no los soporte a ellos y sus comentarios sexistas, proporcionan algo que necesito.

—¿Qué es eso? —pregunté, y rápidamente añadí—: Si no le importa que pregunte, Srta. Pierce.

—Son hombres —dijo con una sonrisa sin vida—. Sus acciones en la empresa la hacen más rentable por el simple hecho de su género. Es una dura verdad, pero he hecho las paces con ello.

Se encogió de hombros y salió en cuanto se abrieron las puertas del ascensor, y yo la vi marcharse. La tristeza me agarró las entrañas. Incluso después de construir un imperio tan grande como el suyo, todavía luchaba por mantenerlo.

Una vez de vuelta en su oficina, Cameron tomó un sorbo de su café e hizo una mueca.

Frío, supuse.

Mierda.

—Iré a buscar otr-

—Siéntate —ordenó—. Tenemos trabajo que hacer. El café puede esperar.

Hice lo que me indicó, con los dedos aferrados a mi cuaderno.

—He ajustado mi horario —dijo, abriendo algo en su ordenador —. Y el tuyo también.

—¿*Mi* horario, Srta. Pierce? —aclaré, parpadeando confundido.

—Te he enviado ambos por correo electrónico —dijo, sin molestarse en responder a mi pregunta—. Asegúrate de familiarizarte con él. Entra en vigor a partir de mañana.

—Por supuesto, Srta. Pierce —asentí, preguntándome qué demonios significaba todo esto.

Fue solo más tarde, cuando finalmente estaba en casa, que mi incredulidad encontró su voz.

—¡A las cinco de la mañana, Reese! —exclamé, girando mi iPad para mostrarle el ridículo horario que Cameron me había enviado—. ¡Lo que significa que tendré que levantarme al menos a las tres y media para llegar a la ciudad a tiempo!

Reese tomó mi iPad y lo dejó a un lado, sosteniendo mis manos suavemente entre las suyas.

—El —dijo seriamente, mirándome a los ojos—, mi amor, mi mejor amiga.

—¿Sí? —pregunté, casi desesperada por que me sacara de la cima de mi pánico.

—Necesitas *renunciar* —dijo.

—¿Estás loca? —grité a medias, arrebatando mis manos y enterrándolas en mi cabello—. ¡Probablemente se volvería loca y entonces *yo* sería quien no podría conseguir trabajo en la ciudad nunca más!

—Pero esto es demasiado, El —insistió Reese, apoyándose en el reposabrazos del sofá que compartíamos—. ¿Cuándo se supone que vas a dormir? O, ya sabes, *comer*?

—No lo sé —me reí sin ganas, de repente exhausta—. ¿Supongo que tengo que elegir uno u otro? ¿Alternar dormir y comer día por medio? Voy a morir.

La puerta sonó y Noah entró, llevando dos bolsas de comida china para llevar.

La vista de comida me hizo llorar inmediatamente.

—Noah —me quejé, extendiendo mis brazos—. Eres mi humano favorito, ¿lo sabías, verdad?

Noah se rio, dejando la comida en la mesa de la cocina y caminó hacia la estrecha sala de estar. Besaron a Reese antes de volverse hacia mí, luciendo una sonrisa pícara.

—Solo dices cosas así cuando tengo comida —dijeron, dejando un beso en la parte superior de mi cabeza de todos modos—. Pero supuse que necesitarías animarte después de las últimas semanas.

—Eres lo máximo —hice un puchero, lanzando una mirada de enojo a Reese—. ¿Por qué no están casados ya?

—¿Por qué me preguntas a mí? —exclamó Reese.

Noah se rio desde la cocina. —Porque yo ya dije que estaba listo —llamaron.

Reese chasqueó la lengua y saltó del sofá, marchando hacia la cocina para gritarle a su pareja. Sus risitas resonaron en la sala de

estar unos minutos después, y mi corazón me dolía un poco, deseando poder tener eso también.

—De todos modos —dijo Reese, regresando con cajas de comida para llevar—, ¿qué vamos a hacer con este nuevo horario?

Noah frunció el ceño pensativo, sentándose en el suelo con la mesa de café entre ellos y nosotros.

—Depende de ti, El —dijeron, metiéndose pollo en la boca—. Si realmente va a ser un problema, deberías hablar con Cameron al respecto.

—Noah tiene razón —suspiró Reese. Me entregó mi parte y palmeó mi hombro consoladoramente—. La única manera de enfrentar esto es de frente. O sigues adelante con ello, o le dices que está loca.

—No puedo decirle que está loca, Reese —fruncí el ceño, dándole un mordisco a mi propia comida. El calor se extendió hasta mis dedos de los pies y suspiré contenta—. No es el tipo de persona con la que simplemente puedes... *Hablar*.

—Pero es humana, ¿no? —preguntó Noah. Asentí—. Entonces puedes hablar con ella.

Suspiré y dejé la conversación ahí. No podía luchar contra ello. Tenía que aceptar mi nuevo horario.

Tuve diferentes pensamientos a la mañana siguiente, después de que mi teléfono vibró a las cuatro y media.

—¿Srta. Pierce? —bostecé, mientras el taxi lentamente avanzaba hacia la ciudad. El tráfico fluía con facilidad, aunque me sorprendió la cantidad de personas despiertas y en la carretera a esta hora impía.

—Necesito mi portátil —dijo—. Tráelo al gimnasio.

Colgó y parpadeé, mis pensamientos somnolientos más lentos que el tráfico en hora punta. Con un suspiro, me resigné a lo que sería mi día más largo hasta ahora.

Después de recoger el portátil de Cameron de su oficina, tomé otro taxi y me dirigí a su gimnasio. Mi teléfono me indicaba que quedaban solo unos minutos para las cinco de la mañana.

Dios, esto era una tortura.

Salí en el gimnasio, arrastrando los pies por demasiadas escaleras antes de empujar las pesadas puertas para abrirlas.

Dentro, las luces brillaban intensamente, el agudo zumbido de las cintas de correr ahogaba lo que podría haber sido música de baile animada. El aroma del café recién hecho cosquilleó en mi nariz y mi boca se hizo agua, anhelando cafeína.

Y mi cama.

Entrecerré los ojos, buscando a Cameron.

—¿Puedo ayudarle?

Traté de no sobresaltarme y me volví hacia la mujer en el mostrador de recepción.

—Estoy buscando a la Srta. Pierce —dije lentamente, tragándome un bostezo—. ¿Necesitaba su portátil?

—¡Claro! —dijo la mujer, demasiado animada para mi solemnidad privada de sueño—. Debería estar en el estudio de yoga con su entrenador. Justo por aquí a su izquierda.

Asentí en agradecimiento y me arrastré en la dirección que había señalado, manteniendo mis pesados ojos atentos a cualquier señal de Cameron.

Me detuve frente a una puerta que decía "Estudio de Yoga 1" y empujé la puerta tan silenciosamente como pude.

—Finalmente.

Ah, reconocí esa voz.

Cameron estaba de pie al otro lado del estudio, con el pecho agitado.

Mi mandíbula cayó al suelo.

Llevaba mallas y un sujetador deportivo, su largo cabello oscuro recogido en una cola de caballo apretada.

El sudor brillaba en su piel, su estómago y pecho resplandeciendo bajo la luz del estudio. Luché por apartar mis ojos de su figura esbelta, larga y delgada y... Fuerte.

Dios, estaba completamente perdida.

14

Cameron

El *clic-clac-clic-clac* de mis tacones taladraba mi cráneo mientras desgastaba el suelo recorriendo de un lado a otro la longitud de mi oficina.

—¿Srta. Pierce?

Levanté la mirada y encontré a Elliot en mi puerta.

—¿Qué?

Se estremeció ante el tono áspero de mi voz, pero apenas lo noté. —Dorian de adquisiciones está aquí para verla —dijo, nerviosamente jugueteando con las cutículas de sus uñas.

—Hazlo pasar.

Desapareció junto con cualquier sensación de tranquilidad.

Dorian entró unos segundos después, su traje azul marino a medida en marcado contraste con mi oscuro humor. —Buenos días, Srta. Pierce —dijo gravemente, cruzando las manos detrás de su espalda.

—Déjate de tonterías, Dorian —suspiré, tomando asiento—. Solo dime qué demonios es tan importante que tuve que posponer mi visita al sitio esta mañana.

—Estoy muy bien, Cam —dijo teatralmente, sentándose con una exagerada floritura—. ¿Cómo estás en esta hermosa mañana?

Mi ojo tembló de irritación. —Estoy contemplando la necesidad de un Jefe de Adquisiciones cuando todo lo que hace es hacerme perder el tiempo.

—Cielos, está bien —rio sin ganas—. Lo entiendo; no estás de humor para bromas. En fin... Uno de los miembros de mi equipo descubrió que nuestro mayor competidor está buscando obtener nuestros últimos diseños.

El temor llenó mis pulmones. —Lo cual suelen hacer después de que presentamos los nuestros en la exposición anual —rebatí, esperando que eso fuera lo que quería decir.

Negó con la cabeza y gemí. —¿Están detrás de esta filtración? —suspiré, presionando dos dedos contra mi sien para alejar la

inminente migraña.

—Es muy probable —frunció el ceño—. No han sido precisamente clandestinos en el pasado, así que es muy posible que estén abandonando cualquier sentido de decoro e yendo... ¿Cómo es la frase? ¿A toda máquina?

—¿Por qué molestarse con pretensiones? Todavía estoy investigando activamente la fuente de la brecha de seguridad; si fue Chroma, ¿por qué esconderse?

—Una buena pregunta —Dorian se encogió de hombros—. Mi mejor suposición es que quieren evitar cualquier problema legal o represalia legal a toda costa, así que están cubriendo sus huellas. De cualquier manera...

—Hay un topo en el equipo de I+D —terminé por él.

Asintió, su expresión sombría.

—¿Puedes verificar tu fuente?

—Sin duda puedo responder por ella —dijo—. Han estado en mi equipo desde que comencé en la empresa, y no tienen ningún interés en el subterfugio.

—Entonces necesito identificar al topo —mis pies hormiguearon inquietamente mientras me ponía de pie—. Gracias, Dorian.

Se levantó e hizo una exagerada reverencia inclinándose desde la cadera. —Es usted muy bienvenida —dijo con una floritura. Salió majestuosamente de mi oficina y tuve un momento de paz antes de que Elliot entrara rebotando.

—Srta. Pierce —susurró, su rostro arrugado de preocupación—. Ha habido un desarrollo en las hojas de tiempo del equipo de I+D.

—¿Qué sucede ahora?

No podía soportar *más* malas noticias.

—Las hojas de tiempo entre las tres y las cinco del viernes pasado han sido borradas —explicó, con la boca contraída en una mueca—. No hay registro de nadie trabajando en nada cuando ocurrió la brecha.

—Mierda —respiré, con los labios fruncidos—. Eso complica las cosas. ¿Tu sugerencia?

Se enderezó un poco, sacando el pecho, lo que momentáneamente me distrajo del caos.

—Investigué en los archivos corporativos eventos similares y encontré un equipo de investigación privada que le ayudó hace unos diez años. Creo que una investigación externa sería un curso de acción imparcial.

Murmuré pensativa, haciendo girar el extremo de mi cola de caballo entre mis dedos.

—Es ciertamente una opción —estuve de acuerdo—. Muy bien; tengo una reunión con un equipo legal externo esta semana, así que consulta primero con el equipo de Ruth. Luego podemos proceder a contactar al equipo de investigadores privados.

—Sí, Srta. Pierce.

—Elliot.

Se detuvo en la puerta, volviéndose hacia mí con esos ojos brillantes y grandes.

—Es Cameron —dije sin emoción.

Sus mejillas se sonrojaron, una sonrisa de mil vatios robándome el aliento y dejándome un poco mareada. —Sí, Cameron.

Mi corazón latía en mi pecho, mis propias mejillas cálidas durante horas después.

—¿Cameron?

—Elliot.

Se aclaró la garganta y aparté la mirada de los números que se desdibujaban en la página que sostenía.

—Son más de las cinco —señaló, su mirada desviándose hacia la ventana detrás de mí. Seguí su línea de visión.

En efecto, la ciudad brillaba bajo el resplandor naranja quemado del sol poniente, las luces encendiéndose a medida que el cielo se oscurecía.

—Así es —dije—. Puedes irte.

—En realidad —dudó, con los ojos en el suelo—, hay algo con lo que espero que puedas ayudarme.

Luché por mantener la expresión indiferente en mi rostro mientras mi pulso se aceleraba. —¿Y eso sería?

—Por aquí —dijo, girándose a medias hacia la puerta y esperando a que la siguiera.

Miré de nuevo la página en mis manos, mi mente dando vueltas. *A la mierda*, pensé, dejando la página y poniéndome de pie.

La seguí hasta el ascensor, esperando que presionara el botón de llamada, pero en su lugar giró a la derecha.

—Por aquí —dijo, empujando la pesada puerta de mantenimiento con un resoplido.

La miré con sospecha por un momento, preguntándome para qué diablos necesitaba mi ayuda, pero la seguí de todos modos.

Me condujo por dos tramos de escaleras estrechas, sus respiraciones rápidas y nerviosas.

—Elliot, ¿qué estamos haciendo en la escalera de mantenimiento? —pregunté, exhausta por el segundo tramo.

—Solo necesito tu opinión sobre algo —prometió.

Llegamos a la cima y ella empujó la última puerta, agarrando un ladrillo del suelo y usándolo para evitar que la puerta se cerrara con llave.

—Aquí estamos.

Parpadeé ante el repentino resplandor de luz antes de que mis ojos se acostumbraran a la penumbra frente a mí.

La azotea se elevaba sobre los edificios circundantes, lo suficientemente alta como para que incluso el caos del tráfico con sus bocinas se desvaneciera.

En el medio, entre equipos cubiertos con lonas, había una mesa con dos sillas disparejas a cada lado. Y una botella de mi vino favorito colocada entre dos copas.

La mirada de Elliot me pinchaba el costado de la cara y aparté los ojos para mirarla.

—¿Tú hiciste esto?

Asintió, apretando sus manos ansiosamente. —Has estado tan estresada últimamente —explicó, sin aliento por la emoción—. Y sé que nunca irías a tomar algo, así que le pedí ayuda a Mitch. Espero que esté bien. No hay presión para que tú...

—Es perfecto —murmuré, sintiendo calor que se filtraba en mi pecho.

La mirada de Elliot se suavizó y me dedicó otra amplia sonrisa. —¡Vamos! —insistió, una de sus manos extendiéndose hacia mí antes de retroceder en el último segundo.

Mi consiguiente decepción fue como un balde de agua fría, pero la seguí, sentándome frente a ella.

—¿Es esto lo que haces en lugar de trabajar? —reflexioné, observándola verter vino en las copas.

Sus manos temblaban.

Estaba tan completamente encantada que no sabía qué hacer conmigo misma.

Soltó una risita. —Esto no tomó ni de cerca tanto tiempo para preparar como cualquier otra cosa que tengo en mi plato —respondió juguetonamente—. Y menos esfuerzo que todo lo que tienes en marcha ahora mismo.

—Muy astuta —bromeé, extrañamente ligera y casi... efervescente.

—Me contrataste por una razón —rio, levantando su copa.

Levanté la mía hacia la suya, el suave *cling* resonando entre nosotras como un precioso secreto.

Uno que no quería compartir.

—Qué afortunada eres —bromeé, tomando un sorbo de vino.

Sus hombros se sacudieron con la risa, y observé maravillada a esta joven que compartía su alegría con tanta facilidad. Como si no costara nada.

El evento había transcurrido sin problemas y me calentaba el corazón ver crecer el orgullo en los ojos de Elliot a medida que la noche llegaba a su fin. Había habido contratiempos, por supuesto, pero los habíamos solucionado juntas, apoyándonos en las fortalezas de cada una.

Nunca había tenido esa experiencia con una asistente. Era algo que solo había sentido con mis amigos.

—En efecto —dijo—. Tengo mucha suerte de que aún no me hayas despedido.

—Me ofende eso —reí suavemente—. Me diste muchas razones al principio. Y sin embargo, me he abstenido, el tiempo suficiente para que hayas durado más que las demás.

Se atragantó con un sorbo de vino y presionó sus dedos contra su boca, atrayendo mi ardiente mirada.

—¿De verdad?

Asentí, mis ojos aún fijos en la mancha roja en la comisura de sus suaves labios.

—Yo también me sorprendí —le dije, apartando la mirada y tomando otro sorbo de vino.

Su copa tintineó suavemente cuando la colocó sobre la mesa, retirando sus manos y ocultándolas en su regazo. —Ah, se suponía que no debía hablar del trabajo —suspiró.

Me volví para mirarla. —¿Por qué no?

—Se supone que esto es una zona libre de trabajo —insistió, sus manos delineando la forma de una caja. Todavía no me miraba—. Y lo he estropeado.

—¿Por qué no puedes hablar del trabajo? —insistí, inclinándome sobre mis codos.

El rubor en sus mejillas se intensificó. —Se supone que debo ayudarte a relajarte —explicó—. Hablar del trabajo hará lo contrario.

—Yo diría que estás haciendo un muy buen trabajo ayudándome a relajarme.

Apretó los labios y miró hacia abajo nuevamente, las comisuras de sus labios temblando.

Ya fuera por la fatiga que se arrastraba por mis extremidades o el vino aflojando mi lengua, hablé libremente. Aquí, no había necesidad de pretensiones, ni muros ni máscaras. Solo éramos ella y yo.

Muy por encima del resto de la ciudad, compartíamos una copa de vino.

Y algo más, esperaba.

—Quizás sería mejor dejar que esto siga su curso.

—Esta filtración no es algo que podamos permitir que simplemente *siga su curso* —dije con los dientes apretados.

—Pero, Srta. Pierce...

—No permitiré que esta brecha ponga en peligro los próximos seis meses —insistí, con los brazos fuertemente cruzados sobre mi pecho.

Elliot estaba sentada a mi lado, tomando notas furiosamente.

El asistente legal, Dave, si recordaba correctamente, guardó silencio. Sus ojos azules se desviaron hacia la directora jurídica.

—Entiendo su vacilación —dijo ella, con los dedos juntos en punta frente a ella—. Pero por el momento, hay muy poco que podamos hacer para ayudar. Hay muy poca evidencia de la brecha aparte de un poco de código. Difícilmente se sostendrá en una demanda. Además, ni siquiera sabemos quién es el culpable.

—No les estoy diciendo que preparen una demanda en torno a un 'poco de código', Nadia —dije fríamente—. Les estoy diciendo que esperar no dará resultados favorables. Mi empresa perderá millones en ingresos, sin mencionar los costos internos de esta nueva línea de productos. No permitiré que mis empleados sufran.

—No hay nada que podamos hacer en esta etapa para intervenir —suspiró Nadia.

La frustración arañaba mis pulmones. Me levanté de mi asiento, con las manos planas sobre la mesa frente a mí.

—Entonces no tengo ninguna utilidad para ustedes.

Salí sin decir otra palabra, concentrándome solo en el apresuramiento de los pasos de Elliot mientras se apresuraba para alcanzarme.

—No hay necesidad de involucrarlos más —espeté, con la ira agarrando mi garganta—. Quiero un equipo legal externo para esta investigación, ¿me explico?

—Sí, Srta. Pier... ah, Cameron —tartamudeó Elliot, garabateando en su libreta.

Extendí la mano para presionar el botón de llamada, desesperada por darle a mis manos algo que hacer, pero Elliot se me adelantó.

Mordí mi lengua, apartándome.

Qué tontería, pensé. Enojarme con ella por algo que siempre hace.

El ascensor llegó y entré antes de que las puertas se abrieran completamente, mi monólogo interno era un desastre de irritación y dolor reprimido.

De todos los días para que esta mierda llegara a su punto culminante.

El rostro de mi hijo se grabó en la oscuridad de mis párpados.

Solo dos años...

—Cameron —murmuró Elliot—, ¿te gustaría que reprograme el resto de tu tarde? Puedo mover tu cita de las dos para mañana...

—Estoy perfectamente bien para trabajar —espeté, mi voz como un látigo en el espacio cerrado—. Concéntrate en tu propio trabajo y deja de preocuparte por el mío.

Agachó la cabeza y no dijo nada más.

Las puertas se abrieron y ella hizo ademán de seguirme cuando la detuve. —No te necesito por el resto del día.

15

Elliot

El diálogo amortiguado de la televisión me envolvía mientras miraba a ningún lugar en particular.

Hacía tiempo que había olvidado de qué trataba la película, y mi bol de palomitas descansaba sobre la mesa de café, frío y olvidado.

Reese soltó una risita a mi lado, masticando ruidosamente sus propias palomitas.

Una parte de mí supuso que la película era divertida. No es que lograra captar mi atención. Mis pensamientos se perseguían unos a otros en mi cabeza, todos centrados en Cameron.

Su sonrisa y su risa durante nuestro tiempo en la azotea se transformaron en la frialdad cortante de sus palabras, dejándome luchando contra un serio caso de confusión.

Suspiré por tercera vez, con las piernas encogidas contra mi pecho en el sofá.

—Por el amor de Cristo, El —gruñó Reese, la exasperación alargando sus sílabas—. No paras de suspirar y quejarte, ¿qué te pasa?

Abrí la boca para responder pero ella me interrumpió.

—Y si dices que nada, te juro por Dios que te hago daño.

Volví a suspirar y de inmediato recibí un almohadazo en la cara.

—¡Oye!

—Deja de suspirar y empieza a hablar —me advirtió Reese, con la almohada preparada para un segundo golpe.

—¡Vale, vale! —cedí, con las manos levantadas en señal de rendición y esperando que no me golpeara otra vez—. Voy a hablar. Jesús.

Ella bajó la almohada pero me miró fijamente, señalando con dos dedos sus ojos y luego los míos en un gesto de "te estoy vigilando".

Tragué otro suspiro, con los hombros caídos en señal de derrota.

—Es solo que —hice una pausa y busqué la palabra adecuada—. Es Cameron.

—*Siempre* es Cameron —respondió Reese con tono inexpresivo.

Le lancé una mirada fulminante antes de continuar.

—Esto es diferente —dije, agarrando el cojín más cercano y abrazándolo contra mi pecho—. Siempre ha sido fría y distante, ¿verdad? Pero durante la última semana más o menos, se ha acercado a mí. Al menos, eso es lo que parece.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —me animó Reese.

La miré con las mejillas ardiendo.

—Hace unos días —vacilé, repentinamente tímido—, estaba muy estresada en el trabajo y quería hacer algo bonito por ella.

—Vaya, qué gran *asistente* eres.

—¡Cállate! —siseé, ignorando el aleteo en mi pecho—. De todos modos, llamé a mantenimiento y pedí ayuda para preparar algo.

Me detuve, con el corazón latiendo un poco más rápido mientras los recuerdos se reproducían en mi cabeza.

—¿Y? —insistió Reese.

—Y planeé una pequeña cosa de bebidas en la azotea —expliqué, mortificado por el rubor en mi cara y cuello.

Reese parpadeó mirándome.

—El, eres un romántico sin remedio —dijo con afectación, mirándome burlonamente.

—No, no es así —insistí, sin desear nada más que enterrar mi cara en el cojín que estaba abrazando—. ¡Solo intentaba ayudar!

—Sí, pero no es así como los empleados platónicos hacen eso —replicó Reese, tocándome la nariz con un dedo—. Tú, amigo mío, estás enamorado.

—No estoy enamorado, Reese —refunfuñé—. Y de todos modos no importaría.

—¿Por qué no?

Fruncí el ceño, repasando mentalmente el último día.

—Pensé que estábamos mejorando —expliqué—. Creía que al menos estábamos superando toda esa fase incómoda de antipatía, ¿sabes? Pero ayer me saltó encima de la nada.

—¿Qué quieres decir?

—Ugh —gemí, frotándome las sienes—. Solo estoy pensando demasiado otra vez.

—Oye —dijo Reese, con su mano cálida en mi espalda donde frotaba suaves círculos—. No estás pensando demasiado. Todo lo que sientes es válido, ¿de acuerdo? Así que ¿por qué no me cuentas qué pasó? Tal vez pueda ayudar.

Lo dudaba.

La ira repentina de Cameron salió de la nada, pero estaba convencido de que me la había ganado de alguna manera.

—Me pidió que la llamara por su nombre de pila otra vez —fruncí el ceño—. Y pensé que nos estábamos acercando, que tal vez al menos podríamos ser amigos o algo así. Pero después de que me gritara... simplemente me bloqueé. No sé qué hacer. Ni siquiera puedo pensar en verla otra vez, estoy tan avergonzado.

—¿Por qué estarías avergonzado por algo que ella hizo?

—Creo —hice otra pausa, con la cara ardiendo—, creo que puede que tenga sentimientos por ella.

Esperé a que Reese me atacara sobre las relaciones en el lugar de trabajo o al menos me volviera a tomar el pelo. Pero ella sonrió.

—Sí, ¿y?

—¿Qué quieres decir con *y*? —resoplé.

Reese se rió.

—El, eres tan sutil como un elefante en una cacharrería.

—No creo que así vaya el refrán —respondí a la defensiva.

—Estás desviándote del tema —canturreó—. ¿A quién le importa si tienes sentimientos por ella? Solo deja de permitir que ese cerebro tuyo se escape con el peor escenario posible.

—Pero ¿qué *hago* ahora? —gemí, enterrando la cara entre mis manos.

Reese me miró durante un largo momento, con los labios fruncidos en señal de reflexión.

—Creo que deberías centrarte solo en el trabajo —dijo finalmente —. Dale tiempo para que resuelva lo que sea que esté pasando, y mientras tanto mantén la cabeza agachada.

—Reese —murmuré, con las comisuras de mi boca bajando en un gesto de preocupación—. ¿Por qué tuve que desarrollar *sentimientos* por mi jefa?

Reese se rió y me atrajo hacia un abrazo, con el cojín aplastado entre nuestros cuerpos.

—Porque te encanta complicarte la vida, El.

—¿Ha habido alguna novedad sobre el borrado?

Nos miramos por encima de nuestros portátiles, acurrucados en su oficina.

Ricky negó con la cabeza, su pierna moviéndose nerviosamente debajo del escritorio.

—Ninguna todavía —se quejó, con la frente arrugada de preocupación—. Y honestamente no tengo idea de por dónde seguir desde aquí.

Me mordí el labio inferior, con el ceño fruncido.

—No hay mucho que *podamos* hacer —le dije.

No podía decir ni una palabra sobre los investigadores privados de Cameron; no debía haber ninguna interferencia, de lo contrario todo sería inútil.

Caro, pero inútil.

—Simplemente no puedo creer que alguien de mi equipo hiciera esto —frunció el ceño, mirando a través del cristal insonorizado de la pared de su oficina.

El laboratorio bullía de actividad; los investigadores iban de un monitor a otro mientras los líderes de equipo los supervisaban.

—Lo siento, Ricky —dije en voz baja—. No puedo imaginar lo difícil que ha sido esto para usted.

—Realmente ha sido difícil —suspiró—. Pero el trabajo es trabajo, ¿verdad? Por mucho que no quiera creer que uno de los miembros de mi equipo haría algo para poner en peligro a la empresa, tengo que aceptarlo y llegar al fondo del asunto.

Lo admiraba por su tenacidad.

Cameron me había gritado y yo inmediatamente me había encogido y deseado desaparecer.

Las palabras de Reese flotaron en mi mente y murmuré: "Si sientes algo por ella, acéptalo y enfréntalo directamente".

—Fácil decirlo —murmuré sin entusiasmo. Reese nunca había sido mala en las relaciones. El amor le resultaba tan natural como las inseguridades a mí.

—¿Perdón?

—Eh, nada, lo siento —dije con una sonrisa forzada—. Solo pensaba en voz alta.

—De acuerdo —dijo, volviendo a su portátil.

El silencio incómodo se prolongó y yo ansiaba irme. Pero enfrentar a Cameron parecía un castigo mucho peor, así que me quedé.

—Creo que deberíamos entrevistar a los equipos de I+D individualmente —suspiré—. No es ideal, pero no hay otra pista ahora mismo.

—Estaba pensando lo mismo —frunció el ceño—. Por mucho que odie hacerlo, es el único camino. Entrevistar a todos al menos lo hará justo, aunque no quiera que piensen que sospecho de ellos.

—Lo siento mucho, Ricky —dije—. Desearía que hubiera algo más que pudiéramos hacer.

—Es inevitable —se encogió de hombros—. De todos modos, ¿no deberías volver con la Srta. Pierce? Has estado aquí casi todo el día.

Me estremecí.

—Probablemente tengas razón —concedí, cerrando mi portátil y recogiendo mis cosas—. Estaremos en contacto.

—¡Gracias por tu ayuda, Elliot! —exclamó Ricky cuando me iba.

Arrastré los pies por el laboratorio, con los ojos fijos en la puerta del otro lado. Había logrado encerrarme en la oficina de Ricky el mayor tiempo posible para evitar a Cameron, pero no estaba listo para volver.

Sumergirme en la investigación era todo lo que podía hacer. Era lo único que podía controlar y aun así se me escapaba de entre los dedos.

—Hola.

—Hola.

Me detuve, mis pensamientos dispersándose al reconocer a la dueña de esa voz.

—¿Gina?

Ella me sonrió, con una sonrisa tímida.

—¿Podríamos hablar? —preguntó, y yo fruncí el ceño con incredulidad.

—Después de lo que tuviste que decir la última vez que hablamos, no puedo decir que esté interesado en escuchar nada más —resoplé, con frustración y vergüenza mezclándose en mi estómago.

—Por favor —imploró, corriendo para alcanzarme—. Sé que dije algunas estupideces, pero quiero disculparme.

—Adelante —dije expectante.

—Aquí no —susurró, lanzando una mirada de un lado a otro.

La seguí a regañadientes hasta el pasillo, justo fuera del laboratorio.

—¿Y bien? —la insté. La inquietud se enroscaba en mi estómago, diciéndome que me fuera.

—Mira —dijo, con expresión seria y tono monótono—. Siento haber dicho todas esas mierdas el otro día, ¿vale?

—¿Se supone que eso es una disculpa sincera? —parpadeé, con las cejas disparándose hasta el nacimiento del pelo—. No me lo creo.

Ella resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Me culpas? —preguntó con exasperación—. Es solo desde que apareciste que Pierce se ha dignado a visitar a los campesinos de aquí abajo.

—¿Y por qué coño tendría eso algo que ver conmigo? —siseé, sintiéndome infinitamente pequeño.

—Por favor —entonó Gina—. Eres guapo, pero obviamente no estúpido.

Con eso, giró sobre sus talones y se alejó, desapareciendo tras las puertas dobles del laboratorio.

Miré fijamente las puertas, con la piel hormigueando de vergüenza y asco.

Cameron

Mis dedos tamborileaban impacientes sobre el teclado, las teclas haciendo clic al ritmo de cada golpe.

—¿Dónde coño está? —murmuré infeliz.

Estiré el cuello para ver su escritorio vacío a través de la ventana de cristal junto a mi puerta. Su salvapantallas parpadeaba burlándose de mí.

El silencio se extendía eternamente, de alguna manera más fuerte que los breves momentos en que había evitado mi mirada esa mañana.

Su repentino distanciamiento me irritaba.

Alcancé mi teléfono, con la intención de llamarla cuando escuché el *ding* amortiguado de las puertas del ascensor.

Sin pensar, me puse de pie y caminé hacia la puerta, casi arrancándola de sus bisagras.

Elliot saltó, sus ojos abriéndose de par en par cuando se posaron en mí.

—¿Dónde has estado? —exigí.

—Estaba abajo en I+D con Ricky —murmuró, su voz apenas audible.

Fruncí el ceño y miré mi reloj.

—Ya es el final del día —señalé innecesariamente.

Ella asintió.

—Lo siento, Srta. Pierce —levantó la cabeza y miró a cualquier parte menos a mí.

—No te pedí una disculpa, Elliot —dije arrastrando las palabras, buscando en su rostro cualquier indicio.

Tenía que haber una razón por la que mi asistente normalmente parlanchina de repente se había cerrado, ¿verdad?

—No hay novedades sobre la investigación —dijo, dirigiéndose a su escritorio y dejando su portátil y su cuaderno—. Ricky va a entrevistar a todo el departamento.

—Elliot, ¿hay alguna razón por la que me estés evitando?

Su mandíbula se cerró de golpe y su mirada cayó al suelo una vez más.

Así que tenía razón.

—¿Y bien? —la insté.

Su teléfono vibró y ella se lanzó a por él.

—¡Oh, tengo que ir a buscar su pedido de cena, Srta. Pierce!

Guardó su teléfono en el bolsillo y dio media vuelta, corriendo prácticamente de vuelta al ascensor.

—¡Espera, Elliot! —llamé, pero se metió dentro antes de que pudiera decir nada más.

Con el ceño fruncido, me pregunté por qué diablos estaba actuando de manera tan extraña.

Con una última mirada al bolso que había olvidado llevarse, volví a entrar en mi oficina y cerré la puerta.

16

Cameron

La culpa me carcomía por dentro y las palabras en mi pantalla se volvieron borrosas antes de que mi atención se desviara... De vuelta a Elliot.

Suspiré, recostándome en mi silla con un bufido. ¿Qué demonios estaba pasando?

Elliot estaba sentada tecleando en su teclado, felizmente ignorante de la tormenta que se gestaba en mi cabeza.

Algo había sucedido, y me sentía como una idiota por estar a oscuras.

Levanté el teléfono de mi oficina, marcando el número de Elliot.

—Oficina de la Srta. Pierce, habla Elliot —respondió, con voz dulce y amable.

Aspiré rápidamente y exhalé. —Venga a mi oficina —dije estoicamente—. No tengo ganas de gritar.

Colgué, con el estómago retorciéndose ansiosamente mientras los segundos pasaban.

Ella entró, alisando las arrugas inexistentes de su falda.

Negra hoy, noté, cuando normalmente llevaba gris carbón. Su falda envolvía sus caderas y muslos de formas en las que yo deseaba poder hacerlo.

Aclaré mi garganta y mi cabeza.

—Necesito salir de la oficina —dije, distraída por la forma en que su cabello dorado caía sobre sus hombros—. Llame a Hayden. Quiero reunirme con ella para almorzar.

Elliot asintió, pero se dio la vuelta rápidamente.

No podía culparla por su momento de confusión. Siempre llamaba yo misma a Hayden si quería reunirme con ella, y Elliot lo sabía.

Levantó una mano para cerrar la puerta y la detuve.

—Déjela abierta —dije.

Alguna parte de mí necesitaba urgentemente eliminar cualquier barrera física entre nosotras.

Se fue sin pronunciar una sola palabra. Su repentino silencio era desconcertante y dejó un sabor desagradable en lugar de su risa y charla.

Odiaba aún más lo mucho que me molestaba.

—Tengo que ponerme en contacto con el equipo de investigadores privados. Posponer dos eventos y reunirme con los abogados sobre la adquisición de NazTech...

Con agitación, me aparté de mi escritorio, me puse de pie y salí. —Me reuniré con Hayden en nuestro lugar habitual.

No dijo nada y solo podía suponer que había escuchado y entendido.

Miré fijamente a Hayden, jugueteando con la pajita en mi té helado.

—¿Qué pasó, Cam? Nunca te había visto así.

—Necesitaba aire —fruncí el ceño ante los cubitos de hielo derritiéndose en la parte superior de mi vaso—. La oficina era sofocante.

Hayden frunció los labios pensativa, sus dedos jugueteando con una de sus trenzas color castaño.

Me mordí el interior de la mejilla por un momento antes de exhalar.

Mi pecho se apretó incómodamente. —Siento como si hubiera hecho algo mal y no sé qué es. Quiero arreglarlo, pero no sé cómo.

Hayden extendió la mano a través de la mesa y apretó la mía suavemente. —No sé qué pasó —dijo sinceramente—. Y no tienes que contármelo. Pero creo que si sientes que necesitas hacer las paces, entonces deberías hacerlo.

Removí mi bebida con la pajita. Los cubitos de hielo chocaron entre sí y contra el vaso. —No es algo por lo que simplemente pueda disculparme; ni siquiera sé qué hice.

Hayden frunció el ceño. —Probablemente le soltaste algo mientras estabas bajo presión. Elliot no ha estado contigo el tiempo suficiente para saber que no es personal.

Pensé hacia atrás, recordando lo fría que había sido con ella después de enterarnos de los planes para robar nuestros diseños y me pregunté si era eso.

—En lugar de tratar de averiguar qué hiciste, simplemente hazle saber que estás abierta a hablar de ello —sugirió Hayden—. Llévala a almorzar, donde no haya trabajo y puedan simplemente hablar.

—Ya veré qué se me ocurre —le dije a Hayden derrotada, demasiado cansada para insistir en el asunto.

Después del almuerzo, perdí el hilo de mis pensamientos mientras miraba el flujo de tráfico a través de la ventana tintada del coche.

—¿Necesitará el coche este fin de semana, Srta. Pierce? —preguntó Daniel, sacándome de mi ensoñación.

—¿Hmm? —respondí, lenta en ponerme al día—. Oh, no, Daniel, gracias.

La última vez que había necesitado el coche durante el fin de semana fue cuando subí a la mansión en los Hamptons...

—En realidad —dije, sentándome más erguida—. Sí necesitaré el coche.

—Cuando dijo "inspección in situ", no pensé que se refería a *esto*.

Miré a Elliot, cuyos ojos muy abiertos escaneaban cada centímetro de la fachada frente a nosotras.

—Es una de nuestras adquisiciones más recientes —mentí y observé el asombro bailar en sus ojos—. Ha estado cerrada al público por más de una década, pero Taylor quiere renovarla. Convertirla en un resort.

—¿Por qué es una adquisición de Pierce entonces? —Elliot estiró el cuello para mirar las columnas de piedra que se elevaban hacia el arco de arriba.

—Tengo los recursos y la financiación para hacer el trabajo preliminar —dije, siguiendo su mirada por un momento—. Y Taylor dice que confía en mi juicio sobre inversiones.

Con un ceño impresionado, Elliot se quedó en silencio.

Me di cuenta de que tendría que trabajar para llevarla al mismo nivel de comodidad que había tenido anteriormente.

—Es una pieza antigua de arquitectura. Construida hace unos trescientos años como un bastión político antes de convertirse en un bar clandestino durante la prohibición.

Elliot levantó una mano para protegerse los ojos del sol temprano, su vestido azul pálido ondeando suavemente en la brisa cálida. —Siempre pensé que los resorts eran destinos de playa —se acercó a las escaleras de piedra agrietadas—. Supongo que la gente disfruta de cosas diferentes.

—Daniel traerá tus cosas —le grité, quitándome una goma del pelo de la muñeca y atándome el pelo hacia atrás—. Puedes refrescarte y desayunaremos en la terraza en una hora.

Ella asintió y siguió a Daniel al interior.

La observé marcharse, con el corazón golpeando fuertemente contra el interior de mi caja torácica.

Elliot

Mi corazón latía desbocado.

La mansión parecía más un hogar que un edificio en renovación para convertirse en resort. Cada rincón llevaba el sello distintivo de Cameron, y me pregunté si eso era lo que Taylor quería.

—Aquí tienes, El —dijo Daniel con una sonrisa amistosa, abriendo una puerta y dando un paso atrás para dejarme entrar.

—Gracias, Daniel —le sonreí, entrando y deteniéndome.

Esto no podía ser un resort en construcción... Una gran lámpara de araña plateada colgaba del centro del alto techo y lágrimas de cristal goteaban de las luces. Al fondo de la habitación, una cama con dosel de ébano del tamaño de mi habitación en casa dominaba el espacio.

Gruesas y mullidas alfombras cubrían los prístinos azulejos blancos, conduciendo a una pequeña sala de estar con chimenea.

Lentamente me volví hacia Daniel. —¿Esta es mi habitación? —pregunté incrédula.

Él asintió. —Disfrútala —dijo, girando sobre sus talones y desapareciendo por el pasillo.

—Espera... ¿Y si me pierdo? —dije, dando medio paso adelante.

Murmurando para mí misma, saqué mi teléfono y a regañadientes marqué el número de Cameron.

—¿Estás lista?

Di un brinco al escuchar la voz, mi teléfono casi resbalando de mis dedos mientras me giraba.

Cameron estaba recostada casualmente contra el marco de la puerta.

El calor inundó mi centro y mis mejillas. Mis ojos se engancharon en la forma en que sus pantalones de lino abrazaban la curva de sus caderas.

—Sí, Srta. Pierce.

Ella movió la cabeza y la seguí, decidida a mirar *a cualquier otro lado* menos a ella.

Me condujo hasta la terraza. Una enorme sombrilla azur estaba instalada sobre una mesa blanca de hierro forjado para el desayuno, cargada con frutas, café y productos horneados.

Mi estómago gruñó y Cameron se rio suavemente.

—Siéntate —dijo, tomando asiento—. Y come.

Obedecí, picoteando ansiosamente las frutas y observando a Cameron con atención.

Su cabello estaba recogido con unas gafas de sol caras. Mordió una ciruela, con los ojos fijos en algo lejano en la distancia.

Los míos estaban fijos en el jugo brillante en sus labios. Su lengua lamió el exceso.

Todo un fin de semana de esto, pensé. De sentirme dolorosamente atraída por mi jefa. Y sin poder hacer nada al respecto.

Con las mejillas sonrojadas por el vino, me reí, contándole a Cameron una historia sobre mi compañera de piso.

El día había transcurrido sin incidentes, con Cameron dándome un recorrido personal por la mansión y almorzando en el enorme salón de banquetes de abajo.

Dos botellas de vino vacías reposaban en la mesa de café frente a nosotras.

—¿El cuenco entero? —Cameron parpadeó con incredulidad, sus mejillas tan rojas como sus labios. Los miré fijamente mientras respondía con un murmullo.

Estaba sentada en el sofá con una pierna cruzada sobre la otra, y yo estaba en el suelo, con las piernas dobladas debajo de mí.

Había argumentado que derramar vino tinto en el sofá blanco sería lo más caro que jamás haría y ocupé un lugar en el suelo.

Esperaba que la Elliot achispada se diera cuenta de eso, porque todo lo que me importaba era el suave resplandor de la piel de Cameron a la luz de la chimenea. La había encendido solo porque le dije que nunca había tenido una.

Cameron se inclinó hacia adelante, su rostro de repente mucho más cerca. —¿Al menos se lo comió todo?

Durante un largo momento no dije nada, demasiado preocupada por su proximidad.

—Ahh, no, solo dio unos bocados —solté una risita, forzando sentido común en mi boca.

Habíamos pasado el día hablando, y lenta pero seguramente, ese muro entre nosotras se fue desgastando.

—Qué lástima —comentó Cameron, y asentí, enganchada a la mancha de vino tinto oscuro en sus labios.

—Lo fue —dije innecesariamente, con la mirada fija en su boca —. Ni siquiera pude probarlo.

—¿Es eso lo que quieres?

—¿Hmm?

El rostro de Cameron se acercó más, sus ojos oscuros sobre mejillas sonrosadas.

Suavemente, me quitó la copa de vino de la mano y la solté voluntariamente, sin aliento cuando sus dedos rozaron el dorso de mi mano.

Una de sus manos se detuvo a un pelo de distancia de mi cara. Su piel estaba caliente, y yo quería sentir más.

—¿Qué quieres, Elliot?

Su lengua curvó mi nombre y el calor en mi vientre me empujó hacia adelante sin pensarlo.

Estrellé mis labios contra los suyos, desesperada por beber el sabor del vino de su lengua, mis manos alcanzándola, pero sin llegar a agarrar.

La realidad me golpeó de golpe, más fría que el hielo, y me aparté avergonzada.

—Lo siento mucho... —balbuceé, con la lengua pesada.

Cameron cortó mi disculpa, tragándose mis palabras arrastradas con un hambre ardiente bajo la cual me estremecí.

Sus dedos se enterraron en mi cabello, sus yemas suaves en mi cuero cabelludo, y me derretí felizmente en su tacto.

Porque esto, *esto* era todo lo que pensaba que sería.

Sus labios se movían con los míos, torpes por el vino pero igual de calientes. La suavidad de su boca sobre la mía enviaba ondas de placer a través de mí.

Una de mis manos sostenía su muñeca como si pudiera flotar lejos sin ella para anclarme. Cuando la punta de su lengua, húmeda y cálida, rozó la costura de mis labios, pensé que me desmayaría.

Mis labios se separaron, su lengua lamió dentro de mi boca y el placer se enroscó en mi vientre. Gemí. El dolor en mi cuello estirado era incómodo, y ella se deslizó al suelo a mi lado sin romper el beso.

Murmuró algo, pero todo lo que podía oír era el golpeteo de mi propio corazón y el flujo de sangre en mis oídos. Mis dedos temblaban y quería pedir más, *rogar* por más.

Sin un solo pensamiento, mi boca formó las palabras antes de que pudiera evitarlo.

—Srta. Pierce —respiré. Y me congelé.

Aspiré un aliento mareante, mis labios separados porque *¡¿qué acababa de hacer?!*

—Yo... —jadeé, alejándome y cayendo sobre mi trasero.

Confusión y preocupación arremolinándose en sus ojos oscuros, y eso solo me hizo sentir peor.

—Lo siento mucho, Srta. Pierce.

No la dejé hablar, no podía. No quería escucharla consolarme por mi estúpido error. Tampoco quería ser regañada.

Me tambaleé al ponerme de pie y salí corriendo.

17

Elliot

El fin de semana en la mansión terminó tan abruptamente como yo había terminado el beso, y la realidad me golpeó de lleno el lunes por la mañana.

—Pida a los investigadores privados que me informen a más tardar el miércoles por la mañana —dijo Cameron con desinterés, concentrada en su ordenador en lugar de en mí.

Estaba agradecida...

Mis dedos jugueteaban con el extremo del suave lazo de mi blusa, mi mirada errática saltando del rostro severo de Cameron a mi bloc de notas.

No quería la dureza de su atención sobre mí, aunque su atención era exactamente lo que había estado anhelando.

—Sí, Srta. Pierce.

—Y asegúrese de que Ricky haya hecho lo que necesita —añadió, empujando sus gafas más arriba en su nariz—. No quiero que ande arrastrando los pies durante las entrevistas.

—Sí, Srta. Pierce.

—Saldré a almorzar y luego trabajaré desde casa —sus dedos bailaban sobre el vaso de agua a su lado, golpeando impacientemente—. Así que puede irse a casa una vez que salga a almorzar.

—¿Disculpe?

Cameron dirigió su mirada hacia mí y me acobardé.

Pterodáctilos estallaron en mi estómago, los tímidos aleteos convirtiéndose en volteretas completas cuando sus ojos se encontraron con los míos.

El recuerdo del beso vino precipitadamente al frente de mi mente, ignorando las barricadas que había intentado levantar. Tragué con dificultad, mis mejillas ardiendo con el contacto fantasma de sus labios.

Algo en su mirada se suavizó, y sus hombros se aflojaron un poco.

—Dije que puede irse a casa después del almuerzo —repitió.

—¿Está... está bien eso? —fruncí el ceño, insegura porque ella *tenía* que estar bromeando—. Puedo despejar su agenda para la tarde para que no tenga que preocuparse por el trabajo.

—Eso no será necesario. Tengo mucho que poner al día.

Una mentira. Una innecesaria, además.

Conocía su agenda mejor que nadie, entonces ¿por qué mentiría cuando nunca se ha atrasado en su agenda?

Asentí de todos modos, anotándolo en mi cuaderno.

—¿Asistirá a la reunión de adquisición de NazTech esta mañana? —pregunté, manteniendo la cabeza inclinada.

—No es necesario —dijo con desgana, su teclado haciendo clic bajo sus dedos. Levanté la mirada—. Pero disfruto sorprendiéndolos cuando piensan que no estaré. Saldremos en diez minutos.

No pude evitar la pequeña sonrisa irónica en mi rostro ante la travesura velada en sus palabras. Se había vuelto cómoda conmigo, lo suficiente como para bromear de vez en cuando.

Pensé que al menos nos habíamos convertido en amigas... Hasta que la besé.

Eso me hizo volver a la realidad instantáneamente.

Cerré mi cuaderno, me puse de pie y regresé a mi escritorio.

—Cierre la puerta.

Mi corazón se hundió un poco ante la orden mientras cerraba la puerta.

Con un suspiro apagado, me senté en mi escritorio, luchando contra las ganas de enterrar la cara entre mis manos.

Un pequeño dolor atravesó mi pecho, una desagradable mezcla de culpa, vergüenza y arrepentimiento. Por primera vez en mucho tiempo, no podía esperar para llegar a casa.

—¡S-Srta. Pierce! ¡No esperábamos que se uniera a nosotros!

—Por eso exactamente estoy aquí, Ron —Cameron se acomodó en la cabecera de la mesa de juntas.

Me senté a su derecha, colocando su portátil frente a ella y abriendo la carpeta de NazTech en el servidor de la empresa.

—Bien —respondió Ron, desequilibrado por la visita sorpresa de Cameron—. ¿Comenzamos?

Rebuscó en su maletín, sacando una pila de papeles y colocándola sobre la mesa.

—Hay copias del contrato propuesto para que cada uno lea y apruebe —explicó Ron, pasando los contratos a lo largo de la fila de hombres de negocios malhumorados—. También los habrán recibido electrónicamente, en preparación para esta reunión.

Hubo quejas de algunos de los hombres, cada uno con máscaras de desinterés.

—¿Por qué estos documentos estipulan una fusión en lugar de una adquisición? —preguntó Cameron fríamente.

La sala quedó en silencio, el roce de papel el único sonido durante un tenso momento.

—¿Disculpe, Srta. Pierce? —preguntó Ron nerviosamente.

Su sonrisa forzada trataba desesperadamente de ocultar su pánico, y fracasó.

—Recuerdo claramente haber firmado por una adquisición —dijo Cameron, arrojando el contrato sobre la mesa hacia él.

Mi corazón dio un vuelco.

—Y sin embargo, este contrato detalla una fusión mutuamente acordada. Como accionista mayoritaria de esta empresa, me gustaría saber por qué está intentando una fusión congenérica con una empresa cuya facturación es seis veces menor que la nuestra.

La boca de Ron se movía inútilmente, el sudor perlando su frente. Su piel rechoncha se oscureció cuanto más tiempo Cameron lo miraba.

—Si no tiene nada más que añadir —dijo Cameron con desgana —, Elliot, contacte a mis abogados y haga que redacten un contrato de adquisición. Quiero que se lo envíen a Ron y su equipo, después de lo cual discutiré los pormenores con el CEO y la junta directiva de NazTech personalmente.

Asentí, robando una mirada a la expresión pétrea de Cameron.

Me pregunté si ella sabía lo que Ron había estado planeando, o si quizás había intuido su error.

Se puso de pie sin decir una palabra más y salió.

Agarré su portátil y la seguí, con la cabeza inclinada sobre mi cuaderno.

El silencio entre nosotras se extendió, incómodo y desagradable, pero simplemente *tenía* que saber...

—¿Sabía que Ron haría eso? —pregunté con cuidado, manteniendo la mirada en los números parpadeantes dentro del ascensor.

—¿Qué? —me instó—. ¿Que intentaría socavarme? —Un bufido —. Lo ha estado intentando durante años; es de esperarse a estas alturas.

—¿Por qué no despedirlo? —insistí, antes de recordar lo que había dicho sobre la junta directiva.

—Es buen negocio —suspiró, mirando su reloj—. Tiene conexiones invaluables y cierra tratos. Si tengo que intervenir para asegurarme de que recuerde su lugar de vez en cuando, es un precio pequeño a pagar.

Fruncí el ceño.

Los negocios siempre me habían parecido despiadados. Y la empresa de Cameron demostraba que siempre estabas rodeado de sed de sangre y veneno, acechando constantemente en las sombras. Esperando el momento oportuno para atacar y sin embargo...

Miré a Cameron nuevamente, impasible y pulida como siempre.

Cameron lo manejaba todo con tanta *facilidad*. Llevaba la responsabilidad como un abrigo de Burberry.

—Puede recoger sus cosas —dijo, devolviéndome al presente.

Parpadeé.

—¿Saldrá temprano para almorzar?

—Mis asuntos son míos —respondió simplemente, y apreté los labios con un asentimiento.

No podía negar que eso me dolió.

Nuestra conversación terminó ahí, y cerró la puerta tras ella al entrar en su oficina.

Miré fijamente la puerta cerrada, preguntándome si el fin de semana había ocurrido en absoluto.

—Estás en casa temprano —dijo Reese a modo de saludo. Su sonrisa desapareció—. ¡¿Te despidió?!

—No —suspiré, cansada y hambrienta.

Dejé mi bolso en el pequeño mostrador de la entrada, quitándome los tacones con alivio.

—Fue a almorzar y luego trabajará desde casa. Dijo que no me necesitaría.

Me adentré en el apartamento. La cocina era un desastre. Ollas y sartenes apilados en el fregadero, el olor a salteado y fideos fritos con huevo flotando hacia mí.

—¿Cocinaste para todo el edificio? —le pregunté, mirando las especias que habían quedado sobre las encimeras.

Reese sorbió un bocado de fideos y sonrió.

—No pensé que habría alguien en casa para ver el desastre —se defendió—. Aún queda algo en la estufa.

—Gracias —bostecé, pasando por la sala y dirigiéndome a mi habitación—. Comeré después de ducharme.

Me moví por inercia mientras me duchaba y me ponía unos shorts y una camiseta vieja.

—Aquí —llamó Reese, golpeando un bol lleno de comida en la mesa de café frente a ella—. Pequeña romántica sin remedio.

Me dejé caer en el suelo junto a ella y me apoyé en su hombro, demasiado cansada para abrazarla correctamente.

—Gracias —murmuré, alcanzando el bol y metiéndome un tenedor lleno en la boca.

—¿Quieres hablar de lo que está pasando? —Reese se volvió para mirarme—. ¿O solo vas a andar deprimida así todo el día?

Tragué. —¿Por qué no puedes molestar a Noah? —pregunté miserablemente—. ¿Siguen en el trabajo?

Reese murmuró afirmativamente.

—Turno doble —explicó, antes de tocarme la nariz con un dedo —. *Deja* de evitar la pregunta.

Suspiré, mirando fijamente la comida en mis manos, mi apetito desvaneciéndose cuanto más lo pensaba.

—Estoy tan confundida —le dije, sin levantar los ojos para encontrarme con los suyos—. Siento que mi cabeza da vueltas cada vez que pienso en Cameron.

—No me sorprende —murmuró Reese—. No es exactamente lo que imagino cuando pienso en tu tipo.

—¿Verdad? —me lamenté—. Pero es hermosa, y es graciosa cuando no hay nadie más alrededor, y me estoy enamorando de ella, pero no quiero. Y nosotras... la besé en la mansión, y ahora está aún más distante que antes...

—Woah, woah, woah —interrumpió Reese, con ambas manos levantadas, la confusión dibujada entre sus pecas—. Repíteme esa última parte.

Mi mandíbula se cerró de golpe, las mejillas ardiendo. —¿El beso?

—¡¿Se besaron?! ¡¿Cómo es que no fui informada?! —chilló—. ¿Cómo fue? ¿Qué pasó?

—Reese, *por favor*, estoy en medio de una crisis aquí —supliqué —. Te daré los detalles en otro momento, ¿de acuerdo?

Reese se desinfló un poco, pero asintió de todos modos, ahora seria.

—¿Así que estás confundida porque ella está distante pero sigues interesada en ella?

—Por así decirlo —desvié—. Solo que... ni siquiera sé si fue real; se siente como si fuera un sueño febril. Como si hubiera bebido demasiado vino e inventado esta elaborada mentira.

—Sé que probablemente sea lo último que quieras escuchar — dijo Reese con un suspiro—. Pero es algo que tienes que hablar con ella. No sería gran cosa si no sintieras nada por ella, pero podrías arruinar tu trabajo si no dices nada. Además, quién sabe; ella podría *esperar* cosas así de ti en el futuro.

—No —dije inmediatamente—. Cameron no es así.

—Aun así —insistió Reese—. Habla con ella. Por tu propio bien.

Seguir el consejo de Reese era más fácil decirlo que hacerlo.

Con apenas tres horas de sueño, corrí al trabajo una hora demasiado temprano, para esperar en ascuas hasta que Cameron llegara.

Cada minuto que pasaba amenazaba con robarme más y más de mi determinación, hasta que estuve segura de que mi voz moriría en el momento en que Cameron saliera del ascensor.

Arreglé mi chaqueta, atando y desatando mi pelo hasta que mis dedos dolieron por la ansiedad.

El ascensor sonó suavemente y me puse de pie de un salto, el corazón latiendo con fuerza.

—Buenos días, Srta. Pierce —dije sin aliento, el calor subiendo por mi pecho y garganta.

Ella murmuró en respuesta y la seguí hasta su oficina. Dejó sus cosas mientras yo me movía nerviosamente de un pie a otro.

—¿Hay algo que necesite? —preguntó, notando mi ansiedad.

—Sí, de hecho —dije, forzando a mi voz a estabilizarse—. Necesito hablar con usted.

Se sentó, su expresión ilegible. —¿Sobre qué?

—El fin de semana —comencé, aclarándome la garganta.

Cameron se volvió hacia su ordenador, ceño fruncido. —¿Qué hay con eso?

Fruncí el ceño, un montón de emociones brotaron dentro porque... ¿Estaba negando que alguna vez hubiera sucedido?

—El fin de semana en su mansión —aclaré, las palmas hormigueando por la ansiedad. Ella arqueó una ceja pero todavía no me miraba.

—No sé de qué está hablando —dijo, indiferente pero impaciente —. Pero estoy segura de que hay tareas más importantes en las que concentrarse en este momento. Quizás alguna de ellas merezca su atención.

—Creo que sabe de lo que estoy hablando —le dije, observando cómo su mandíbula se tensaba.

—No, no lo sé, Elliot —espetó, su mirada fija en la pantalla del ordenador—. *Nada* sucedió este fin de semana.

Sus palabras fueron como un cuchillo helado retorciéndose en mi pecho. —Lo recuerdo muy diferente.

Los labios de Cameron se apretaron en una línea dura, su frustración casi palpable, y no quería escuchar lo que estaba a punto de decir.

Tomé aire. Las siguientes palabras salieron apresuradamente. —Quiero disculparme por cruzar la línea cuando la besé.

Cameron parpadeó, su expresión sin cambios.

—Amo este trabajo y no quiero arriesgarme a ponerlo en peligro —continué, ignorando el temblor en mis extremidades—. No quiero que se sienta incómoda a mi alrededor por lo que hice, pero también estoy un poco confundida porque está actuando como si nunca hubiera ocurrido.

La ceja de Cameron se arqueó, y el pánico se apoderó de mi pecho.

Hablé de nuevo antes de que pudiera decir algo. —De todos modos... solo quería disculparme por actuar inapropiadamente.

Hice una pausa por un momento, una última pregunta lista en mi lengua. Pero me la tragué y salí, cerrando la puerta detrás de mí.

'Idiota', pensé. '¿Por qué me diría si disfrutó besándome?'

18

Cameron

—¿Dónde es la siguiente parada?

Elliot aclaró su garganta suavemente antes de hablar. —La Galería de Arte D'Artanian. Usted financió la primera exposición de la artista.

—Ah, sí —murmuré, mirando a ningún lugar en particular—. Madeline, la recuerdo.

—Después de eso, hará una aparición en la inauguración del museo tecnológico.

Asentí. Desde que se disculpó por aquel beso, mi mente había estado en un estado de caos.

—¿A qué hora regresaremos a la oficina?

—Justo después de las seis, si el tráfico no es muy pesado.

El agotamiento brillaba claro como el día en el rostro de Elliot. Y sin embargo, cuando observé el vestido de cóctel negro que llevaba, estaba tan hermosa como siempre.

Se sentaba junto a mí, con la espalda recta y los hombros hacia atrás, su barbilla en alto como si fuera a la guerra. Era entrañable.

Salí del coche en la galería de arte y caminé entre el público ansioso que esperaba pacientemente a que abrieran las puertas. Elliot se mantuvo cerca, el aroma de su perfume tan familiar como el mío propio.

El curador nos guió por la exposición.

Felicité a la artista, que había trabajado toda su vida para mantener su sueño.

Mi atención volvía constantemente a Elliot, que estudiaba la obra de Madeline.

Me pregunté qué vida había llevado, para haber experimentado tan pocas veces las cosas que yo daba por sentadas.

—¿Señorita Pierce?

El sonido de la voz de Elliot me sacó de mis pensamientos. Hice un gesto de girarme para mirarla.

Ella se inclinó hacia mí y yo también hacia ella. Nuestros rostros estaban tan cerca que podía escuchar el más leve temblor en su respiración. —Necesitamos irnos al museo —dijo mientras se colocaba un mechón de cabello suelto detrás de la oreja.

Asentí, sin apartarme del todo mientras decía: —Pide el coche.

Nos marchamos una vez que Daniel trajo el coche.

—¿Le gustaría que pida su cena cuando lleguemos a la oficina? —la voz de Elliot era apenas un susurro.

Asentí, observándola pulsar "enviar" en el pedido que ya había escrito antes de preguntarme.

Cuando llegamos al museo extendí la mano para abrir la puerta, pero ella me detuvo. Sus dedos eran más ligeros que las alas de una mariposa sobre mi pómulo.

Se sonrojó y miró hacia abajo, sosteniendo un pequeño trozo de papel tisú rojo entre sus dedos.

—Lo siento —dijo tímidamente—. Confeti.

Murmuré algún tipo de agradecimiento y salí. Mi corazón se aceleró ante su más leve contacto.

"¿Qué soy?", me burlé internamente. "¿Una adolescente enamorada?"

La oficina estaba misericordiosamente fresca. El aire acondicionado trabajaba horas extras para vencer el calor de finales del verano.

Elliot se detuvo en mi puerta, sus dedos apenas tocando el marco.

Era tarde, mucho más tarde de lo que ella había predicho, y esperé a que se despidiera.

Pero no lo hizo.

Miró detrás de ella, como si alguien pudiera estar escondido en las sombras de la oficina oscurecida, y luego de vuelta a mí.

Ansiosa. No...

¿Nerviosa?

—¿Algo en mente, Elliot? —pregunté, aterrorizada de romper el aire cómodo entre nosotras. Ella mordisqueó su labio inferior y entró, deteniéndose frente a mi escritorio.

—He estado pensando en ello —murmuró mirando hacia abajo.

—¿En qué?

Esperé, con el estómago retorciéndose en anticipación.

—En el beso —hizo una pausa, mirándome expectante.

No había miedo en sus ojos, ni vacilación o indicio de duda.

—¿Qué hay con eso? —insistí, rodeando lentamente el escritorio.

Sus ojos me siguieron. —No puedo dejar de preguntarme si fue real.

Observé cómo sus ojos se movían entre mis ojos y mis labios.

—Porque quiero que sea real, aunque realmente no debería serlo.

Mi pulso se aceleró mientras levantaba una mano para colocar su cabello detrás de su oreja, tal como había anhelado hacer antes.

Dejó escapar un suspiro tembloroso, e ignoré el ligero temblor en mis dedos.

—¿Por qué no debería ser real?

Se acercó más, sus dedos se curvaron en la tela suelta de mi chaqueta, sus manos temblando ligeramente.

—Porque —respiró, su mirada cayendo a mis labios—, no se supone que deba sentir esto por ti.

—¿Es así? —Mi corazón latía a mil por hora.

Elliot asintió. —Ni siquiera sé si tú... —hizo una pausa, inclinándose hacia mi contacto.

—¿Estoy interesada? —ofrecí, sabiendo demasiado bien hacia dónde iba su mente.

Ella asintió.

No pude evitar inclinarme un poco más cerca, el calor de su perfume embriagador y rico.

El valor burbujeo en mi pecho. —¿Crees que no estoy interesada en ti?

Se encogió de hombros, apenas un pequeño movimiento de un hombro.

—Entonces... ¿Puedo besarte otra vez? —susurró, sus manos deslizándose sobre mi cintura, un poco vacilantes, pero decididas—. ¿Por favor?

Cada último fragmento de autocontrol se marchitó, desintegrándose hasta que no quedó nada. Nada excepto sus labios suaves y ardientes moviéndose urgentemente contra los míos.

Ella suspiró en el beso, sus manos se enroscaron alrededor de mi cintura, acercándome más.

—¿Está bien esto?

Toda lógica se desvaneció cuanto más tiempo me besaba. Solo por una vez, quería dejarme llevar.

—Es perfecto —jadeó, pasando sus dedos por mi cabello y atrayéndome de nuevo al beso.

Perfecto.

Nuestros besos se volvieron frenéticos, cargados y hambrientos.

Necesitaba más.

Mis rodillas se volvieron gelatina y me apoyé en el borde de mi escritorio para sostenerme, arrastrando a Elliot conmigo.

Ella tiró de mi chaqueta con impaciencia, exigiéndome sin palabras que la quitara.

—Estás ansiosa —murmuré, mis palabras amortiguadas por sus dientes atrapando mi labio inferior.

Ella rio sin aliento. —Dame un respiro —sus ojos brillaban con deseo—. Es tarde.

—Eso va en b... oh, joder —mi réplica se desvaneció.

Sus labios rozaron la columna de mi garganta. Bajó su cuerpo, sus muslos a cada lado de mi muslo derecho, y movió sus caderas hacia adelante.

El calor de su vagina se filtró a través de la delgada tela de mis pantalones con cada meneo de sus caderas, su boca succionando suavemente mi cuello.

Mis manos volaron a la curva de su trasero, sin duda dejando huellas dactilares en su piel. Tragué con dificultad, viéndola frotarse contra mi muslo, el calor acumulándose en mi vientre sin piedad.

Quería sentirla. Lo necesitaba, tanto que estaba dispuesta a suplicar.

Sus dedos revolotearon hacia los botones de mi camisa y se detuvieron, esperando permiso.

Tomé una de sus manos y la guié hacia mi pecho, desabrochando el primer botón por ella.

Me miró, insegura, y asentí, con la respiración atrapada en mi garganta.

Con un murmullo emocionado, prácticamente arrancó el resto, ayudándome a quitar mi camisa de mis hombros hasta que quedé en un sujetador de encaje negro.

Respiró un tembloroso: —Dios mío.

La incredulidad se dibujó en su hermoso rostro. Agachó la cabeza, presionando besos calientes y húmedos en mi pecho, sus labios rozando sobre el encaje.

Apenas podía oírla sobre la sangre latiendo en mis oídos.

Su lengua rodeó mi pezón a través del encaje, forzando mi columna a arquearse.

Mi mundo se redujo a la lengua de Elliot en mi pezón y la humedad empapando mi muslo. Sus suaves gemidos y suspiros entrecortados eran mortales.

Agarré sus muslos, levantando ligeramente el mío para darle la fricción que desesperadamente buscaba, amando la forma en que gemía. La solté por un momento, el tiempo suficiente para bajar los tirantes de su vestido por sus hombros, liberando sus pechos.

—Dios, eres hermosa —gemí, guiando su ritmo en mi muslo mientras presionaba mi lengua contra su pezón endurecido.

—*Jesús* —jadeó, sus muslos temblando alrededor del mío—. Quiero...

—¿Qué? —pregunté, succionando su pezón.

Su voz se desvaneció, su rostro enrojecido de placer.

No respondió; sus dedos forcejearon con el broche de mis pantalones y entendí.

La ayudé, mis manos temblando tanto que me avergonzó.

Pero a ella no le importó. Apartó mis manos y deslizó sus dedos en mis bragas.

Enterré mi rostro en su pecho, avergonzada de lo mojada que ya estaba, y apenas me había tocado.

Sus dedos medio y anular rodearon mi clítoris, descendiendo más hacia mi vagina.

Quería gemir por el placer que vibraba por mi columna.

Todo se sentía sofocante; su aliento en mi cuello, su piel desnuda bajo mi lengua, ella frotándose contra mi muslo, sus dedos bombeando lentamente dentro de mí.

Dios, estaba indefensa.

Deslicé mi mano bajo la longitud de su vestido, mis dedos encontrando fácilmente el borde de su ropa interior.

Se estremeció, levantó sus caderas lo suficiente para que pudiera apartar su ropa interior a un lado y deslizar un dedo dentro de su calor húmedo.

—C-Cam, Dios mío —tartamudeó.

Sus caderas se sacudieron hacia adelante, buscando una fricción más profunda. Rodó sus caderas, siguiendo el ritmo de sus dedos dentro de mí. El placer brillaba como el calor de un sol de verano, cómodo a pesar del hormigueo extendiéndose por mi vientre inferior.

Pero los movimientos de Elliot se volvieron erráticos, su vagina apretándose alrededor de mis dedos. Las yemas de mis dedos se deslizaron a lo largo de su punto G hasta que se deshizo. Sus muslos se aferraron con fuerza alrededor del mío.

La besé, queriendo saborear cada gemido y cada suspiro, necesitando grabarla en mi memoria.

Grabar *esto* en mi memoria.

Sus respiraciones quemaban mis labios, y en cuanto su cuerpo se relajó, se puso de pie. La miré con sorpresa, confundida mientras se paraba sobre tacones inestables.

—¿Qué estás...?

—Arriba —jadeó, su rostro rojo brillante y su boca decidida.

Aturdida por el deseo, obedecí, dejándola darme la vuelta. —¿Elliot?

—Solo —hizo una pausa, sus manos gentiles en mis caderas—. Inclínate hacia adelante.

—Sobre tus codos —sus dedos rozaron mi estómago. Me estremecí, pero obedecí, temblorosa de excitación.

Me giré para mirarla, una tensión incómoda anudando mi estómago.

Se dejó caer de rodillas y tiró de la cinturilla de mis pantalones hacia abajo, llevándose mi ropa interior con ellos, dejándolos enredados alrededor de mis rodillas.

El cristal del escritorio era hielo bajo mis antebrazos, y el primer roce de su lengua en mi clítoris fue el fuego mismo.

Aplanó su lengua a lo largo de mi hendidura, lamiendo en franjas lentas y codiciosas que hacían temblar mis muslos. Sus manos acariciaban mis muslos, suaves, cálidas, dolorosamente gentiles, mientras la punta de su lengua provocaba mi entrada.

Mis tacones se tambalearon bajo mi peso inestable, atados por mis pantalones alrededor de mis rodillas. Mi piel estaba caliente como fiebre al tacto, la piel de gallina subiendo por mis brazos y extendiéndose por mi pecho.

Los pulgares de Elliot me mantenían abierta, exponiéndome antes de presionar su lengua profundamente dentro de mí.

Mi espalda se arqueó con placer, mis puños se curvaron alrededor de papeles sueltos buscando algún tipo de control.

Hasta que el pulgar de Elliot frotó pequeños círculos insoportables en mi clítoris.

Hundí mis dientes en mi labio inferior para callar los gemidos que arañaban mi garganta.

Implacable, los labios y la lengua de Elliot me arrastraron más y más cerca del borde, manteniéndome allí durante un tiempo impío.

—Elliot —jadeé con desesperada frustración. Me apreté alrededor de su lengua solo para que la sacara de nuevo, y quería gritar.

—Mmm —murmuró, su respuesta enviando pequeñas vibraciones directamente a mi núcleo palpitante.

—Necesito... —gemí, jadeando cuando añadió un dedo en mi vagina.

Su lengua lamió sobre mi clítoris, introduciéndose en mi vagina junto con su dedo. Su pulgar presionó con más fuerza, cada nervio en mi cuerpo tensándose mientras el espiral se rompía.

No pude evitar el gemido largo y prolongado que se escapó, enterrando mi cara en mis brazos mientras mi cuerpo temblaba

durante mi orgasmo.

—Joder, sabes tan bien —gimoteó Elliot, poniéndose de pie. Su dedo acarició la hendidura goteante de mi vagina, introduciéndolo y sacándolo lentamente.

Mis pulmones se agitaron con mis respiraciones temblorosas, y me puse de pie, girándome para mirarla.

Los labios y la barbilla de Elliot brillaban con mi excitación, enviando una oleada de calor a través de mí, pero me atrajo para otro beso antes de que pudiera hablar.

Fue silencio por un momento. El suave chasquido de nuestros labios rompió el silencio, y fue allí donde mis hombros se hundieron.

19

Elliot

Bailoteaba de un pie al otro, retorciéndome las manos nerviosamente.

—Simplemente vete si estás tan ansiosa por estar en el trabajo, bicho raro —refunfuñó Reese.

La miré por encima de mi taza de café.

—Vaya, buenos días a ti también —me burlé, sin veneno en mis palabras. Reese era tan alegre como una tormenta por las mañanas —. ¿Dormiste fatal, supongo?

—Prácticamente podía oír tu cerebro trabajando a toda máquina —replicó, pasándose los dedos por su pelo desordenado—. Incluso Noah lo pasó mal.

—Siento haberte mantenido despierta —me reí, ofreciéndole un lugar en la cocina.

Me lanzó una mirada fulminante.

—Estás preocupada porque ella vaya a ser diferente.

Apreté los labios.

—O te preocupa que nada vaya a cambiar —dijo, chasqueando los dedos—. Tienes miedo de ir a la oficina y que todo siga igual.

—¿Puedes callarte, por favor? —hice un puchero, sus especulaciones me estaban poniendo los nervios de punta—. Ya estoy agotada; apenas dormí anoche.

—Por las razones correctas, espero —me guiñó un ojo. El efecto de su burla fue menos efectivo con el bostezo que añadió al final—. Porque cualquier otra razón sería bastante molesta.

—Eres una gruñona mañanera muy mala —señalé. Ella resopló, me hizo una peineta y me robó el café—. ¡Oye!

—Has estado suspirando y delirando por esta mujer desde que la conociste —murmuró Reese, frotándose el sueño de los ojos—. *Por fin* te la follas y ¿estás nerviosa? ¡Ya lo hiciste! ¡No hay necesidad de más nervios!

—¿Verdad? —murmuré, con el estómago revuelto—. No sé, quizás solo estoy pensando demasiado.

—Tal vez —dijo Reese, terminándose el resto de mi café y empujándome hacia la puerta.

Llegar a la oficina solo empeoró el nudo en mi estómago. Mi pierna rebotaba bajo el escritorio, la punta de mi tacón haciendo clic en las baldosas.

No podía precisar exactamente qué era, pero la inquietud se enroscaba alrededor de mi pecho, exprimiendo pequeñas bocanadas de aire.

El ascensor sonó y me enderecé, mi corazón aleteando cuando Cameron salió.

Estaba hablando por teléfono, sosteniendo su portátil contra su pecho con la mano libre. Su largo cabello oscuro estaba recogido en una cola alta, balanceándose con cada paso. Su traje negro de diseñador estaba impecable como siempre, pero eso no me importaba.

—Buenos días, Cameron —dije con una sonrisa.

Sus ojos se deslizaron hacia mí y asintió, pasando de largo.

Fruncí el ceño, la inquietud creciendo cuanto más tiempo permanecía ella al teléfono.

¿Se arrepentía?

Me mordí el interior de la mejilla, mis pensamientos convirtiéndose en una bola de nieve salvaje e innecesaria.

—Elliot.

Salté de mi asiento, mi ansiedad como un bulto helado en mi estómago.

—¿Sí?

—Mi agenda —dijo, sin apartar los ojos de su ordenador.

Fruncí el ceño confundida, pero de todos modos cogí mi libreta. Me senté en mi lugar habitual, intentando desesperadamente ignorar la incomodidad en la habitación.

—Eh, tienes una reunión con el Sr. Nelson para finalizar otra adquisición —dije, inquieta en mi asiento—. Y he organizado para

que el equipo de investigación privada informe esta mañana. También hablé con Hayd... eh, la Srta. Jones, y confirmó tu asiento en el consejo de administración para su fusión esta tarde.

—Muy bien —dijo, volviendo a su ordenador—. Haz que Ricky envíe las transcripciones para que pueda echarles un vistazo antes de que llegue el equipo de investigadores.

Asentí, me puse de pie y salí de su oficina con movimientos entrecortados.

Me senté de nuevo en mi escritorio, realizando mecánicamente mis tareas mientras estaba mentalmente ausente.

Quizás no había estado pensando demasiado, y tal vez había cruzado demasiadas líneas con demasiada frecuencia.

Los comentarios de Gina resonaron en mi cabeza y me encogí sobre mí misma.

¿Había jodido tanto las cosas que ella no podía verme como nada más que una asistente?

Cameron

Mi estómago se revolvió mientras veía a Elliot salir, con la cabeza ligeramente inclinada.

Intenté concentrarme en la aparentemente insuperable carga de trabajo que tenía por delante, pero mi pecho se oprimía dolorosamente. Y mi mirada se desviaba hacia Elliot una y otra vez hasta que la inquietud me obligó a levantarme de la silla.

Salí a grandes zancadas, mirando a cualquier parte menos a Elliot.

—Voy a bajar a la sala de conferencias —dije distraídamente—. Necesito estirar las piernas.

Ella tartamudeó un sorprendido —O-oh, está bien —y le eché un vistazo mientras se cerraban las puertas del ascensor.

Sus hombros caídos y su confusión estaban escritas en su rostro.

Fue como un puñetazo en el estómago.

—Joder, contrólate, Cameron —mascullé, apoyándome contra la pared del ascensor—. No puedo ser tan patética en el trabajo.

Miré fijamente mi reflejo en el espejo, ajustándome innecesariamente la blusa y el pelo, tratando de deshacerme del nerviosismo.

—¿Va a la sala de conferencias, Srta. Pierce?

Miré hacia arriba, encontrando un rostro algo familiar sonriéndome en el espejo.

—¿Tú eres? —pregunté, frunciendo el ceño.

La joven se atragantó en su prisa por presentarse, tropezando con sus palabras.

—Soy Gina —gorjeó, extendiendo su mano—. Trabajo en el equipo de Ricky en Investigación y Desarrollo.

—Ah —dije simplemente, tomando su mano brevemente y apartándola—. Genial.

—Estoy tan contenta de encontrarla antes de que esté ocupada —dijo con entusiasmo, metiéndose el pelo detrás de la oreja. Arqueé una ceja, mi inexistente paciencia agotándose.

—No diría que no estoy ocupada —dije secamente, pero ella continuó, imperturbable.

—Estaba pensando en la brecha de seguridad y en cómo la investigación está tomando demasiado tiempo —parloteó, dando un paso más cerca de mí—. Y creo que puedo ayudar a acelerar las cosas para que sean más eficientes.

Hice una pausa y la miré por un segundo, la ira encendiéndose en mi pecho.

—¿Estás insinuando que mi asistente es incompetente?

La sonrisa de Gina se borró, y se apresuró a recuperarse, pero la interrumpí.

—O —la interrumpí, cruzando los brazos sobre el pecho—, ¿estás insinuando que soy incapaz de contratar a las personas adecuadas para el trabajo?

—¡No, Srta. Pierce! —exclamó, casi dejando caer el archivo en sus manos—. ¡En absoluto, solo estaba...

—Perdiendo mi tiempo —terminé por ella. Caminé a su alrededor y entré en el largo pasillo que conducía a la sala de conferencias—. Que tenga un buen día, Gina.

Para cuando llegué a la sala de conferencias, el equipo legal y otros departamentos ya habían llegado, acomodándose mientras yo entraba.

—Aquí tiene, Srta. Pierce —dijo Elliot, ligeramente sin aliento como si hubiera corrido todo el camino hasta aquí.

Que, pensándolo bien, era probablemente lo que había pasado considerando que yo había estado atrapada en el único ascensor que iba a nuestra planta.

Tomé el café de su mano extendida. Sentándome, me preparé para lo que inevitablemente sería un día largo y agotador.

—Siento que estás ocultando algo.

—Este difícilmente es el momento o lugar para esta conversación, Hayden.

Ella se reclinó, cruzando los brazos con decepción. Observé al jefe del equipo legal de Hayden explicar a la sala las condiciones de la fusión, pero había desconectado hacía tiempo.

Mi mente volvió a Elliot, al destello de dolor en sus ojos cuando la despedí con un gesto antes de subir al coche.

Pero no podía permitir que me distrajera por mucho más tiempo.

—Ya he aprobado esta sección del contrato —siseó Hayden, inclinando su cabeza cerca de la mía—. Y no soy idiota; puedo ver que algo te está molestando. Suéltalo.

Tomé una larga y tranquilizadora respiración, manteniendo mis ojos en el abogado.

—Hayden —dije, tan calmadamente como pude—, por favor, créeme cuando te digo que este no es el momento para eso.

Ella resopló y levantó la mano.

—Murph, tómate un descanso —dijo dulcemente—. Necesitaremos mucho más café antes de llegar a la división de activos, ¿sí?

La gente reunida en la sala se rió y estuvo de acuerdo, saliendo hasta que solo quedamos Hayden y yo.

—¿Siempre interrumpes las reuniones cuando te apetece? —refunfuñé.

—He repasado esta fusión cien veces, y te pedí que estuvieras aquí para apoyarme si pasaba algo —dijo claramente—. Pero tu cabeza está obviamente en otra parte. Así que, en interés de un buen negocio *y* una buena amistad, dime qué coño está pasando.

Dejé caer mi cabeza contra el respaldo de mi silla.

—Hayden —gemí—, solo quiero concentrarme en el trabajo. Eso es lo que necesito ahora.

—Así que es Elliot —dedujo.

Mi cabeza giró para mirarla, mi ceño profundo.

—¿Cómo coño llegaste a esa conclusión?

—Porque te conozco, Cam —arrastró las palabras, como si fuera lo más obvio del mundo—. Y te he visto cerca de ella, y viceversa. Algo pasó, y como tu amiga más cercana, más querida y más adorada, me gustaría saberlo.

—Lo haces sonar como si tuviera opción —dije con una risa sin humor—. Bien. Yo... joder, cometí un error. Me acosté con ella. Bueno...

—¿Tú *qué*?

—¡Hayden, cállate, por favor! —supliqué—. No estás haciendo esto más fácil para mí.

—¿Te acostaste con tu asistente y quieres que te haga las cosas fáciles? —Se rió—. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué es un error cuando obviamente te importa?

—¡Porque no debería! —espeté—. No debería importarme porque ella es *solo* mi asistente, y eso es todo lo que se suponía que sería.

—Entonces, ¿qué? —presionó Hayden, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿Te la follaste y ahora vuelves a ser la reina perra? ¿Cómo es eso justo para Elliot?

No quería pensar en ello. No quería pensar en cómo afectaría a Elliot porque *no era asunto mío*.

—No es así —argumenté, estirando el cuello para asegurarme de que nadie estaba regresando de su pausa para el café—. Ella me dijo lo importante que era este trabajo para ella, y que no quería ponerlo en peligro.

—¿Estás planeando despedirla?

Quería gritar.

—*No*, pero... —hice una pausa, buscando las palabras correctas —. Pero siento que debería hacerlo. Porque incluso si quisiera estar con ella, no podría mantenerla como empleada. Y no puedo permitirme perderla.

—Qué desinteresado de tu parte —dijo Hayden con sarcasmo.

—¿Qué más se supone que debo hacer, entonces? —cedí, agotada.

—¿Has considerado darle una oportunidad? —preguntó Hayden, sus palabras irritantemente sinceras—. ¿Quizás darte *a ti misma* la oportunidad de sentir algo más que estrés por una vez?

—No empieces con esto otra vez.

—No, creo que lo haré —insistió Hayden, sentándose erguida—. Te entierras hasta el cuello en el trabajo en el segundo en que alguien incluso *piensa* en sentir algo más por ti. Y me condenaría si

te dejo arruinar algo que potencialmente podría ser lo mejor que te ha pasado en años.

—No puedo arruinar lo que no puede suceder —dije, con un tono de finalidad resonando en mis propios oídos—. Tengo demasiadas cosas en mi plato para lidiar con una relación con alguien con quien no tengo por qué estar. Además, Elliot es demasiado joven para cargar con alguien que tiene mi tipo de equipaje.

—Esa no es solo tu decisión...

Me puse de pie, levantando una mano para silenciarla.

—*He terminado* de hablar de esto, Hayden.

20

Elliot

Una respiración profunda llenó mis pulmones con un sabor húmedo que me recordaba a una noche de principios de verano. Contemplé fijamente la puerta principal de Cameron.

Su portátil pesaba una tonelada, ardiendo como un agujero en mi bolso.

Tenía que hacer esto.

Revisé mi teléfono una vez más, leyendo y releyendo el mensaje que Cameron me había enviado hace treinta minutos.

Deja mi portátil en mi casa. Tienes las llaves.

—Eso significa que debo entrar, ¿verdad? —murmuré para mí, aferrando el juego de llaves en mi mano.

Sacudí la cabeza y forcé a mis piernas a moverse, subiendo los escalones y abriendo la puerta.

—¿Señorita Pierce? —llamé, haciendo una mueca cuando mi voz hizo eco. Miré alrededor, cerrando la puerta tras de mí.

Nunca había visto el interior de su casa, al menos, no esta.

El vestíbulo de entrada se abría a un amplio espacio, con el suelo pulido hasta conseguir un brillo perfecto. Una mesa central sostenía un jarrón de lirios blancos puros.

Me pregunté si debería simplemente dejar el portátil allí y marcharme. Pero mi curiosidad ganó, y di un paso más.

Había dos chaises longues de terciopelo a cada lado del espacio, la tela de un morado intenso lucía regia contra las paredes impecables.

—¿Señorita Pierce?

Me deslicé por una esquina, observando las escaleras gemelas que conducían al segundo piso.

Seguí adelante, casi caminando de puntillas como una intrusa, buscando señales de que Cameron estuviera en casa.

Había un leve rumor de ruido procedente de la habitación siguiente, y seguí la risa grabada en estudio hasta una impresionante sala de estar.

Cortinas blancas como el hielo estaban corridas sobre las ventanas, cayendo hasta el suelo junto a exuberantes plantas verdes en macetas. Tres sofás negros bloqueaban el área frente a un televisor gigante que bien podría haber sido la pared misma.

Y allí, frente al sofá del medio...

—¿Elliot?

Cameron me miró parpadeando desde la alfombra, con dos botellas de vino posadas en la ornamentada mesa de café de cristal frente a ella.

—Señorita Pierce —dije con incertidumbre—. ¿Está... borracha?

Levantó un hombro en un medio encogimiento, con un profundo ceño fruncido en su rostro.

—Solo quería relajarme —murmuró, arrastrando las palabras. Sus cejas se juntaron con molestia—. Pero no funcionó.

Solté una suave risa y avancé.

Esta era una nueva faceta de Cameron. Su rostro desnudo me miraba, sorprendentemente vulnerable, el rubor en sus mejillas añadía un toque de color.

—No eres muy buena bebedora —le dije con dulzura, sentándome en el sofá a su izquierda—. ¿Has comido algo?

—Ugh, no —dijo, poniendo mala cara—. Quería dormir y que se me fuera el dolor de cabeza. Las náuseas son horribles.

—Beber una botella entera de vino no hará que las náuseas desaparezcan —la regañé, intentando quitarle la botella de la mano.

Frunció el ceño de nuevo.

—Eres una sabelotodo —murmuró.

No pude evitar la sonrisa que se extendió en mi cara. Una Cameron sin filtros era una experiencia inesperada.

—Es mi trabajo saber estas cosas —le dije—. Ahora, vamos a buscarte agua, y quizás algo de comida, ¿vale?

—No tengo sed —protestó.

Pero la ignoré, abriéndome paso entre las habitaciones hasta encontrar la cocina. Afortunadamente, había un vaso en el escurridor, y saqué agua embotellada de su nevera robot.

—Aquí tienes —dije cuando finalmente encontré el camino de regreso. Dejé el vaso sobre la mesa y le serví agua.

—Así no —se quejó, chasqueando la lengua con desaprobación. Alcanzó un posavasos y lo colocó sobre la mesa, haciendo un dramático despliegue al poner el vaso encima.

—Lo siento —me reí, deslizando el posavasos hacia ella—. Por favor, bebe algo de agua.

—Qué mandona —murmuró, agarrando el vaso y bebiendo un sorbo de todos modos—. Ya está, ¿contenta?

—Medianamente —le seguí el juego—. ¿Qué pedimos para cenar?

—Nada —gimió, dejando caer la cabeza en la palma de su mano —. Solo déjame dormir.

—¿Estás bromeando? Si acabas con una resaca brutal mañana, seré yo quien ande corriendo como una gallina sin cabeza. Además, te sentirás mejor.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con petulancia.

—Simplemente lo sé —le dije—. ¿Un bistec? Dicen que marida bien con una botella entera de vino tinto.

—No me estás haciendo sentir mejor —resopló.

—¿Y qué te haría sentir mejor ahora mismo? —pregunté—. Y no, no abriré la otra botella.

—Mark sabía qué hacer —murmuró, con voz sombría.

Fruncí el ceño.

—¿Mark?

Ella tarareó, apoyando la espalda contra el sofá.

—Mi hijo —explicó, con una pequeña sonrisa tirando de sus labios—. Pero tú no sabrías de él. Nunca te lo conté.

—¿Contarme qué? —pregunté, con el corazón latiendo con fuerza —. ¿Le pasó algo a Mark?

Se rio sin alegría.

—Murió hace dos años.

Mi corazón cayó hasta el fondo de mi estómago.

—¿Qué pasó? —pregunté en voz baja, deseando poder sentarme a su lado y apretar su mano. Cualquier cosa para ahuyentar la tristeza de sus ojos.

—Un accidente de coche —murmuró, mirando al techo—. Un conductor borracho golpeó su lado del coche mientras conducía a

casa por las vacaciones y él... nunca llegó a casa.

—Eso es... —me detuve, las palabras me fallaban.

Pero ella continuó como si no me hubiera oído.

—Por supuesto, todo cambió después de eso, y su padre y yo nos divorciamos.

—Lo siento —susurré, con el corazón doliéndome ante la profunda agonía que brillaba en sus ojos.

—Fue rápido y silencioso —dijo, asintiendo distraídamente—. Era mejor así. Sin Mark, ya no nos sentíamos como una familia.

Arrastró una respiración temblorosa, el agotamiento profundizando las finas líneas alrededor de sus ojos.

Me deslicé hasta el suelo, sentándome tan cerca como me atreví, tomando su mano entre las mías. Sus dedos estaban helados al tacto, y froté algo de calor en sus fríos dígitos.

—Pero apuesto a que ustedes tuvieron muchos buenos recuerdos juntos, ¿verdad? —dije suavemente, mi pulgar acariciando el dorso de su mano.

No sabía qué más hacer. Odiaba ver el dolor crudo que pesaba sobre sus hombros, arañando su interior hasta que intentó ahogarlo en vino.

Ella se rio, con la mirada fija en nuestras manos entrelazadas.

—Mark fue un granujilla desde el primer día —dijo, recordando—. Hayden dijo que salió listo para conquistar el mundo, y tenía razón, como siempre. El pequeño diablillo tuvo a Jonathan y a mí despiertos durante *meses*.

—De tal palo tal astilla —bromeé, dándole un codazo.

Puso los ojos en blanco, su sonrisa pequeña e indulgente.

—Eso es lo que decía Jonathan —suspiró—. ¿Sabes? Solía meterse en la despensa y construir casitas con las galletas que le encantaban. Llegábamos a casa y encontrábamos estos mini pueblos en medio de la cocina.

—¿No tenías niñera? —pregunté, encantada por el tono suave y nostálgico de su voz.

Ella se rio.

—¿Que si teníamos niñeras? —resopló—. Teníamos que contratar una nueva casi cada dos meses porque era tan travieso. No podían

hacer nada más. Terminamos contratando a una niñera solo para vigilarlo porque *nunca* se quedaba quieto.

—Me imagino que sus profesores estaban tan impresionados como las niñeras.

Resopló y su mano libre cayó sobre mi muslo mientras negaba débilmente con la cabeza.

—Había una profesora de jardín de infancia, Dios mío —se carcajeó, y la calidez se extendió por mi pecho—. Llamó a Jonathan al trabajo un día y le dijo que recogiera a Mark porque estaba enfermo. Cuando Jonathan llegó, Mark le enseñó dónde había vomitado en su pequeña alfombra mundial.

—¿Alfombra mundial? —me reí.

—Sí, esas alfombras que tienen el mapa del mundo —explicó.

—Ah.

—Así que le muestra a Jonathan dónde vomitó y dice: "¡Papi, vomité por toda América!"

Se deshizo en un ataque de risitas, su cuerpo pesado contra mi costado mientras yo luchaba por evitar que se desplomara.

Pero su risa era contagiosa, arrancándome carcajadas desde lo más profundo de mis entrañas.

Y me di cuenta de lo mucho que disfrutaba viéndola feliz.

—¿Cómo era de adolescente? —insistí, ansiosa por escuchar más y simplemente... oírla hablar.

—Tan rebelde como puedas imaginar —dijo con seriedad, los ojos muy abiertos con sinceridad—. No me malinterpretes, siempre fue un chico educado y se preocupaba por todos a su alrededor. Pero simplemente... siempre estaba buscando una nueva aventura. Y eso a menudo le metía en muchos problemas en la escuela.

—La escuela es para ovejas, de todos modos —resoplé, recordando cuánto había odiado toda mi experiencia escolar.

—Y mi Mark no era ninguna oveja —dijo con orgullo—. No era el primero de su clase, pero estaba interesado en aprender todo lo que pudiera. Una vez desarmó uno de mis teléfonos solo para ver si podía volver a armarlo. Falló la primera vez, pero lo cogió el truco bastante rápido.

—¿Estaba en la universidad?

—Mhm, estudiando ingeniería industrial para poder ayudarme a empezar una "nueva era", como él la llamaba.

—Suena tan increíble como su madre —murmuré reconfortándola, apretando su mano otra vez.

—Él era mejor —suspiró, sus párpados cayendo—. Lo extraño.

—Oye, no te duermas todavía —le dije, estirando el cuello para ver si sus ojos se estaban cerrando—. Necesitas comer primero.

—No quiero comida —murmuró somnolienta—. Solo dormir. Estoy cansada.

—Lo sé, pero —miré alrededor sin saber qué hacer antes de suspirar derrotada—. Al menos duerme en tu cama. Dormir en el suelo es malo para ti.

Murmuró algo ininteligible que tomé como consentimiento, y me puse de pie.

La ayudé a levantarse, esperando que se apoyara en mí.

—Puedo hacerlo sola —dijo a la defensiva.

Sonreí, extendiendo una mano hacia ella.

—Lo sé —dije—. Pero quiero ayudar, y necesito que confíes en mí. ¿Puedes hacer eso?

Miró mi mano extendida durante un largo momento antes de tomarla con un gruñido agotado.

—Sí, lo que sea —murmuró, con las comisuras de los labios elevándose y delatándola. Pero no dije nada.

—Solo dime dónde está tu habitación —dije.

—Arriba por las escaleras —respondió.

Dudé, preguntándome cómo demonios la subiría por las escaleras sin que ninguna de las dos se lastimara.

—Está bien —resoplé—. Un paso a la vez, vamos.

Fue una subida dolorosamente larga, cada paso cuidadoso. Cameron se aferraba a mi cintura para apoyarse.

No podía negar que eso enviaba a las mariposas en mi estómago a un frenesí.

Llegamos a la cima de las escaleras, un poco sin aliento.

—Allí —bostezó Cameron, señalando la única puerta abierta en ese piso.

La ayudé a entrar y la senté en la cama. No encendí la luz, sabiendo por experiencia personal que era el equivalente a mirar al sol después de demasiado vino.

—Voy a traerte algo de agua antes de irme, ¿vale? La dejaré en tu mesita de noche.

Asintió, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarme. Sus dedos tiraron del borde de mi camisa, vacilantes.

Mi mirada cayó a sus labios, manchados de rojo por el vino, y tragué saliva. Deseaba poder besarla, deseaba poder acercarla a mí y no soltarla nunca.

Solté un suspiro tembloroso.

—¿Estás bien? —susurré.

Se dejó caer en la cama, su oscuro cabello extendiéndose alrededor de su cabeza como un halo.

—Suave —murmuró, quitándose las zapatillas y acurrucándose alrededor de su almohada.

No pude luchar contra el impulso y me senté en la cama a su lado, pasando mis dedos por su pelo.

—Descansa —le dije, viendo cómo sus párpados se volvían pesados con cada parpadeo.

Ella alzó la mano y agarró la mía, presionándola contra su mejilla.

—Gracias, Elliot —suspiró con satisfacción.

Mi corazón se encogió y sonreí aunque ella no pudiera verlo.

—Cuando quieras, Cameron.

21

Cameron

—¿Hay alguna razón por la que mi café está tardando tanto? —refunfuñé, con náuseas agitándose en mi estómago.

Entrecerré los ojos hacia la pantalla de mi ordenador, mientras el dolor palpitaba con un ritmo sordo e incesante en la parte posterior de mi cabeza.

Elliot entró por la puerta con aire despreocupado, llevando mi café y una pequeña bolsa en la mano.

—¿Te fuiste de compras mientras yo estaba sufriendo? —escupí, pero el cansancio se llevó el veneno, dejándome petulante y poco impresionada.

Elliot sonrió, colocando mi café en el escritorio y añadiendo edulcorante como siempre hacía.

—Sí, fui de compras —murmuró, manteniendo su atención en mi café.

Puso la taza frente a mí y abrió la pequeña bolsa.

—Te conseguí Aspirinas, algo de Gatorade de lima porque es el mejor sabor, y tu agua embotellada favorita.

Miré fijamente sus manos con el ceño fruncido, intentando desesperadamente calmar mi pulso acelerado.

—Te tomó una eternidad —dije, alcanzando las Aspirinas.

Ella rió suavemente, abriendo el Gatorade y ofreciéndomelo.

—¿Realmente crees que el sabor lima es el mejor Gatorade?

—Es una batalla por la que estoy dispuesta a morir —dijo impasible, con tanta seriedad en su voz que me hizo reír.

—No puedo decir que me sorprenda —suspiré, antes de tragar dos pastillas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada —me encogí de hombros, sonriendo ante la perplejidad que coloreaba su rostro.

Ella entrecerró los ojos e hizo un puchero, pero lo dejó así. Podría haberla estado molestando todo el día, pero miré el reloj, preocupada por los eventos del día.

—Sobre esas reuniones de la mañana... —comencé, pero Elliot me interrumpió.

—Moví tus reuniones de la mañana para esta tarde —dijo, abriendo su cuaderno—. Y el equipo de investigadores privados estará aquí en unos minutos. Solicité que solo viniera el investigador principal; no necesitamos a los cinco para que nos den una actualización.

Parpadeé, mi mente quedándose en silencio por un momento.

—¿Y qué hay de mi cita para el brunch con las chicas? —pregunté, preguntándome cómo lo manejaría.

Si pensaría que yo querría ir a pesar de mi desafortunada resaca.

—Reprogramada para mañana —respondió—. El equipo legal solicitó una fecha posterior para la adquisición de NazTech, así que tienes libre la media mañana.

—¿Llamaste a sus asistentes para informarles?

—Sí, todos sus calendarios han sido actualizados —dijo con calma, mientras mi corazón latía con fuerza en mi cabeza—. Te reunirás con ellas en el mismo lugar, a la misma hora mañana.

—Impresionante —concedí, tomando un sorbo de café. La cafeína recorrió mi sistema y sabía tan bien que podría haber llorado —. Entonces supongo que has solucionado el ritmo de caracol de Ricky para entregar las transcripciones.

—Bajé esta mañana para recoger los archivos yo misma —respondió, colocando un pequeño USB en mi escritorio—. He hecho una única copia en mi escritorio, pero este es el original.

—Hmm —fue todo lo que dije. Me quedé sin palabras porque esto era territorio desconocido para mí. Después de años gritando a asistentes que parecían no poder hacer nada bien, Elliot estaba haciendo las cosas antes de que yo pudiera siquiera pedirlas.

—El investigador principal debería estar aquí pronto —dijo, recogiendo los sobres vacíos de edulcorante y ordenando mi escritorio—. Lo haré pasar.

Y se marchó.

Miré fijamente la puerta durante un largo suspiro, ligeramente impactada.

No tuve mucho tiempo para quedarme asombrada, porque un minuto o así pasó antes de que Jared llamara a la puerta.

—Adelante —dije, sin molestarme en volver a mi ordenador.

—Buenos días, Srta. Pierce —dijo con una inclinación de su barbilla.

—Hola Jared, tome asiento.

—Gracias —dijo, sentándose en lo que se había convertido en la silla de Elliot.

—¿Y bien? —le insté, entrelazando mis dedos—. ¿Cuál es la actualización sobre el estado de las cosas?

Aclaró su garganta. Su pelo oscuro, veteado de blanco plateado, estaba perfectamente peinado hacia atrás.

—Pudimos identificar la dirección IP del ordenador que se utilizó para sustraer archivos del servidor —explicó, sacando una delgada carpeta de su maletín.

Me la entregó y la abrí.

—El ordenador no fue completamente borrado después de la transferencia, así que pudimos descubrir algunos de los archivos de caché residuales que quedaron.

Fruncí el ceño.

—Esto no puede ser correcto —murmuré, más para mí misma que para Jared.

—¿Disculpe, Srta. Pierce?

Miré a Jared y luego de nuevo al informe frente a mí.

—El ordenador que se utilizó para sustraer los archivos —dije, señalando el ID de usuario—. ¿Pertenece a Gina Brennan?

—Sí, Srta. Pierce.

Me quedé mirando el nombre, mi mente evocando su rostro. La investigadora del equipo de Ricky; la que me abordó en el ascensor...

—¿Están absolutamente seguros de que fue ella?

—No podemos estar seguros de eso todavía —corrigió, juntando sus manos en su regazo—. Pero estoy seguro de que se utilizó su ID de usuario.

—Muy bien —suspiré, con el dolor en mi cabeza latiendo más fuerte con esta revelación—. ¿Eso es todo?

—Por ahora —dijo con una mueca—, me temo que sí. La mantendremos informada sobre cualquier nuevo hallazgo.

—Incluya a Elliot —le dije, cerrando el archivo y dejándolo en el escritorio—. Ella está liderando la investigación interna.

—De inmediato, Srta. Pierce —dijo Jared, poniéndose de pie—. Hasta la próxima.

Asentí y él salió, dejándome desconcertada. ¿Estaba Gina detrás de la brecha? Si es así, ¿era ella quien filtraba información a nuestra competencia?

Dios, me dolía la cabeza.

—Necesitas beber más de esto —dijo Elliot, materializándose en mi oficina sin que me diera cuenta. Puso el Gatorade frente a mí y esperó.

—Necesito llegar al fondo de esta violación de seguridad —le rebatí, pero bebí de todos modos, aunque solo fuera porque realmente me hacía sentir mejor. Marginalmente.

—¿Hubo alguna pista útil? —preguntó, tomando asiento.

—El ID de usuario pertenece a Gina Brennan —le dije, bufando ligeramente—. Lo cual no tiene sentido considerando que ella estaba deseosa de ayudarme a acelerar la investigación.

—¿Gina? —repitió Elliot, con el labio curvado.

—¿La conoces? —pregunté, inclinándome hacia adelante y deteniéndome de inmediato cuando la habitación giró—. ¿De investigación y desarrollo?

—Sí —Elliot frunció el ceño, y fue la primera vez que vi el desdén estropear sus suaves rasgos—. Hablamos un poco.

De acuerdo, entonces.

—¿Qué piensas? —insistí—. ¿Crees que está detrás de esto?

Elliot apretó sus labios pensativa, sus brillantes ojos duros.

—Parece un poco demasiado conveniente, ¿no crees? —reflexionó—. No la conozco lo suficiente para decirlo con seguridad, pero simplemente se siente extraño.

—¿Corazonada? —pregunté.

Ella asintió, sus ojos preocupados.

—Entonces seguiremos investigando hasta que estemos seguras —dije simplemente.

Ella levantó la mirada, una suave sonrisa bailando en sus labios.

—¡Oh! —dijo de repente, mirando su teléfono mientras vibraba en su mano—. La Srta. Jones está aquí.

—Oh Dios, ¿por qué? —gemí.

Su risita la siguió al salir, solo para ser reemplazada por la explosión de energía de Hayden.

—¿Con resaca un jueves, Cameron? —me regañó burlonamente, cayendo con gracia en el sofá al final de mi oficina—. Tsk tsk, deberías saber que eso no se hace.

Elliot rió suavemente.

—Le traeré un café, Srta. Jones —dijo dulcemente, desapareciendo por la puerta.

—Esa es mi pequeña estrella —dijo Hayden con aire caprichoso —. Estoy un poco celosa, para ser honesta. Tú tienes una asistente increíble que incluso te ayuda a superar tus resacas. Mientras tanto, yo estoy esclavizada porque mi asistente decidió casarse. Pobre de mí.

—Sí —dije con voz arrastrada—, pobre de ti. ¿No tienes un novio para ese tipo de cosas?

—¿Quién? ¿Stefan? —se burló, agitando una mano indiferente hacia mí—. Sabes que nunca iba a ser a largo plazo.

—¿No se llamaba Demetri? —fruncí el ceño.

Ella hizo un puchero. —¿Importa?

—No, supongo que no —me reí—. ¿Fue malo esta vez?

Hayden se echó sus largas trenzas sobre el hombro. —Más o menos como siempre —suspiró.

Podía oír la tristeza en su voz.

—Pero estoy acostumbrada.

Me levanté de mi asiento, ignorando las náuseas ardientes en mi estómago, y me senté a su lado.

—Lo siento —dije en voz baja, apretando su mano en la mía. No estaba segura de qué más decir; Hayden raramente estaba en desventaja en las relaciones.

—No te preocupes por mí —dijo con una sonrisa. Me dio una palmadita en el dorso de la mano—. Estaré bien.

—Aquí tienes.

—Ahora estoy aún mejor con café —exclamó, su chispa volviendo en un instante—. Mmm, huele divino, Elliot.

Elliot se quitó un sombrero invisible con una sonrisa, sus ojos desviándose hacia mí.

—¿Has terminado tu...? —miró hacia mi escritorio, viendo la botella de Gatorade relativamente llena con los labios fruncidos. Marchó hacia allá, agarrando la botella y regresando, extendiéndomela—. Necesitas más de esto.

Prácticamente podía *oír* la sonrisa de deleite de Hayden extendiéndose por su cara. Con un suspiro, tomé la botella e hice un espectáculo de dar un sorbo.

La preocupación de Elliot se transformó en una sonrisa satisfecha, y me odié por la alegría que se filtró en mis venas.

—Saldré a la hora del almuerzo para conseguir más —dijo, sacando su teléfono para tomar notas—. Y recogeré tu pedido habitual de camino de vuelta. Tu próxima reunión es a las dos, así que tendrás tiempo suficiente para *no* mirar tu pantalla durante al menos una hora.

Asentí, con las palabras atrapadas en mi garganta.

—Estaré abajo con I+D por media hora —dijo, mirando entre Hayden y yo—. Por favor, asegúrese de que se rehidrate, Srta. Jones.

Con un gesto impresionado, Hayden me dio un fuerte codazo, provocándome un dolor punzante en las costillas.

—*Ay*, Cristo, ¿*quieres* que vomite sobre ti?

—Oh, es buena —rió Hayden, maravillada—. Te tiene completamente descifrada, Cam. Dios, soy buena. Tal vez debería considerar ampliarme a recursos humanos.

—Tuviste suerte —le corregí—. Y Elliot es aparentemente tan terca como yo.

—Supongo que nuestro pequeño trato se cancela, ¿entonces?

—¿Qué trato? —me burlé, antes de recordar—. El evento fue un éxito rotundo. Incluso si no lo hubiera sido, habría mantenido a Elliot por más de seis meses. Es una gran incorporación para la empresa.

—Para la empresa —se burló, riéndose de mí—. Creo que eres demasiado tímida para admitir lo buena que es manejándote.

—Ella no me *maneja*, Hayden —espeté, con el calor inundando mis mejillas—. No soy una niña caprichosa que necesita una cuidadora.

—Por supuesto —se rió, dándome palmaditas en la cabeza consoladoramente—. Eres una niña grande que puede curar su resaca por sí misma.

Apreté los labios, obstinada y avergonzada porque *sí* necesitaba a Elliot. Solo deseaba que Hayden no lo hiciera tan obvio.

—Esto es diferente —argumenté.

—No solo consiguió algunos suministros —continuó Hayden, sin inmutarse por el rubor que se extendía por mis mejillas—. También despejó tu agenda Y movió nuestra cita para el brunch. Hablando de cuidados en el lugar de trabajo.

—Simplemente tienes que hacer que todo suene como una insinuación, ¿verdad? —gemí, tomando malhumorada un sorbo del Gatorade. Hice una mueca ante el sabor, dejándolo de nuevo en la pequeña mesa frente al sofá.

Los ojos de Hayden perforaron un agujero en mi cráneo. —¿Qué pasa ahora? No te gusta el sabor lima —señaló, mirando la botella, y luego volviendo a mirarme.

—Sí, ¿y?

—Lo estás bebiendo de todos modos.

Mi cara se arrugó confundida. —¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Lo tienes mal, amiga.

—Vas a ser escoltada fuera por seguridad si no te callas —gruñí.

Hayden echó la cabeza hacia atrás, con una carcajada resonando en la oficina. —Solo estoy feliz por ti, Cam —dijo—. Ha pasado demasiado tiempo y mereces ser feliz.

La miré, tratando desesperadamente de aplastar la esperanza naciente en mi pecho.

—Gracias, Hayden.

22

Elliot

Mi pierna rebotaba ansiosamente. El ruido de la televisión se desvanecía en segundo plano mientras hacía una lista mental de todas las cosas que tenía que hacer mañana.

—¿Podrías *por favor* dejar de sacudir todo el sofá? —se quejó Reese—. Estoy tratando de prestar atención, pero estás ahí iniciando un maldito incendio.

—Mierda, lo siento —murmuré, subiendo mi pierna al sofá—. Solo tengo muchas cosas en mente.

Reese hizo una mueca, pero Noah le dio unas palmaditas suaves en el muslo y ella volvió a mirar la televisión sin regañarme.

—Ven conmigo —dijeron en voz baja, señalando hacia la cocina.

Me levanté y les seguí, mis pensamientos volviendo a la investigación en el trabajo. Jared debería informar nuevamente la semana siguiente, y yo tenía que investigar la conexión con Gina.

Su rostro apareció en mi mente, junto con su desagradable línea de preguntas. No quería señalar con el dedo pero...

—Veamos —dijo Noah, abriendo la puerta del refrigerador—. Refrescos con alcohol, refresco, agua, ginebra...

—Solo agua —dije rápidamente—. Tengo trabajo mañana y no puedo darme el lujo de estar vomitando por tus hábitos de bebida.

Noah se rio, agarrando la jarra de agua helada del refrigerador.

—No eres divertido —bromearon—. Antes salíamos de fiesta todo el tiempo. ¿Cuándo te volviste tan viejo?

—Cuando empecé a ser responsable de la jornada laboral completa de otra persona.

—Es justo.

Noah sacó dos vasos y los llenó con agua helada, entregándome uno.

—Gracias —dije agradecido, tomando un largo trago de agua.

—Ahora —dijeron, saltando sobre la encimera y mirándome seriamente—. ¿Hay algo con lo que necesites ayuda? Últimamente estás muy preocupado. Reese está inquieta por eso.

Me reí entre dientes. —Reese está inquieta por todo —bromeé—. Es lo suyo.

—Y evitar el problema es lo tuyo —replicaron.

Me agarré las perlas inexistentes en fingida indignación.

—He vivido con ustedes dos el tiempo suficiente.

—Es justo. Solo tengo muchas cosas que necesito hacer. —Suspiré—. Y no hay suficientes horas en el día.

—¿Así que es solo gestión del tiempo? —aclaró Noah. Asentí—. ¿Nada más que podría estar interfiriendo?

—Soy perfectamente capaz de controlarme alrededor de mi jefa, Noah —insistí, pero el calor en mis mejillas decía lo contrario.

—No estaba insinuando que no pudieras, El —dijo Noah suavemente—. Te he visto cuando estás concentrado; eres imparable. Pero también sé que tiendes a olvidar que necesitas descansar. Ya sabes, como los fines de semana.

Solté un suspiro, dejando mi vaso sobre la encimera. —Es más fácil decirlo que hacerlo. —Fruncí el ceño—. Si hubiera una manera de hacer las cosas *y* descansar, lo haría. Pero una de esas cosas tiene que quedarse en el estante superior por un tiempo, y no puede ser el trabajo.

—Estás en camino directo a convertirte en un adicto al trabajo —reflexionó Noah, negando con la cabeza.

—Pero los días de Cameron se están volviendo manejables —argumenté—. Y ese es el objetivo principal de este trabajo.

—Eres incorregible —se quejó Noah—. Necesitas hacer las cosas una tarea a la vez; deja de amontonar montones de mierda en tu plato a la vez.

—Puedo intentarlo —dije—. Es lo máximo que puedo prometer. Hay tantas cosas sucediendo con la investigación y cada dos días estamos adquiriendo una nueva empresa. A veces siento que si dejo de respirar por un segundo, me quedaré atrás.

—No me sorprende que te sientas así, por eso necesitas dar un paso atrás. Objetivamente.

—A sus órdenes, Capitán. —Solté una risa débil, haciendo una mueca ante mi propio intento de humor—. Gracias, Noah.

—No hay de qué. —Sonrieron, bajándose de la encimera—. Ahora, ¿qué apostamos a que Reese se quedó dormida después de hacer tanto alboroto por el programa?

—Oh, acepto la apuesta.

—Sí, eso será perfecto. Gracias.

Colgué y taché otra tarea de mi lista, confirmando la prueba de vestuario programada para Cameron la semana siguiente.

—Bien —susurré—. A continuación, necesito...

—¿Elliot? —llamó Cameron—. ¿Podrías venir aquí un momento?

Me levanté de un salto, confundido porque me hubiera pedido que entrara cuando nunca lo había hecho antes. Agarré mi cuaderno.

—¿Sí, señorita Pierce?

Me lanzó una mirada poco impresionada, pero no me corrigió. —Toma asiento —dijo en su lugar—. Necesitamos hablar sobre tu horario.

—¿Mi horario? —repetí como loro, con las cejas fruncidas. Me senté y abrí mi libro en la última página, apuntando rápidamente una nota para comprar uno nuevo.

—Te estás exigiendo demasiado —dijo Cameron—. Tus horas son atroces, y estás en la oficina antes que nadie.

—Sí, señorita Pierce —respondí. *Por supuesto* que llegaba temprano. Había tanto que hacer.

—Necesitamos reducir tus horas.

Mi corazón se me subió a la garganta y abrí la boca para protestar, pero ella levantó una mano.

—No está sujeto a debate —dijo secamente—. La única razón por la que lo estoy discutiendo contigo es porque necesitamos acordar tus horas.

—Mis horas no son tan extremas, señorita Pierce —insistí, haciendo rebotar ansiosamente el bolígrafo en mi mano—. Y hay tantas cosas que necesitan atención. No podría reducir mis horas.

—Por eso *yo* lo estoy haciendo en su lugar. —Sonrió con suficiencia.

Fruncí el ceño, buscando una respuesta.

Si reducía mis horas, eso significaba que ella pasaría menos tiempo con mi ayuda.

La única opción era obvia. —Entonces tengo una condición.

Sus cejas se dispararon hacia su línea del cabello, pero sonrió más ampliamente. —Veamos, entonces.

Tomé aire, enderezando los hombros. —Aceptaré reducir mis horas —dije con calma—. Si tú haces lo mismo.

Su sonrisa vaciló, pero mantuve mi posición.

—¿Si yo hago qué? —preguntó—. ¿Reducir mis horas?

—Sí —dije simplemente—. De esa manera, habrá un mejor equilibrio de horas trabajadas, y no tendré que preocuparme por lo que pueda suceder cuando termine mi jornada.

—No sé si puedo estar de acuerdo con eso —dijo Cameron lentamente—. Hay demasiadas cosas que necesito supervisar personalmente.

—Entonces entiendes por qué yo tampoco puedo estar de acuerdo —le dije.

Soltó un suspiro exasperado, reclinándose en su silla de oficina.

—Deberías estar en negociaciones —reflexionó para sí misma.

Mantuve mi expresión impasible.

—Bien. Reduciré tus horas de acuerdo con las mías. ¿Satisfecho?

—Impecablemente —bromeé, mostrándole una sonrisa radiante —. ¿Debería modificar tu horario mientras hablamos de ello?

Me miró, sus ojos oscuros indescifrables, la más pequeña curvatura en sus labios revelando su diversión.

—Eres único en tu especie. —Finalmente se rio—. ¿Dónde demonios te encontró Hayden?

El calor se deslizó por mis mejillas y agaché la cabeza, tratando de ocultar mi sonrojo.

—Muy bien —dijo bruscamente—. Empecemos, entonces.

—Esto es ridículo —se quejó Cameron, su pie rebotando impacientemente.

Me tragué la risita que amenazaba con escaparse, centrándome en el calendario frente a nosotros.

—Todavía puedes ir al gimnasio al amanecer —dije, notando el gesto en sus labios antes de que pudiera ocultarlo—. Pero entonces tienes que salir de la oficina antes de las cinco de la tarde.

—Pero es cuando llegan las tareas más importantes —argumentó.

—Las cuales podemos abordar al *día siguiente*.

—¿Qué pasa si es algo urgente?

—Señorita Pierce...

—*Para* con esa mierda de "señorita Pierce". —Suspiró, pellizcándose el puente de la nariz entre dos dedos—. Me está volviendo loca.

No sé qué se apoderó de mí en ese momento, pero mi sonrisa socarrona se amplió hasta convertirse en una enorme mueca burlona.

—Sí, jefa.

—Oh, Dios, eso es aún peor.

No pude evitar la burbuja de risa que brotó de mí y traté de sofocarla con una mano antes de que Cameron pudiera enfadarse.

—Lo siento. —Me reí—. No pude evitarlo.

—Me di cuenta —señaló, mirándome con severidad. Pero sonrió de todos modos, apartando la mirada.

—¿Entonces estamos de acuerdo en la salida a las cuatro y media?

—Bien. Jesús, ¿cómo voy a conseguir hacer algo? —gimió—. Tendré que reducir el brunch a una reunión bimensual a este ritmo.

—Eso es muy dramático —bromeé—. Ya me he encargado de ello; a cambio de un horario de salida más temprano, le pedí a Dana que se hiciera cargo de tus reuniones preliminares en todas las adquisiciones a partir de ahora. Solo necesitarás involucrarte durante las etapas finales, una vez que todo esté resuelto legalmente.

—*Odio* eso —murmuró—. ¿Y si la adquisición no vale la pena?

—Por eso Dana está interviniendo —expliqué suavemente. Dana era la socia comercial de Cameron y había trabajado con ella durante más de quince años. Tenía toda la confianza de Cameron—. Seguirás aprobando cada movimiento comercial, simplemente no estarás físicamente presente en cada paso del camino.

Soltó otro suspiro y ajusté mi asiento, mi espalda comenzaba a doler por estar sentado durante tanto tiempo.

—Podríamos trasladar tu escritorio a mi oficina definitivamente —bromeó Cameron, y yo solté una risita un poco histérica. La idea de estar en la misma habitación que Cameron todos los días, sin una puerta detrás de la cual esconderme era... inquietante.

Y emocionante.

—Por supuesto. —Me reí, aclarándome la garganta.

Ella murmuró y negó con la cabeza, volviendo al asunto.

—¿Y qué hay de esta investigación? —preguntó—. Esta es una prioridad absoluta, y necesita seguir siéndolo.

—Solo tratarás con los investigadores privados, y solo con Jared a partir de ahora —le dije—. Y sus informes serán enviados por correo electrónico o entregados a través de reuniones virtuales.

—Todo esto parece demasiado fácil —murmuró, su frente arrugada con desagrado—. Algo tiene que ceder, Elliot. Seré honesta, he estado haciendo esto casi toda mi vida, y nunca he frenado el ritmo, porque *no puedo*.

—Corrección —insistí—. *No podías* antes de ahora. Voy a asegurarme de que puedas. Pero necesito que confíes un poco en mí.

Mis mejillas se calentaron, recordando la última vez que le había pedido que confiara en mí.

Flashes de sus mejillas sonrosadas y su ceño fruncido y petulante llegaron a mi mente, y mi estómago se retorció en respuesta.

—Confío en ti —dijo finalmente.

Levanté los ojos abiertos hacia los suyos.

—No te veas tan sorprendido. No seguirías aquí si no confiara en ti.

Sonreí y agaché la cabeza nuevamente.

Tomó demasiado tiempo, pero al final del día ambos teníamos horarios completamente nuevos, para disgusto de Cameron.

—Funcionará —le prometí, empacando mis cosas.

Ella se colgó su bolso al hombro, mirando furiosamente el reloj. —Esto se siente ilegal —murmuró infelizmente—. El sol todavía está fuera.

—Así que puedes ir a dar un paseo por algún lugar agradable —sugerí encogiéndome de hombros. Metí mi cuaderno desbordante dentro de mi bolso, luchando por cerrarlo—. O simplemente podrías desplomarte en el sofá y tomar una siesta. Sin vino esta vez, eso sí.

Ella bufó, su sonrisa suave. —Me arrepiento de haber dejado mi portátil en la oficina ese día.

Lo dijo en broma, pero hubo una pequeña punzada en mi pecho, el más mínimo temor de que tal vez estuviera diciendo la verdad.

—¿De verdad? —pregunté, tratando de sonar indiferente.

Ella se volvió hacia mí, sus ojos oscuros brillando. —No, Elliot. No me arrepiento.

Llegué al trabajo al día siguiente, solo unos minutos antes de lo que debía. Dejé caer mi bolso en el escritorio, golpeando algo.

—¿Qué dem...?

Recogí el libro desconocido y lo abrí, mirando confundido las páginas vacías.

Un pequeño trozo de papel flotó hasta el escritorio y lo recogí, sintiendo un hormigueo cálido en el pecho.

Ya que te niegas a usar una tablet como el resto de nosotros.

No llenes este demasiado rápido.

x Cam.

23

Elliot

En el momento en que puse un pie en la oficina después del almuerzo, las paredes se cerraron a mi alrededor.

Casi por instinto, mis hombros se encogieron defensivamente mientras cada par de ojos en las cercanías seguía mis apresurados pasos.

Una losa de hielo se deslizó en mis entrañas e intenté convencerme de que estaba exagerando, que solo era mi ansiedad engañándome. Presioné el botón del ascensor demasiadas veces, mi respiración un poco irregular con toda la atención centrada en mí.

Finalmente, las puertas se abrieron y entré rápidamente, presionando frenéticamente el botón de "cerrar puertas". Solo unos segundos más y estaría sola, y podría respirar-

—¡Detén el ascensor!

Me tragué mi desesperado gemido de frustración cuando una mano se deslizó entre las puertas justo antes de que se cerraran. Se abrieron de nuevo.

—¡Elliot! Qué casualidad verte —dijo Gina, con una sonrisa de gato de Cheshire en su rostro—. Esperaba encontrarme contigo hoy.

—Hola Gina —respondí, menos entusiasta. Agarré la correa de mi bolso, retorciéndola con ambas manos.

—Me sorprende que hayas venido hoy —comentó ella, examinando sus uñas mientras hablaba—. Después de lo que todos han estado diciendo, ya sabes.

Me volví para mirarla lentamente.

—¿Y qué sería eso?

—¿Oh, no te has enterado? —Hizo un puchero, y Dios, quería gritar—. La gente ha estado hablando de ti. Y de la señorita Pierce.

Mi corazón se desplomó hasta el fondo de mi estómago, el hielo en mis entrañas extendiéndose por mis extremidades y adormeciendo mis dedos.

—¿De qué hay que hablar? —pregunté, esperando sonar indiferente. En cambio, mi voz tembló, revelando el pánico que

crecía en mí.

—De que tú y ella están, ya sabes, follando. —Soltó una risita, como si fuera lo más divertido que hubiera escuchado jamás. El aire abandonó mis pulmones en un suspiro tembloroso.

Oh, Dios.

El ascensor sonó anunciando su llegada al piso de I+D, las puertas abriéndose para dejar salir a Gina.

—Ay, esperaba que pudiéramos charlar más —se quejó—. Supongo que tendré que esperar. ¡Nos vemos!

Salió caminando, con la barbilla alta y los hombros erguidos.

Como si no acabara de destruir mi mundo.

Las puertas se cerraron de nuevo y el ascensor subió hasta mi piso. Pero yo permanecí inmóvil, con los oídos zumbando y el corazón golpeando contra mis costillas.

Entonces, de repente, el pánico desbordó y envió oleadas de miedo que me atravesaron.

Entré en acción, caminando rápidamente hasta mi escritorio y agarrando mis pertenencias. Las metí en mi bolso, sin importar si se rompían o dañaban. Mis manos revoloteaban inútilmente sobre mis cuadernos, tanto los viejos como los nuevos, en guerra conmigo misma.

¿Debería dejarlos para la próxima asistente?

Me estremecí.

Mi reemplazo, pensé. Y sería otra decepción más para Cameron.

Pero quedándome aquí, solo sería un recordatorio. Un error flagrante que Cameron no merecía soportar.

—¿Qué estás haciendo?

Mi cabeza se levantó de golpe, con los ojos muy abiertos y llenos de vergüenza ardiente.

Las cejas de Cameron se fruncieron con confusión mientras caminaba hacia mí, la confusión rápidamente convirtiéndose en preocupación cuando una única lágrima se deslizó por mi mejilla.

—Oye, ¿qué está pasando? —insistió, su mirada cayendo sobre mis cosas empacadas—. ¿Te... vas?

Solo pude asentir, evitando sus ojos a toda costa. Me limpié la lágrima, sintiéndome patética.

—¿Por qué?

Me mordí el interior de la mejilla con fuerza.

Odiaba la traición y el dolor en sus palabras y me odiaba a mí misma por ponerlos ahí.

—Solo, eh, tengo que irme —logré decir, buscando torpemente las correas de mi bolso—. Tengo que hacerlo.

—No —dijo Cameron, severa e inflexible. Estaba lista para suplicarle que no insistiera—. Vas a decirme qué demonios está pasando. Todo estaba bien justo antes del almuerzo. ¿Qué. Pasó?

Las últimas dos palabras fueron pronunciadas lentamente, ásperas y tensas.

Tomó las correas de mi bolso de mis dedos temblorosos y colocó mi bolso sobre mi escritorio, sin apartar los ojos de mi rostro.

Mis labios se sellaron y negué con la cabeza.

Con un suave suspiro, extendió su mano, sosteniendo suavemente mi barbilla entre su pulgar e índice.

Eso solo hizo que mi pecho doliera más.

—Elliot —me instó, su voz tan suave como sus dedos. Lo suficientemente suave como para doler—. ¿Qué está pasando?

Mis hombros cayeron, doliendo bajo el peso repentino de los rumores y, bueno, todo lo demás.

—Hay rumores —susurré, con la mirada fija en el botón superior de su blusa de seda oscura—. Sobre nosotras.

—¿Rumores? —repitió, con los labios fruncidos—. ¿Sobre tú y yo?

—Sí —suspiré.

—¿Qué tipo de rumores?

La miré, frustrada porque incluso preguntara tal cosa.

¿No era obvio?

—Del peor tipo —murmuré, con la garganta apretada.

Ella frunció el ceño, mirando a un lado pensativa. —¿Que te hago trabajar gratis?

—Cameron, *por favor* —supliqué, hipando a través de un sollozo mientras otra lágrima se escapaba—. ¡Esto es serio!

—Vale, vale —cedió, la sonrisa curvando las comisuras de sus labios con suavidad—. Hay rumores de que estamos durmiendo juntas, ¿verdad?

Asentí.

—¿Y por qué sería ese el peor tipo de rumor?

—Porque no valgo la pena para que pierdas tu imperio —admití, las palabras apenas por encima de un susurro.

—¿Por qué demonios dirías algo así?

—Porque es cierto —murmuré, luchando por componerme. Pero su voz era tan tranquila, su mano tan suave—. Has trabajado tan duro por todo esto, y yo no valgo el riesgo de perderlo.

—Elliot, ¿por qué piensas que no vales el riesgo?

La vergüenza y el arrepentimiento ardieron en mi interior, y miré a Cameron, a su expresión sin reservas.

Y recordé la noche en que se abrió conmigo y depositó su fe en mí, aunque un poco achispada.

Era injusto mentirle u ocultarle la verdad.

—Cuando era pequeña —comencé, apoyándome en mi escritorio para sostenerme—, mi padre era quien se quedaba en casa y me cuidaba. Mi madre era... increíble. Era una importante abogada que estaba a punto de convertirse en socia de su firma.

Tomé una respiración profunda y temblorosa.

—Pero mi padre enfermó —dije, con el pecho retorciéndose—. Y cuando murió, no tuve a nadie que me cuidara. Mi madre lo intentó, pero ella... no creo que alguna vez disfrutara siendo mi madre. Lo odiaba.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Cameron, con voz queda.

—La escuché hablando por teléfono una vez —le conté—. Estaba hablando sobre lo mucho más emocionante que era su trabajo. Tener que hacer tareas básicas conmigo era aburrido en comparación.

El rostro de Cameron era una máscara de ira y dolor, y desvié la mirada nuevamente.

—Por eso. —Hipé—. Por eso tengo que irme. Porque nunca podría darte la vida que quieres. Una vida simple conmigo nunca sería suficiente.

El silencio se filtró en la habitación, en el pequeño espacio entre nosotras, y no pude levantar la mirada.

Conté los latidos inestables de mi corazón, los segundos derritiéndose en minutos hasta que susurré: —Por favor, di algo.

Cameron inspiró y exhaló. —No estoy muy segura por dónde empezar, la verdad.

Asentí una vez, lista para aceptar que yo tenía razón, aunque me partiera el corazón en dos.

—Primero, antes de decir cualquier otra cosa... Elliot, mírame, por favor.

Levanté la cabeza, con los hombros tensos.

—Merecías mucho más de tu madre —dijo, tomando mi rostro entre sus manos—. Debes haber pasado por tanto sola, especialmente después de que tu padre falleciera. Pero hay algo que necesitas entender: no sé qué haría sin ti.

—Entrenaría a mi reemplazo —interrumpí—. Nunca te darías cuenta de que me f-

Los labios de Cameron eran suaves sobre los míos, robándome el aire de los pulmones y las palabras de la lengua.

Se apartó demasiado pronto, pero sus ojos brillaban, y el nudo en mi pecho se aflojó un poco.

—Eres asombrosamente terca —reflexionó, las puntas de sus pulgares acariciando las mejillas de mi rostro—. No me refiero como asistente. Eres mucho más que una asistente, Elliot.

Mis cejas se fruncieron y ella suavizó la hendidura entre ellas con la yema de su pulgar.

—No te veas tan confundida. —Cameron se rio—. Lo que tenemos, lo que está comenzando entre nosotras, no dejaré que nadie lo arruine. Y tú no eres un riesgo. No para mí, y ciertamente no para mi "imperio", como tú lo llamas. ¿Entendido?

Mis labios se separaron, temblando e inseguros.

Pero mi corazón palpitaba en mi garganta, mis ojos vidriosos mientras asentía una vez.

Porque ¿qué podía decir a eso?

Mi pánico todavía se enroscaba alrededor de mi caja torácica como enredaderas espinosas, mis respiraciones apenas pequeñas bocanadas de aire. Pero las palmas de Cameron estaban cálidas en mis mejillas.

Y quizás todo estaría bien.

—Vamos —dijo Cameron, entrelazando sus dedos con los míos y llevándome a su oficina.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, frunciendo el ceño mientras cerraba la puerta con llave detrás de ella y se volvía hacia mí.

—La duda en tus ojos —dijo, asintiendo hacia mí—. Me molesta porque tengo la sensación de que sigues cuestionando esto. Siéntate.

Tomé asiento en los lujosos cojines del sofá de su oficina, con las rodillas apretadas. Ella se sentó a mi lado, apartando un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—Significas más para mí —dijo, besándome suavemente—, que una asistente.

Me acercó más, mi falda deslizándose fácilmente sobre el suave cuero del sofá, sus dedos recorriendo mi cabello frenéticamente. Besó mi mejilla y la comisura de mi boca, sus labios suaves pero urgentes, y me quedé sin aliento.

Le creí. Creí en el silencioso afecto de sus murmullos, en la necesidad que bailaba en sus palmas.

Cameron me recostó, mi espalda amortiguada, una de sus manos posesiva en mi muslo interno.

—¿Puedo mostrártelo?

Mi corazón revoloteó.

Asentí, fallándome la voz.

La mano en mi muslo subió, sus dedos ligeros como plumas sobre mi piel febril mientras me besaba hasta dejarme sin aliento.

Sus labios se deslizaron hacia mi mandíbula, su respiración caliente levantando piel de gallina a raíz de sus besos.

Mi cabeza daba vueltas, el pánico y el dolor derritiéndose con cada roce de sus labios, hasta que yacía dócil en sus brazos.

Subió mi falda, su tacto perezoso.

Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Como si el tiempo se doblegara a su voluntad.

No tenía duda de que lo haría, de la misma manera que yo lo hacía.

Felizmente, sin dudas y serena.

Mordió moretones púrpura en la piel de mi garganta mientras sus dedos se enganchaban en mi ropa interior, arrastrando el suave encaje hacia abajo, abajo, abajo.

Levanté mis caderas con un gemido sin aliento, el calor hormigueando a lo largo de mis extremidades y enroscándose en mis entrañas.

Mis ojos se cerraron con anticipación, y solo pasó un momento, ropa susurrando, antes de que la punta de la lengua de Cameron se sumergiera entre mis pliegues.

Gemí lastimosamente.

Con las mejillas ardiendo, presioné mis manos contra mi boca, tratando de ahogar los patéticos sonidos que se escapaban. Pero Cameron murmuró, alcanzándome y entrelazando sus dedos con los míos.

—Más —dijo, con voz baja, presionando un beso en mi muslo interno—. No te escondas.

Su lengua giró alrededor de mi clítoris, succionando el botón hasta que las estrellas estallaron detrás de mis ojos. Tartamudeé un quebrado —O-oh —con la cabeza presionada contra el cojín.

Cada pasada de su lengua me empujaba más hacia el delirio, mis dedos apretando los suyos con demasiada fuerza. Pero ella no se quejó.

Los músculos de mi abdomen temblaban de placer, mis caderas moviéndose impacientemente, esa cresta *tan jodidamente cerca* pero Cameron se tomó su tiempo.

Su lengua lamió mi vagina con hambre, su respiración tan caliente que pensé que me desmayaría. Cada embestida de su lengua era lenta, sus labios resbaladizos con mi excitación.

—Cameron —me quejé, anudando mi mano libre en la suave tela de su chaqueta.

Había algo tan *malo* en ello: la tela de mi falda amontonada sobre mis caderas, mi ropa interior de encaje atrapada alrededor de uno de mis tobillos, mientras su traje permanecía perfectamente impecable.

Era eufórico, me di cuenta con un débil gemido.

Empujó una de mis rodillas hacia arriba y la vergüenza inundó mis mejillas. Tan expuesta, tan abierta.

Forcé mis ojos a abrirse y miré hacia abajo, la visión enviando una ola de placer a través de mí.

Cameron se pasó el pelo sobre uno de sus hombros, la longitud oscura casi oculta por el negro de su chaqueta. Su lengua enterrada dentro de mí, arrancándome gemidos urgentes y desesperados.

Y sus ojos.

Enfocados en mí, ardiendo con deseo y algo más caliente.

Era demasiado. Demasiado, demasiado...

—Jo-oder, oh Dios mío —sollocé, gemidos entrecortados mezclándose con suspiros sin aliento mientras mi visión se volvía blanca.

No se detuvo, su lengua masajeando mi clítoris mientras yo pasaba por mi clímax. Mis muslos temblaban, el placer crepitando a través de mí mientras disminuía lentamente.

Finalmente se apartó y la pérdida de su calor arrancó un gemido infeliz de mis labios temblorosos.

Luché por recuperar el aliento pero Cameron estaba allí, presionando sus labios contra los míos, su lengua lamiéndome la boca dulcemente.

Como si no saboreara a mí.

Hipé, mi corazón aún acelerado, sus dedos acariciando mi clítoris hinchado.

—Nadie nos va a quitar esto —susurró, antes de besarme de nuevo.

Le creí.

24

Cameron

—No tardaré mucho.

Elliot se quedó en el umbral de mi oficina, con una mano en el marco de la puerta.

Llevaba el cabello recogido hacia arriba, retorcido en un moño en lo alto de su cabeza. Se había quitado la chaqueta, y la suave tela de su blusa caía sobre sus hombros como seda.

Me sacudí de mis pensamientos y me concentré en ella.

—No hay prisa —le dije a Elliot, con una sonrisa suave en mi rostro—. Solo tengo algunas cosas que necesito resolver aquí antes del almuerzo.

Elliot dudó justo fuera de la puerta de mi oficina, conflictuada.

—¿Estás segura de que no quieres que yo...

—Puedo manejarlo —la interrumpí, mi voz para nada tan cortante como solía ser—. Ve, no querrás llegar tarde al almuerzo.

Con solo un atisbo de confusión brillando en sus ojos, se marchó, un pequeño huracán saliendo de la oficina.

Suspiré, esperando unos momentos para asegurarme de que había abandonado la oficina antes de tomar el teléfono de mi escritorio y marcar a Recursos Humanos.

—Reúna a los jefes de departamento y al equipo directivo en el auditorio principal —dije al receptor, desplazándome por la lista de empleados que RRHH me había enviado temprano por la mañana—. Y asegúrese de que mi correo electrónico circule por toda la empresa antes de las once y media.

—Sí, Sra. Pierce —dijo Cynthia—. Estarán listos en cinco minutos.

Colgué y me puse de pie, enderezando mi chaqueta, y salí.

Como había prometido, Cynthia había reunido a todos los jefes de departamento y a los equipos directivos en el auditorio. Se miraban entre sí con confusión, sus murmullos apagándose cuando entré en la sala.

—Todos saben que odio perder el tiempo —dije, mi voz llegando a cada rincón del auditorio—. Y sin embargo, aquí estoy, perdiendo

tiempo en algo tan trivial como rumores juveniles sobre mí.

El silencio se tornó gélido por el temor, y sonreí con suficiencia.

Todavía me emocionaba después de todo.

—Como ninguno de ustedes es capaz de poner fin a comportamientos infantiles, lo haré yo —exclamé—. Los rumores que circulan por la oficina se refieren a Elliot, mi asistente, y a mí. Me gustaría aclarar las cosas.

Hubo un susurro de emoción, el tipo de susurro que esperaba por chismes.

Sonreí.

—Lo que ocurra entre mi asistente y yo no es asunto de nadie más que nuestro —dije, palpando su decepción—. Imagino que todos están ansiosos por algunos detalles jugosos, pero me gustaría recordarles que es *mi* firma la que aparece al final de sus nóminas. Y si me entero de que estos rumores siguen circulando, tendrán que preocuparse por algo más que solo sus empleos.

Sin decir otra palabra, salí, ignorando los siseos de sorpresa y enfado que me siguieron.

Mi pecho se hinchó de satisfacción, feliz de poder defender a Elliot como ella lo había hecho por mí en muchas ocasiones.

—¿Sra. Pierce?

Me giré, sintiéndome particularmente arrogante, y encontré a Cynthia. Sus rizos apretados rozaban la parte superior de sus mejillas, sus gafas demasiado grandes para su cara y resbalando por su pequeña nariz.

—¿Qué sucede?

—La Junta Directiva ha solicitado que se reúna con ellos en la sala de conferencias —dijo temblorosamente—. En la sala de conferencias A.

Con un suspiro de resignación, asentí.

Ya me había preparado para su ira.

La sala de conferencias estaba en silencio, cargada de tensión.

Entré, irreverente, sin molestarme en saludar a ninguno de los hombres sentados alrededor de la mesa ovalada.

—Ahí estás, Cameron —dijo Ron, con voz baja y decepcionada—. Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué? —pregunté innecesariamente, con los brazos cruzados sobre el pecho. No quería que pensaran que tenían ventaja, ni que pensaran que cualquier cosa que tuvieran que decir me afectaría.

—Los rumores de tu, eh —Ron hizo una pausa, como buscando las palabras adecuadas—, enredo con tu asistente.

—Una elección audaz de palabras —le dije fríamente—. Acabo de zanjar los rumores. ¿Hemos terminado?

—Todavía no, Cameron —dijo Ron, sus papadas temblando con sus palabras—. ¿Eres consciente de que hay políticas establecidas que prohíben estrictamente las relaciones en el lugar de trabajo? ¿Y que tu desprecio por estas políticas puede significar el fin de tu trabajo aquí en Pierce Tech?

Me burlé, una vieja rabia enterrada abriéndose paso en mi garganta y mejillas.

—¿Y estás dispuesto a echarme por algo tan *concreto* como chismes de oficina? Pensé que eras más inteligente que eso, Ron.

Su cara se tornó rojiza por la frustración y sus labios aletearon como un pez fuera del agua.

—Tenemos la autoridad para hacer lo que consideremos adecuado en interés de la empresa —bramó, golpeando la palma de su mano sobre la mesa de cristal. No me estremecí—. Y hemos oído algunas historias preocupantes sobre cómo te relacionas con tu asistente.

—Dime, Ron —dije con un suspiro, inclinándome hacia adelante sobre mis codos—, ¿cuál es exactamente la naturaleza de estas "historias preocupantes"? ¿Y cómo es que ahora son motivo para mi despido?

La cara de Ron cambió lentamente de color, de un rojo intenso a un púrpura claro.

Disfruté cada tonalidad de su indignación.

—¡Este es un lugar de *negocios*, Cameron! —balbuceó, poniéndose ansiosamente de pie. Tiró del cuello de su camisa y corbata—. Difícilmente es el lugar o el momento para discutir asuntos tan sórdidos.

Eché la cabeza hacia atrás en una risa plena.

—Ron, querido, *ustedes* fueron quienes convocaron esta reunión —me reí—. Sacaron a relucir estos "asuntos sórdidos" y amenazaron con despedirme por un susurro de un rumor que ni siquiera pueden probar.

Los ojos alrededor de la mesa se abrieron de par en par, sus expresiones coincidiendo con el furioso horror en la cara púrpura de Ron.

—Si ya han terminado —dije, poniéndome de pie y deslizando mis manos en mis bolsillos—. Tengo una "amenaza" propia: si olvidan quién posee la mayoría de esta corporación *y* sus propias empresas, estaré encantada de recordárselo, y de paso, quitarles sus títulos.

Elliot

—¿Será todo?

Asentí, mis dedos comenzando a dolerme alrededor de las asas de las bolsas que sostenía.

—Maravilloso —dijo la dependienta, juntando las manos con deleite. Me pregunté si realmente esperaba que dijera "No, me llevaré también toda la tienda, gracias" porque...

La tienda probablemente valía más dinero del que había *visto* en toda mi vida.

—Lo envolveré —dijo, quitando con cuidado la larga y reluciente prenda negra de su percha forrada de terciopelo—. ¿Desea que se lo enviemos?

—No, gracias, lo necesitaré para esta noche —dije, cambiando las bolsas de una mano a otra y entregando la tarjeta negra de Cameron a la dependienta.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa educada que no hacía nada por ocultar su alegría.

Su comisión probablemente era más de lo que ganaba en un mes en el restaurante.

Se alejó corriendo hacia la caja registradora, o en este caso un ordenador, y procesó la transacción.

Esperé, sacando mi teléfono y comprobando la hora.

Las diez cuarenta y cinco, todavía tenía tiempo antes del almuerzo.

Revisé mis notificaciones, comprobando dos y tres veces que no tenía mensajes ni llamadas perdidas de Cameron.

Con un poco de decepción guardé el teléfono de nuevo, mirando alrededor de la boutique.

Cameron era cliente habitual allí, a juzgar por el trato que había recibido.

Las paredes estaban forradas con piezas de ropa únicas de un valor incalculable. Vestidos, chaquetas, trajes de noche y cosas que parecían más obras de arte que moda.

No me molesté en buscar etiquetas de precio: este lugar parecía del tipo que no se molestaba con ellas.

Repasé mentalmente una lista de tareas que tenía que hacer cuando volviera a la oficina y suspiré. Temía el insoportable peso de la atención de todos, los siseos que perseguían mis pasos en cada esquina.

—Aquí tiene, Srta. Nash —canturreó la dependienta, sacándome de mi espiral. Me entregó la tarjeta de crédito con una sonrisa.

Se la tomé y sonreí. —Gracias —dije, tomando también la bolsa.

—Por favor, envíe nuestros saludos a la Srta. Pierce —dijo, escoltándome hasta la salida—. Apreciamos y valoramos su patrocinio.

Ya lo creo, pensé, resistiéndome a comprobar si había un recibo.

De nuevo, la boutique no me parecía del tipo que daba recibos en papel.

De vuelta en la acera miré alrededor, observando la multitud de gente deambulando por las elegantes cafeterías que bordeaban la calle frente a mí.

El aroma del café recién molido llegó hasta mí y mi estómago gruñó.

Quizás me detendría a comprar café para Cameron y para mí.

Crucé corriendo la calle y tomé un lugar en la fila, esperando no quedarme atrapada allí demasiado tiempo.

Mi teléfono vibró y lo saqué, con emoción burbujeando en mi pecho.

Pero era Reese.

—Hola —contesté, sonando más molesta de lo que me sentía.

—Vaya, baja el entusiasmo, podrías lastimarte un músculo.

—Lo siento —suspiré, cambiando de mano las pesadas bolsas—. Día largo.

—Ni siquiera es hora de almuerzo todavía... ¿sabes qué? No me sorprende —Reese gimió—. Solo quería avisarte que Noah y yo vamos a quedarnos en casa de mi madre un tiempo. Es su cumpleaños la próxima semana y me niego a conducir más de veinte horas para un viaje de un día.

Asentí. —Está bien, ¿cuándo se van?

—Esta tarde —respondió—. Probablemente antes de que llegues a casa. Así que, ¡te quiero! ¡Y te dejaré algo de cena en el horno!

—Te quiero —dije con una sonrisa—. Por favor, tengan cuidado, y deja que Noah conduzca.

—No esta mierda otra vez —gimió—. Puedo conducir perfectamente, gracias.

—Claro, por eso te revocaron la licencia.

—¡Mi-! ¡Eso fue solo una vez!

—Adiós, Reese —me reí, colgando y guardando el teléfono. La fila avanzó un poco y entré en la bendita sombra fresca, dejando escapar un suspiro de alivio.

—¿Elliot?

Me di la vuelta y encontré a Hayden y Alex en la acera a solo unos metros.

—¡Hola! —dije, tratando de saludar sin dejar caer las bolsas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alex, con su cabello rojo oscuro suelto sobre los hombros.

—Solo estoy comprando café —dije, señalando inútilmente hacia la cafetería—. Tuve que recoger un vestido para Cam... eh, la Srta. Pierce para un evento.

—¿Has sabido algo de ella? —preguntó Hayden, la sonrisa en su rostro siendo la única razón por la que no entré en pánico.

—No, ¿debería?

Intercambiaron miradas cómplices antes de volver a mirarme.

—Cam está armando un gran revuelo en la oficina —explicó Alex, y fruncí el ceño.

Cameron estaba de relativamente buen humor cuando me fui, ¿qué podría haber cambiado?

—¿Pasó algo? —pregunté, con el cosquilleo de ansiedad tirando de las puntas de mis dedos.

Hayden se carcajeó. —Oh, solo le dio una reprimenda a toda la empresa —se rió—. Los puso en su sitio, por así decirlo.

—¿Por qué? —pregunté, horrorizada.

Hayden puso los ojos en blanco juguetonamente, su sonrisa creciendo.

Fue Alex quien respondió.

—Por esos estúpidos rumores sobre ustedes dos, Elliot —explicó, sonando un poco exasperada. Pero no me importó, mi mente estaba enfocada únicamente en el hecho de que Cameron había hecho algo para acabar con los rumores.

Lentamente, las comisuras de mis labios se curvaron en una sonrisa incrédula y sin aliento. —¿En serio?

—Oh, Dios mío —suspiró Alex—. Ambas están completamente perdidas, sin remedio a estas alturas.

—Lo sé —chilló Hayden, agarrando el brazo de Alex con alegría —. ¿No es genial?

Alex puso los ojos en blanco, pero el fantasma de una sonrisa bailaba en sus labios de color rojo rubí.

—Tenemos que irnos —dijo Alex bruscamente, enlazando su brazo con el de Hayden—. Dile a Cam que le mandamos saludos y que nos debe una.

Las vi marcharse, mis pensamientos inundados de confusión y júbilo, y una mezcla de emociones que ni siquiera podía identificar.

Pero sabía una cosa con certeza.

Me estaba enamorando de Cameron.

Profundamente.

25

Elliot

—¿Y estás segura de que estarás bien atendiendo la reunión con el investigador privado?

—Sí.

—Ah, y hay un contrato que espero recibir hoy, es para el nuevo...

—Caledonia Office Park —dije al mismo tiempo que Cameron, con una lenta sonrisa extendiéndose en mis labios—. Lo tengo.

—Y si Ron o alguno de los directores te acosa, llámame...

—¡Cameron! —me reí, tomando su rostro entre mis manos con toda la delicadeza posible, y ella se calló—. Lo tengo todo bajo control. Ahora vete.

Suspiró y me besó, sus labios frunciéndose mientras se alejaba. —Volveré justo después del almuerzo.

—No —le dije con firmeza—. Puedes irte a casa después. Ya he llamado a Daniel para que te lleven a casa cuando termines.

—Terca —murmuró, atrayéndome para otro beso, aunque distraído.

Y lo entendí.

El día había sido marcado en rojo en el calendario de Cameron para el mes, rodeado con urgencia.

El cumpleaños de Mark.

Mi corazón se retorció dolorosamente, sin querer dejarla ir todavía. Pero forcé mis manos a retroceder, enderezándome y cruzándolas detrás de mi espalda.

Esto no era algo de lo que yo jamás la impediría hacer.

—¿Me enviarás un mensaje?

—Lo haré —dije, besándola una última vez—. Ahora vete. Estás perdiendo tiempo conmigo.

—Tú nunca eres una pérdida de tiempo.

La sangre se me subió a las mejillas y desvié la mirada, un poco avergonzada. —Por favor, solo vete antes de que me ponga aún más roja —supliqué, con la voz bordeando un lamento.

Me sonrió, su vestido negro elegante e impresionante.

Se marchó poco después, y yo exhalé un suspiro.

Estar cerca de Cameron siempre me dejaba sin aliento.

Me senté en mi escritorio, abriendo mis correos electrónicos y ordenando las tareas más importantes.

Jared apareció media hora después de que Cameron se hubiera ido al cementerio, con aspecto completamente demacrado.

—Sin querer sonar grosera —dije a modo de saludo, ofreciéndole el café que había preparado—. Pero no parece que traigas buenas noticias.

Tomó el café con un asentimiento agradecido y se sentó en uno de los asientos de diseño de la oficina.

—Este caso se vuelve más y más frustrante a cada paso —gruñó, dando un sorbo—. Cada vez que encontramos una pista, es como si alguien se metiera en el servidor y borrara más rastros.

—No sé mucho sobre codificación de software —dije disculpándome—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Él negó con la cabeza.

—Probablemente necesitaremos la autorización de la Sra. Pierce para acceder al servidor local si todo lo demás falla —explicó, con voz cansada y áspera—. No es algo que queramos hacer porque dejaría un rastro.

—¿Qué significa eso? —pregunté, sintiéndome tonta.

Pero Jared fue paciente. —No podemos dejar ningún rastro de nuestros propios ordenadores, o el culpable podría rastrear y aprovecharse de nuestro software.

Asentí, aunque mi mente recorría unas cien soluciones al estilo Hollywood como "teléfonos desechables" y "portátiles desechables". Pero, pensé, había una razón por la que él era el profesional y no yo.

—Les mantendremos informadas de cualquier novedad —dijo, gimiendo al ponerse de pie.

Lo despedí con un gesto y fruncí el ceño.

¿Era eso todo lo que eran capaces de hacer? Con el dinero y el poder detrás del apellido Pierce, seguramente podrían llegar al fondo de la filtración.

Sacudí la cabeza, centrando mi atención en la siguiente tarea de mi lista.

Esperaba que el día transcurriera sin incidentes. Me moría por saber cómo estaba Cameron.

Por algún milagro terminé justo después del almuerzo, haciendo una nota mental para agradecer a Cameron por aceptar su carga de trabajo más ligera.

Recogí y cerré la oficina de Cameron antes de salir del edificio.

El viaje en taxi hasta la casa de Cameron se hizo eterno, la hora punta del almuerzo añadiendo quince minutos extra al trayecto.

Aun así fue más rápido de lo habitual, pero mi instinto se retorcía con inquietud y solo quería ver a Cameron.

No podía imaginar lo que ella podría estar pasando, pero sabía que no quería que lo hiciera sola.

Llegamos y salí del taxi, agradeciendo al conductor antes de subir corriendo los pocos escalones. Entré, quitándome los tacones después de que me hubieran regañado la última vez.

El recuerdo me hizo sonreír.

Caminé hacia el vasto silencio de su casa, dudando porque no quería gritar.

No fue necesario.

—Me preguntaba cuánto tardarías en llegar.

Me di la vuelta y encontré a Cameron de pie en el arco que conducía a la cocina, sosteniendo un vaso de lo que parecía ser vodka.

—¿Empezando tan temprano? —bromeé, alcanzando el vaso y olisqueándolo.

—Es agua, preocupona —se rió, pero el sonido era hueco y le devolví el vaso—. ¿Tienes hambre?

Negué con la cabeza, pero mi estómago eligió ese preciso momento para traicionarme con un fuerte gruñido.

Cameron sonrió, extendiendo su mano hacia la mía y llevándome a la cocina.

La seguí fácilmente, observando sus holgados pantalones y camisa de lino y sus pies sorprendentemente descalzos. Su largo cabello estaba trenzado por la espalda, y su rostro estaba limpio de maquillaje.

Sus ojos estaban enrojecidos.

—Siéntate —dijo, señalando uno de los altos taburetes alrededor de la isla de la cocina. Queriendo aliviar la presión que redondeaba sus hombros, chasqueé la lengua.

—¿Voy a probar la cocina de Cameron Pierce?

Cameron me dirigió una mirada inexpresiva y solté una risita. —¿No puedes culparme por tener esperanzas, verdad? —bromeé.

Exhaló una risa baja y vacía, moviéndose por la cocina casi sin rumbo. Su rostro se frunció, con las cejas juntas, y mi estómago se retorció.

Estaba sufriendo.

Y yo estaba desesperadamente inútil.

Extendí la mano, tomando la suya mientras pasaba junto a mí, y la apreté.

—Puedes hablar de ello, si lo necesitas —le dije, desapareciendo todo el tono de diversión de mi voz—. Estoy aquí para escuchar.

Me miró por un momento antes de tomar un largo y tembloroso respiro, sus ojos cristalinos con lágrimas.

—Lo extraño —dijo, en voz baja y rota. Un dolor punzante atravesó mi pecho y luché contra la necesidad de atraerla a mis brazos—. Han pasado dos años y todavía no se siente real.

—Está bien —susurré—. Está bien extrañarlo.

—No siempre es así —suspiró—. Normalmente, puedo pasar el día sin siquiera pensarlo, y me siento horrible. Que pueda pasar un día entero sin pensar en él.

Su voz se quebró y aclaró su garganta, tratando de inyectar algo de fuerza en sus palabras.

—Y luego —sorbió, mirando al techo para que yo no viera sus lágrimas—. Días como hoy demuestran cuánto deseo que todavía estuviera aquí.

Mi labio inferior tembló y la atraje hacia mí, rodeando su cintura con mis brazos y sus rodillas con mis piernas.

Sus respiraciones temblaban al salir, con mi oído pegado a su pecho. Su corazón latía con fuerza bajo mi mejilla, pero yo solo me aferré con más fuerza.

—No puedo dejar de pensar en lo poco que hice para protegerlo.

Me aparté, mirando sus ojos torturados. —No digas eso —murmuré—. Hiciste todo lo que pudiste. Esta culpa solo te hará sufrir más.

—Lo sé —susurró, con la garganta apretada—. Pero siento que hay mucho que podría haber hecho. Podría haberle dicho que se quedara donde estaba. Podríamos haber ido nosotros a verlo, en su lugar, y nunca habría estado en la carretera.

—Cam...

—Ni siquiera fui al juicio —susurró, con vergüenza y culpa destrozando sus palabras—. Estaba devastada. Ni siquiera podía comer. Presentarme en el juicio significaría aceptar que mi Mark realmente se había ido y no podía hacer eso. Para cuando recuperé el sentido, el juicio había terminado y nunca vi al hombre que me lo arrebató.

—Ven —dije, entrelazando mis dedos con los suyos y llevándola a la sala de estar. Nos sentamos en uno de los sofás y la atraje hacia mí.

Tras la crudeza de su confesión, era todo lo que podía ofrecerle en ese momento.

—¿No tienes hambre? —preguntó después de un largo y silencioso momento.

Negué con la cabeza, dándole un pequeño apretón. —No realmente —dije con un encogimiento de hombros sin mucho entusiasmo—. Además, mi trasero empezaba a dolerme en esos taburetes tuyos.

Cameron bufó, apartándose.

—Si te conozco bien —dijo—, entonces no te has molestado en almorzar. Y deberías hacerlo.

Tomé una de sus manos entre las mías, jugando con el delicado anillo de plata en su dedo índice. —Hay cosas más importantes

ahora mismo —le dije, con voz sincera—. Solo quiero ayudar.

—Ya ayudas demasiado —dijo miserablemente—. Más que nadie. Y todo lo que hago es descargar más y más de mis problemas sobre ti. Lo sien...

—No —la interrumpí—. No, no quiero escuchar una disculpa.

—Elliot, sé seria, por favor.

—*Estoy* siendo seria —insistí—. No quiero que te disculpes por ser honesta conmigo, o por confiar en mí lo suficiente para abrirte así. Significa todo para mí, y no quiero que pienses que es un error.

—No creo que sea un error —corrigió, sus labios frunciéndose—. Pero *es* injusto. No deberías tener que lidiar con... todo esto.

—Pero tú estuviste ahí para mí cuando sentía que no valía nada —murmuré, llevando nuestros dedos entrelazados a mi pecho—. Cuando quería renunciar porque sentía que nunca sería suficiente. Funciona en ambos sentidos, ¿sabes?

Besé suavemente su puchero, sintiendo el peso de su cuerpo inclinarse hacia el beso. La atraje al círculo de mis brazos, poniendo una de mis piernas sobre las suyas.

El sabor salado de sus lágrimas llegó a mis labios pero no me importó. Todo lo que importaba era el desesperado dolor en mi pecho, el dolor que me impulsaba hacia adelante.

Y los hombros temblorosos de Cameron.

Se acurrucó en mis brazos y la besé suavemente, haciendo todo lo posible por robar la culpa que la consumía.

Porque esta no era la Cameron Pierce que construía imperios.

Esta era la Cameron Pierce que sufría, que lloraba por la muerte de su hijo y no tenía a nadie que la ayudara a superarlo.

No estaba segura de cuánta ayuda podría ser, pero sabía que me quedaría.

Y aunque eso fuera todo lo que pudiera hacer, pensé, recordando los años vacíos después de que mi padre muriera, entonces haría lo mejor que pudiera.

Exhaló un suspiro tembloroso contra mis labios y acuné su rostro, limpiando las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Los segundos pasaron y la boca de Cameron se ralentizó, sus párpados haciéndose pesados por el agotamiento.

Me recosté, maniobrándonos a ambas hasta que ella se acostó en el sofá a mi lado, con su cabeza apoyada en mi brazo. Sus respiraciones se ralentizaron, cada una más profunda que la anterior, y la observé dormir por un momento, maravillada.

De todas las emociones que se agitaban dentro de mí, fue mi afecto por ella lo que me arrulló hasta dormirme.

26

Cameron

El hielo se instaló en mis huesos, filtrándose cada vez más profundamente hasta que mis dientes castañetearon.

Estaba de pie bajo la lluvia torrencial, clavada en medio de una carretera abandonada, mirando cómo unos faros giraban en mi campo de visión antes de perder el control.

Grité, pero el aire en mis pulmones se disipó.

El coche volcó con el nauseabundo crujido del metal retorciéndose.

Mis pies cobraron vida propia mientras corría hacia adelante, los charcos salpicando salvajemente en mi frenética carrera por llegar al accidente.

Y sabía en mis entrañas que no quería mirar dentro... Pero lo hice.

El rostro ensangrentado de Elliot me devolvió la mirada, sus ojos abiertos y vacíos, su cuerpo destrozado.

Grité de nuevo y escuché el miedo y la conmoción irradiando hacia fuera. El sonido desgarrador me arrancó de mi pesadilla y me incorporé de golpe.

Mi cuerpo temblaba de pies a cabeza mientras las lágrimas caían sobre mi pecho y brazos.

—Solo fue un sueño —susurré, pero no sirvió de nada para calmar el temblor que sacudía todo mi cuerpo.

Una mirada temblorosa al reloj me indicó que apenas eran las 2 de la madrugada.

Me arrastré hasta el borde de la cama, buscando mi teléfono, descoordinada e inestable.

¿Contestaría Elliot?

Llamé a Daniel en su lugar, pidiéndole que viniera a recogerme. No podía conducir. No en este estado. Pero necesitaba ver a Elliot. Comprobar que estaba bien.

Ni me molesté en cambiarme. Apreté el teléfono contra mi pecho, la piel de mis brazos erizándose a pesar de la humedad

exterior.

Daniel llegó apenas unos minutos después.

—Llévame a casa de Elliot —mi voz sonaba áspera y ronca.

Daniel condujo en silencio, manteniendo los ojos en la carretera mientras yo reflexionaba sobre mis acciones.

Seguramente esto era demasiado, ¿no?

Mi raciocinio saltó por la ventana cuando unos faros iluminaron mi campo de visión.

Llegamos al edificio de apartamentos de Elliot y agradecí a Daniel en un susurro.

Miré hacia el alto edificio, luego a mi teléfono, indecisa.

—Apartamento 302 —dijo Daniel, con voz baja.

Parpadeé confundida y él se encogió de hombros antes de que yo soltara una suave risita, enviándole una sonrisa genuina—. Gracias.

Subí las escaleras y me planté frente a su puerta. El dorado "302" brillaba inocentemente frente a mí. Llamé a la puerta, preguntándome si no debería mejor llamarla por teléfono.

Pero la puerta se abrió unos segundos después, y Elliot me miró parpadeando.

—¿Cameron? —Miró por el pasillo y tomó mi mano, tirando de mí hacia dentro y cerrando la puerta tras de mí—. ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

No estaba segura de qué decir.

—Estás temblando —observó—. Te haré un té.

Se precipitó hacia la cocina, con el pelo recogido en un desordenado moño en lo alto de su cabeza.

La seguí aturdida, mirando alrededor en silencio.

El apartamento obviamente era compartido, porque había tres juegos de prácticamente todo. Pero los rastros de la personalidad de Elliot estaban por todas partes; en el motivo de ranas de los paños de cocina, y en el dibujo de un abejorro en la taza que sostenía en sus manos.

La tensión se deslizó de mis hombros con cada segundo que pasaba.

—¿No estabas en la cama?

Elliot dio un pequeño salto, sin esperar que dijera nada. —No podía dormir —admitió tímidamente—. Así que estaba, eh...

Echó un vistazo al resto del apartamento. Todo parecía haber sido movido.

—¿Redecorando? —Terminé por ella.

—Muevo las cosas cuando estoy ansiosa —parloteó—. A Reese le molesta, pero es la única forma en que puedo calmarme, así que, umm, sí...

Se movió nerviosa. —No esperaba que te pasaras por aquí.

Asentí, arrastrando la mirada del resto del apartamento a la ropa de Elliot. Su cuerpo estaba casi completamente ahogado en una enorme camiseta. Manchas de lejía y pintura salpicaban la tela gris oscura, y no pude evitar sonreír.

Me entregó la taza del abejorro con un ceño preocupado. —Vamos —dijo, llevándome a la sala de estar—. Podemos sentarnos y h... eh. Quizá mi habitación sería mejor.

Se desvió a la izquierda, empujando una de las puertas, y tanteó buscando el interruptor.

Su habitación se iluminó y una risita se escapó de mis labios.

—No me juzgues —gimoteó, sonrojándose hasta el pecho—. Solo vengo aquí a dormir.

Apreté los labios, dejando que me guiara hasta la cama y miré fijamente al gran peluche de conejo en su cama.

—Cállate —dijo, pateando el conejo al suelo—. Concéntrate. ¿Qué pasó?

Pensé en ello, en el pánico robándome el aliento en el auto, y cómo todo se derritió en su presencia.

—Tuve una pesadilla —le dije honestamente, sintiéndome segura... por una vez—. Morías en un accidente de coche. Me asusté y, bueno... Aquí estoy.

El rostro de Elliot decayó y llevó el dorso de mi mano libre a sus labios. —Lo siento.

Sacudí la cabeza. —Sé que es solo mi subconsciente proyectando. Pero arrojó luz sobre una pregunta muy importante... Nosotras. Lo que somos y lo que podríamos ser.

La cara de Elliot adquirió un nuevo tono de rojo.

Sonreí, la ansiedad aún crujiendo a través de mis articulaciones mientras dejaba mi té en la mesita de noche.

—Me di cuenta de que mis sentimientos por ti son serios —respiré—. Quiero que seas mi novia.

Los párpados de Elliot aletearon, sus labios separándose en un suave jadeo. —¿Es... estás... en serio?

—Sí —dije, sonriendo mientras me inclinaba hacia adelante, besándola.

—No sé cómo navegaremos trabajando juntas, porque me pongo dura cuando estoy estresada. Y tú no mereces ese lado de mí. Pero sé que te necesito conmigo. Siempre.

Sus ojos brillaron y envolvió sus brazos alrededor de mi cuello, besando mis labios una, dos, tres veces. Su sonrisa iluminó la habitación.

—¿Tomaré eso como un sí? —Me reí, mis manos acariciando la curva de su cintura y caderas.

Mi cuerpo respondió al suyo inmediatamente, mi piel hormigueando con excitación.

—Sí —rió ella, antes de presionar sus labios contra los míos—. No puedo creer que te me adelantaras.

—¿Adelantarme? —Me reí, muy consciente de la falta de sutileza en cada tirón urgente de sus dientes en mi lengua, en mi labio inferior—. No sabía que esto era una competencia.

—No lo es —dijo, distraída. Sus uñas dejaban pequeñas marcas en forma de media luna en la piel de mis hombros—. Pero yo quería pedírtelo.

—Qué pena —murmuré, con el arrepentimiento muy lejos de mi mente.

Se subió a mi regazo, sus dedos enredándose en la longitud de mi pelo, anudándose en las raíces. Sus besos se convirtieron en mordiscos desesperados.

Con su pecho pegado al mío, sus labios se volvieron rápidamente urgentes y me aparté.

—¿Qué hay de tus compañeras de piso?

El calor se acumuló en mi bajo vientre.

La sonrisa que me envió habría hecho sonrojar al mismísimo diablo. —Están fuera de la ciudad por la semana —ronroneó, empujándome hacia la cama.

—¿Oh? —Murmuré, con el corazón aleteando—. Qué conveniente para mí.

Elliot se rió, gateando sobre mí y sentándose encima, sus manos recorriendo bajo la seda de mi top de pijama. Inclinándose, me besó mientras sus dedos trazaban la curva de mi pecho.

Tarareé en el beso, arqueando mi espalda hacia su tacto.

Sus dedos rozaron mis pezones, su lengua enroscándose en mi boca.

Me estaba volviendo delirante...

Mis manos se deslizaron por sus muslos, metiéndose bajo la enorme camiseta, buscando su ropa interior.

Sus pulgares rodaron sobre mis endurecidos pezones y suspiré en su boca.

El sabor a azúcar y limón bailaba en mi lengua, tan únicamente *Elliot*. Mis dedos trazaron un lento ascenso por su espalda acercándola imposiblemente. Estaba lista para ahogarme en la lánguida caricia de su lengua.

Ella rompió el beso primero, jadeando por aire.

Dirigí mi atención a la columna de su garganta, sin marcas ni imperfecciones. Con una sonrisa, cambié eso.

—Oh, mierda —respiró, inclinando la cabeza hacia atrás para darme espacio para explorar.

De repente había demasiada ropa separando el calor de su piel de la mía. Tiré del borde de su camiseta, subiéndola y pasándola por encima de su cabeza, arrojándola al suelo.

Elliot arrancó la seda de mi cuerpo, mientras yo despojaba el algodón de su piel con una sonrisa burlona.

—Cállate —murmuró, tirando mi pijama a un lado.

Se echó hacia atrás, manchas rojas esparcidas por su pecho y garganta haciendo juego con el rubor de sus mejillas.

—Nunca te había visto así antes —murmuró, su mirada ardiente mientras memorizaba cada centímetro de mi cuerpo desnudo—. Se siente como un sueño. Un sueño muy cruel.

Acorté la distancia entre nosotras, besándola con fuerza. —Tú eres un sueño —mis palabras fueron ahogadas por sus labios.

Se rió mientras caíamos contra sus almohadas, acostadas de lado y reacias a separarnos.

Deslizó un muslo entre los míos, enganchando el otro en mi cadera. Me maravillé de lo increíble que se sentía tenerla presionada contra mí así, sus caderas moviéndose contra mí. Ciertamente se sentía como un sueño.

Nuestras manos vagaron, mapeando el cuerpo de la otra, catalogando cada jadeo y cada gemido, cayendo más profundamente en la pequeña burbuja que nos separaba del resto del mundo.

La necesidad pulsaba entre mis muslos. El calor avivado por el roce de su piel en mi vagina desnuda. Nuestros besos se volvieron descuidados, con la boca abierta y entrecortados mientras nuestras manos vagaban.

Hice rodar a Elliot sobre su espalda sin romper el beso. Me puse a horcajadas sobre uno de sus muslos, el otro enganchado en mi cadera, y me incorporé.

—Cristo, ¿cómo puedes lucir así? —Se quejó Elliot, sus mejillas ardiendo.

Los músculos de su estómago se agitaron bajo la caricia de mis dedos, sus muslos amenazando con cerrarse con cada pasada sobre sus caderas.

Sin aliento, levanté su muslo y me moví hacia adelante.

Balanceé mis caderas, frotando el calor de mi vagina contra la suya, arrancando gemido tras gemido de sus temblorosos labios.

—¿Como qué? —Me estaba perdiendo en la suave humedad entre sus muslos.

—Como si acabaras de salir de la ducha, mientras yo me siento como un mapache mohoso.

Sus palabras me arrancaron una risa sorprendida, y me incliné para besarla dulcemente.

—Eres tan desarmantemente adorable —ronroneé en su boca, mordiendo su labio inferior. Presioné la punta de mi dedo medio

contra la hinchazón de su clítoris, circundando lentamente mientras ella gemía—. Es abrumador.

—Im-magina cómo me siento yo —jadeó, sus caderas empujando hacia la nueva fricción.

Sonreí burlonamente y la besé una vez más antes de besar un camino descendente por su cuerpo.

—E-espera, ¿qué estás haciendo?

Me detuve y miré hacia arriba, consumida por la lujuria. —Quiero saborearte —murmuré, besando la comisura de su boca—. ¿Si te parece bien?

Sacudió la cabeza, sus brazos envolviéndose alrededor de mi cuello y atrayéndome más cerca.

—Quiero ver tu cara —respiró.

Dejó caer una mano, sus dedos rozando los míos mientras acariciaba con un toque largo y ligero como una pluma desde mi ombligo hasta mi clítoris.

Me estremecí, el calor arremolinándose en mis entrañas, y me moví lo suficiente para que sus dedos se deslizaran entre mis pliegues.

—¿Así? —Respiré, moviendo mis caderas contra el estiramiento de sus dedos dentro de mí, mis propios dedos hundidos hasta los nudillos en su vagina.

Ella asintió con un murmullo, su labio inferior atrapado entre sus dientes.

Presioné besos calientes y con la boca abierta en el lado de su cuello, bebiendo cada uno de sus gemidos.

—¿Cuál es la prisa? —Suspiré, mis caderas moviéndose hacia adelante con el roce de su pulgar en mi clítoris.

—Simplemente lo necesito —murmuró, sus muslos separándose más cuanto más profundo empujaba mis dedos—. Te necesito a ti.

—Me tienes —respondí.

Mis hormigueos hacía tiempo que se habían convertido en pulsos completos de necesidad desesperada en el fondo de mis entrañas. El calor se enroscaba abajo, y mi abdomen se tensaba con cada caricia de sus dedos.

No estaba muy lejos detrás de ella. Pero quería que se desmoronara lentamente, que se rompiera en mis manos, dulce y sin reservas.

Intenté alejarme, pero ella se aferró con más fuerza, su voz urgente en mi oído.

—Juntas —jadeó. Sus muslos se contrajeron mientras sus paredes se cerraban como un tornillo alrededor de mis dedos.

Le di lo que quería, dejándome llevar mientras sus suaves y entrecortados gritos me cantaban hacia mi orgasmo.

Su cuerpo se bloqueó en el placer, pero sus dedos siguieron moviéndose, persiguiéndome hacia mi propio orgasmo, sus uñas marcando mi espalda.

La dicha recorrió mis extremidades mientras el placer bloqueaba mi columna.

Su rostro fue lo primero que vi cuando abrí los ojos, mi cuerpo temblando y relajado por el placer.

27

Elliot

El vestíbulo de Pierce Tech estaba inquietantemente silencioso.

Lo ignoré, decidida a mantenerme concentrada en todo lo que necesitaba hacerse hoy. Lo atribuí a la advertencia de Cameron y una pequeña parte de mí brillaba con el conocimiento de que ella había llegado tan lejos por mí.

Presioné el botón del ascensor y esperé. Mis pensamientos regresaron al primer rumor de problemas que había escuchado de Gina.

Sus palabras todavía me irritaban, pero sentía como si hubiera pasado toda una vida desde entonces.

—¿Elliot?

"Hablando del diablo", pensé.

Me di la vuelta, entrecerrando los ojos ante Gina, que estaba detrás de mí.

—Sí —solté, sin importarme que mi voz sonara cortante.

—¿Podemos hablar? —Sus hombros se redondearon, preparada para mi rechazo. Pero la tensión en su voz captó mi atención, y quería escuchar lo que tenía que decir.

—¿Por qué no? —suspiré, girándome de nuevo hacia el ascensor mientras las puertas se abrían—. Tendrá que ser rápido.

Me siguió dentro del ascensor, sus ojos moviéndose inquietos, como si esperara que nadie más se uniera a nosotras. Tuvo suerte; las puertas se cerraron, dejándonos solas.

—¿Y bien?

—Sé que no me debes nada —dijo apresuradamente, mirando el LED que contaba los pisos que pasábamos—. Y sé que definitivamente no debería estar pidiéndote ayuda, pero tengo que hacerlo. Involucra a toda la empresa.

—Suéltalo ya, por favor, Gina —dije, ya exasperada y nerviosa por el temblor en su voz.

—Es sobre la filtración —explicó, con el ceño fruncido—. Y los diseños que están siendo robados. Yo... yo sé quién está detrás.

—¿Quién?

Mi sospecha asomó su fea cabeza. ¿Estaba tratando de encubrir sus propios pasos?

—Es Ricky —confesó finalmente, cortándome rápidamente cuando abrí la boca para discutir—. Y lo sé. Sé cómo suena esto, pero *por favor*, necesitas creerme.

Me mordí el interior de la mejilla, buscando alguna razón para confiar en ella después de las cosas que había dicho sobre Cameron y yo.

—¿Tienes alguna prueba? —pregunté en cambio, tratando de darle el beneficio de la duda.

No teníamos otras pistas en este momento y estábamos dando vueltas en círculos.

—No, pero sé dónde podemos encontrarla —dijo, su voz suplicando sinceramente.

Casi me hizo querer confiar en ella.

—Ricky no ha sido más que servicial durante toda la investigación —argumenté—. ¿Por qué se involucraría hasta ese punto si él...

Oh.

Oh, mierda.

Gina apretó los labios.

—Si pudiera asegurarse de que ninguna información lo incriminara —terminó Gina por mí—. Usó mi computadora el día de la filtración y alteró las hojas de tiempo para que pareciera que yo lo hice.

—Dios mío —respiré. Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía —. La suya fue la única computadora que no revisamos. Y él es el único con acceso administrativo a las hojas de tiempo.

—Y está usando mis credenciales de usuario para encubrirlo —susurró—. Está tratando de inculparme.

El ascensor sonó y las puertas se abrieron en el piso de I+D.

—Ve —le dije—. Investigaré esto.

Ella asintió, dando un paso fuera antes de hacer una pausa. Se volvió hacia mí. —Gracias. —La sinceridad resonó clara en sus palabras—. Y, lo siento.

La despedí con un gesto, demasiado concentrada en llegar a mi escritorio para poder llamar a Jared.

Él contestó al tercer timbre, apenas logrando un "Hola Elliot" antes de mi aluvión de información.

Se mantuvo en silencio mientras le explicaba lo que Gina me había contado, preguntándole si había alguna manera de confirmar su historia.

—Dame una hora —fue todo lo que dijo antes de colgar.

—Pareces alterada —observó Cameron.

Mi cabeza se levantó de golpe; no la había oído entrar.

—Oh, eh... —me detuve, preguntándome si debía hablarle sobre una posible pista antes de haberla confirmado siquiera.

Ella no me dejó llegar tan lejos.

—Suéltalo —dijo secamente—. Prácticamente *puedo oír* los engranajes girando en tu cabeza.

—Puede que tengamos una pista —expliqué, con la pierna rebotando nerviosamente bajo la mesa—. Gina parece pensar que es Ricky, y por mucho sentido que tenga su historia, quiero estar segura.

—¿Llamaste a Jared? —preguntó Cameron, su expresión severa.

—Llamará en una hora —le dije—. Con suerte para confirmar o desmentir su historia.

—Bueno —dijo, posada en el borde de mi escritorio—, tendremos que esperar.

La hora pasó más lenta que la melaza. Casi lancé mi cuerpo a través del escritorio cuando el identificador de llamadas de Jared apareció en el teléfono.

—¿Y? —respondí, demasiado ansiosa por saber si Gina había estado mintiendo o no.

—Lo encontramos —dijo Jared—. Fue Ricky.

Cruzé miradas con Cameron. Un triste alivio llenó mi pecho porque finalmente había terminado.

—No quiero creerlo. —Cameron suspiró, hojeando las impresiones que Jared había enviado después de confirmar la complicidad de Ricky—. Supongo que le di demasiada confianza.

Consciente de nuestro entorno, me acerqué y apreté su mano.

—Esto no fue culpa tuya —dije—. Él eligió traicionar la confianza que depositaste en él, y perdió.

Me dedicó una sonrisa cansada, apretando mis dedos de vuelta.

—Gracias —murmuró, sus ojos oscuros fijos en los míos—, por llegar al fondo de esto. No quería decirlo en voz alta, pero el apellido Pierce dependía de esta investigación. Y cumpliste para nosotros. Para mí.

Las mariposas residentes en mi estómago agitaron sus alas alegremente, y sonreí. —Solo hago mi trabajo.

Ella se rio.

—Supongo que deberíamos terminar con esto. —Suspiró, la oscuridad en sus ojos volviéndose pétrea.

—Contacta con Recursos Humanos y diles que preparen los documentos necesarios para el despido. Y necesito al equipo legal de inmediato.

Mis dedos volaron sobre el teclado mientras Cameron desaparecía en su oficina.

Unos minutos después, reapareció, con aspecto solemne. —¿Lista?

Asentí, tomé mi libreta y la seguí hasta el departamento de I+D.

Entramos al laboratorio, mis ojos enfocándose inmediatamente en los ojos abiertos de Gina. Asentí imperceptiblemente, esperando que entendiera.

—Ricky —dijo Cameron, su voz más fría de lo que jamás la había oído.

Ricky asomó la cabeza por detrás de uno de los monitores en la parte trasera del laboratorio. —¿Señorita Pierce?

Me estremecí, sabiendo lo que venía y aún sin estar lista para verlo suceder.

—Una palabra —espetó Cameron, entrando en su oficina y esperándolo.

Observé cómo él la seguía dentro y cerraba la puerta tras ellos. Esto no era algo en lo que Cameron necesitara ayuda, y yo estaba feliz de esperar afuera.

Los minutos pasaron lentamente, mi estómago se tensaba con cada segundo que pasaba.

La oficina de Ricky resultó ser insonorizada, algo que no había esperado, pero por lo que estaba extrañamente agradecida.

Por mucho que Cameron luchara por mantener su fachada glacial en todo momento en el trabajo, no me gustaba la idea de que sus empleados la *temieran*. Porque el miedo a menudo se convertía en odio.

Y odiar a Cameron era... Una noción ridícula.

Cameron salió de la oficina después de unos tensos minutos, con la mandíbula apretada y el ceño fruncido.

—¿Y? —murmuré, pronunciando la palabra más que hablándola.

—Está hecho.

Los días siguientes se convirtieron en un borrón de procedimientos legales contra Ricky y los competidores que le pagaron por los diseños filtrados.

Los hombros de Cameron se tensaban más con cada reunión, y yo me sentaba un poco más cerca cada vez, deseando poder aliviar la tensión y cuidar de ella.

—¿Cuándo se resolverá este caso? —preguntó durante una de las innumerables reuniones con su equipo legal.

Me senté cerca, con mi mano oculta debajo de la mesa donde descansaba en su muslo como apoyo.

Estaba cansada, y eso era todo lo que podía hacer en ese momento.

Nikki hojeó la pila de papeles frente a ella; documentos judiciales que contenían declaraciones, acusaciones y Dios sabe qué más.

—Será un mes hasta que podamos presentar los cargos ante un juez —dijo, con la espalda recta y los hombros cuadrados—. Pero

hemos seguido adelante con la demanda y estamos esperando la réplica de la oposición. La esperamos para finales de esta semana.

Cameron asintió y eché un rápido vistazo a mi reloj antes de inclinarme cerca del oído de Cameron.

—La revisión de la junta comienza en diez minutos —murmuré—. Necesitamos terminar y volver arriba.

Cameron asintió y se volvió hacia Nikki con una sonrisa cortante.

—Entonces podemos levantar la sesión por hoy hasta que haya una actualización. —Cameron se puso de pie. Yo la seguí, retirando mi mano—. Hasta entonces, gracias por su trabajo en esto.

Salimos de la sala de juntas y apresuré mi paso para igualar el de Cameron.

—Sé que vas a discutir —dije suavemente, asegurándome de que ningún empleado entrometido nos estuviera observando—. Pero si quieres que lo reprograme para otro día, lo haré. Tú también necesitas descansar.

Como era de esperar, Cameron negó con la cabeza. —Prefiero terminar con esto. —Suspiró—. Será una cosa menos de la que preocuparme.

—¿Y si te dijera que estoy demasiado cansada? —bromeé, deteniéndola en seco.

—Entonces puedes terminar temprano e irte a casa —dijo con sinceridad—. No quiero que te agotes.

—Eres increíble —me burlé entre risas. La empujé hacia adelante —. Por eso no puedo dejarte ir sola.

Ella refunfuñó algo ininteligible pero me siguió de todos modos.

—¿A qué hora crees que terminarás allí? —pregunté, queriendo conseguir un café para Cameron antes de que comenzara la reunión.

Ella me miró parpadeando.

—Vas a asistir a la revisión —dijo, como si fuera tan obvio como la hierba verde—. Quiero tu opinión, también.

Me quedé en blanco, preguntándome si la había oído bien. —¿Yo? —me burlé, medio incrédula—. ¿Por qué?

Cameron puso los ojos en blanco. —Porque confío en ti.

Estudié los rostros frente a nosotras, cada uno de ellos estoico y serio después del riguroso interrogatorio de Cameron.

Me arriesgué a mirar de reojo a Cameron, quien evaluaba a las nuevas miembros de la junta, todas mujeres, con no poca satisfacción brillando en su rostro.

—Confío en que todas se han familiarizado excepcionalmente con Pierce Industries —anunció, con las manos cómodamente dobladas frente a ella—. Estoy emocionada de ver lo que Pierce Industries puede lograr con ustedes guiando a nuestro equipo directivo.

Cameron se puso de pie, estrechando la mano de cada mujer mientras salían de la sala de conferencias.

Intenté ocultar mi sorpresa cuando cada una de ellas se detuvo para estrechar también mi mano, captando el destello presuntuoso en los ojos de Cameron mientras observaba.

—Eso fue inesperado —admití una vez que se fueron.

Cameron se rio, recogiendo sus notas y empacándolas en su bolso.

Me apresuré hacia adelante, mis manos revoloteando sobre las suyas. —No, déjame hacerlo.

Ella apartó mis manos con un chasquido de lengua. —Calla —me reprendió levemente, volviéndose hacia mí—. ¿Entonces? ¿Qué opinas?

—¿Sobre la junta? —aclaré.

Asintió.

—Impresionante, y definitivamente mejor vista que Ron. Todavía no puedo creer que estuviera financiando el robo de Ricky.

Cameron murmuró, su atención en algún lugar lejano, y aclaré mi garganta para obtener su atención. —Por primera vez desde que comencé —le confesé, sintiéndome un poco avergonzada de repente —. Siento que estoy haciendo un buen trabajo aquí.

La mirada de Cameron se suavizó. Levantó una mano, luego otra, acunando mi rostro entre sus palmas y acercando mi cara a la suya.

Sus labios rozaron los míos con tanta suavidad, dulcemente, cada pizca de su afecto obviamente evidente.

Me eché hacia atrás, sobresaltada, y me di la vuelta para asegurarme de que nadie nos había visto. —¡Cameron, estamos en la *oficina*! —siseé, sin aliento.

Ella se rio ligeramente, entrelazando sus dedos con los míos como si no le importara quién nos viera.

Hizo que mi corazón vacilara.

—Estás haciendo un *gran* trabajo, Elliot.

28

Cameron

Me quedé mirando la pantalla durante un tiempo obscenamente largo, con los dedos suspendidos sobre el teclado. Pero mis pensamientos continuaban dispersándose, huyendo de mí cada vez que intentaba atrapar uno.

Suspiré.

El reloj de mi ordenador me devolvió la mirada, el *7:33pm* casi acusatorio, pero lo ignoré.

El suave tarareo de Elliot se filtraba a través de mi puerta abierta, tirando de las comisuras de mi boca. La observé a través del panel de cristal, viéndola bailar en su silla.

Una calidez hormigueó dentro de mi caja torácica, extendiéndose al resto de mi cuerpo. Cursi, pero era la única forma de describir lo que sentía por ella.

Como si pudiera sentir mi mirada, se dio la vuelta, sus brillantes ojos encontrándose con los míos.

Me envió una sonrisa tímida y se levantó, se arregló la falda y entró. —¿Tienes un segundo? —preguntó un poco tímidamente.

¿Para ella?

Siempre.

—Claro —dije en cambio, sintiendo calor subiendo por mi cuello.

Dio unos pasos adelante pero no se sentó. Abrió la boca y la cerró de nuevo, sacudiendo un poco la cabeza como si hubiera cambiado de opinión.

—Jared finalizó su factura —me dijo, sus dedos jugueteando con la manga de su camisa—. La he enviado al departamento de contabilidad para que se encarguen.

Asentí, sabiendo que había más.

—Y la demanda está procediendo desde esta tarde —añadió—. La asistente de Nikki envió la documentación. La revisaré mañana antes de pasarla.

—Muy bien —dije, todavía esperando.

Desvió la mirada, sus dientes mordisqueando su labio inferior. —Uhm, y no se te requerirá asistir a ningún procedimiento judicial...

—Elliot —me reí, cortándola en medio de su diatriba—. ¿Qué es lo que realmente quieres decir?

El carmesí floreció en sus mejillas y agachó la cabeza, respirando profundamente para calmarse.

—¿Quieressalirenunacitagmigo? —preguntó apresuradamente, sus palabras tropezando unas con otras.

—¿Perdona?

—¿Quieres —dijo, un poco más despacio esta vez— salir en una cita conmigo?

Mis labios se estiraron en una amplia sonrisa que casi dolía en mis mejillas.

—¿Una cita? —bromeé, inclinándome hacia adelante sobre mis codos—. ¿Con tu novia? Qué escandaloso.

—Dice la mujer que me hizo oral hace unas noches —respondió, con la cara aún sonrojada.

Me reí, el recuerdo vivo en mi lengua. —Tienes razón —reflexioné con una sonrisa maliciosa—. Y técnicamente estamos fuera de horario ahora.

—¿Eso es un sí? —Sonrió esperanzada.

Dios, estaba completamente enamorada y no había nada que pudiera hacer para detenerme.

—Obviamente.

Miré el letrero de neón sobre nosotras con bastante escepticismo. —¿The Big Pink?

Ella se rió y me arrastró hacia el restaurante. —Vamos *ya* —insistió—. Es mi cafetería favorita en la ciudad. Te encantará, lo prometo.

Fruncí el ceño pero permití que me llevara, su entusiasmo era palpable.

—¡Ellie!

Elliot giró hacia el mostrador, con las mejillas rosadas. —¡Hola, Dina! —le respondió a la mujer rubia—. ¿Tienes espacio para dos?

—Sabes que mantengo tu reservado abierto para ti y Reese —Dina guiñó un ojo, señalando una mesa vacía escondida en la parte trasera del restaurante.

—¡Eres la mejor!

—Oye, espera un momento —llamó Dina, con los puños en las caderas—. ¿Quién es ella?

Elliot sonrió, levantando nuestras manos unidas como si fuera una respuesta. —Dina, esta es Cameron —dijo—. Mi novia.

Nunca me cansaría de oírla decirlo.

—Cameron, esta es Dina —me dijo—. La tía de Reese.

—Un placer conocerla —dije.

La sonrisa de Dina fue amistosa y cálida. —Me alegra poder finalmente ponerle cara al nombre —rió.

Me volví hacia Elliot, cuya sonrisa había desaparecido.

—¿Oh? —pregunté, con un lado de mi boca levantándose en una media sonrisa—. ¿Tanto se queja Elliot de mí?

—¡Jaja! —intervino Elliot, dándome la vuelta y empujándome hacia el reservado—. Hilarante, Dina, siempre haciendo bromas.

Escuché a Dina reír de nuevo antes de volverse hacia otro cliente.

Elliot me condujo al reservado y se deslizó en el asiento de enfrente.

—¿Cuánto te quejas de mí para que la tía de tu compañera de piso conozca mi nombre?

Elliot gimió, dejando caer su rostro en sus brazos doblados sobre la mesa. —No me estaba quejando —murmuró—. Ese es el problema.

Quería saber más, indagar y descubrir a qué se refería, pero me recosté con una sonrisa. —Vale, no preguntaré —me reí.

Levantó la cabeza con un puchero agradecido que me suplicaba besarla. —No es que no quiera que preguntes —dijo—. Es solo que... no sé.

—¿No es tema para una primera cita? —ofrecí.

Se sonrojó de nuevo pero asintió.

Le sonreí. —Entonces —la animé—. ¿Vas a contarme cómo esta cafetería se convirtió en tu favorita de toda la ciudad?

—Es una historia larga y aburrida —dijo con una mueca.

Arqueé una ceja. —Estoy bastante segura de que 'larga y aburrida' es parte de la jerga de primera cita —dije—. Ya sabes, cuál es tu color favorito, película, por qué te gusta venir a una cafetería al otro lado de la ciudad. Lo normal.

Elliot se rió. —No creo que nunca me acostumbre a que hagas bromas. Pero tienes razón. Te aburriré con mi historia. Pero primero: ¡Dina!

Casi salto de mi asiento ante su repentino grito.

—¿Sí?

—¿Podemos tomar patatas fritas y dos batidos de chocolate, por favor?

—¡En camino, cariño!

Elliot se volvió hacia mí con una sonrisa radiante. —*Ahora* puedo aburrirte.

Puse los ojos en blanco, cautivada.

Estaba tan a gusto, tan cómoda, que casi olvidé que estábamos en un restaurante con otros clientes.

—Conocí a Reese en este lugar hace años —explicó, mirando alrededor del interior de la cafetería. La nostalgia brillaba en sus ojos —. Acababa de experimentar mi primera verdadera ruptura. Supongo que ruptura es una palabra demasiado fuerte, pero estaba en el instituto y esta chica que me gustaba empezó a salir con un chico. Estaba devastada.

—Comprensible —bromeé, imaginando una versión más joven de Elliot, preguntándome cómo habría sido. Cuánto había cambiado desde entonces.

En fin —continuó, con las mejillas sonrosadas—, vine aquí tarde una noche porque era el único lugar abierto y decidí ahogar mis penas en un batido de chocolate. Reese justo entró después de una fiesta de victoria de su equipo de lacrosse. Y el resto, como dicen, es historia. Ni siquiera ha cambiado mucho, aparte de la propiedad. Reese y yo veníamos aquí casi todos los días para almorzar.

—¿Y tú y Reese? —pregunté, un poco incómoda porque no tenía derecho a preguntar. Pero simplemente tenía que saberlo—. ¿Nunca estuvisteis juntas?

Elliot resopló.

—¿Reese y yo? —se burló—. Somos lo que ella le gusta llamar 'almas gemelas platónicas'. Nos queremos, pero ahí empieza y termina. Ella planea casarse con Noah el próximo año.

Extendió la mano por encima de la mesa y tocó la mía. —Y yo te tengo a ti.

Me mordí el interior de la mejilla para evitar sonreír como una idiota, pero dudo que lo haya conseguido lo suficientemente bien.

Por alguna gracia, Dina apareció para salvarme de avergonzarme.

—Aquí tenéis —dijo, poniendo un plato enorme de patatas fritas entre nosotras y dejando los dos batidos que Elliot había pedido.

—Gracias —dije, convencida de que mis mejillas estaban tan rosadas como el brillante letrero de neón del exterior.

—Gritad si necesitáis algo más —dijo Dina alegremente, yendo rápidamente a otro reservado.

Miré el batido frente a mí, y luego miré a Elliot.

Tomó una patata y la sumergió en el batido antes de metérsela en la boca con un satisfecho murmullo.

Hice una mueca.

—No me digas que nunca has probado esto —dijo inexpresivamente, mirándome.

—No puedo decir que haya comido en una cafetería, en general —me defendí—. Y mucho menos sumergir una *patata frita* en un *batido*.

—No puede ser —dijo. Se sacudió las manos y se puso de pie, rodeando la mesa y agitando sus manos hacia mí—. Hazte a un lado, vamos a hacer esto.

Gemí, pero me deslicé más dentro del reservado, solo consolada porque se sentaba a mi lado.

Agarró una patata y la sumergió en mi batido, levantando su otra mano para evitar que goteara en cualquier sitio.

—Ah —me indicó, con sus manos flotando frente a mi cara.

La miré fijamente y ella me devolvió una mirada aún más intensa.

No ganaría esta vez.

Con un suspiro exasperado, cedí y abrí la boca.

Me ofreció la patata y le di un mordisco, preparada para estremecerme, pero ella dejó caer un beso en mis fruncidos labios.

Y de repente, nunca había probado nada más dulce.

Me observó atentamente, esperando a que masticara y tragara.

—¿Y?

No pude contener la risa burbujeando en mi pecho. Mentí. —No está tan mal como pensaba.

Dio un puñetazo al aire en señal de triunfo y volvió a su asiento.

—Te lo dije —se rió, tomando otra patata y sumergiéndola en su batido.

—Ni siquiera me gusta mucho el chocolate —murmuré, más para mí misma.

Me pregunté cómo todo lo que hacía podía ser tan entrañable, que pudiera ignorar el chocolate por completo, ignorar mi incomodidad, y enamorarme una y otra vez.

Más y más profundamente.

Se cubrió la boca, jadeando teatralmente.

—Inaceptable —declaró—. Mi novia no puede *no* gustarle el chocolate. Es mi séptima cosa favorita en el mundo.

Levanté las cejas, tragándome otra risa.

Me encantaba verla así.

—Te propongo un trato —ofrecí, inclinándome hacia adelante. Ella se animó, acercándose también—. Comeré chocolate con una condición.

—Lo que sea —dijo, sin rastro de diversión en sus ojos.

Sonreí. —Tienes que dármelo de comer tú.

Vi el rubor subir por su cuello y posarse en sus mejillas, y ella gimió. —Eres tan *cursi* —se quejó, dejando caer su cara entre sus manos.

No me importaba. Solo quería verla sonreír. Siempre.

—Te quiero —solté, sorprendiéndome a mí misma con mi propia confesión. Pero era demasiado tarde, y no quería retractarme.

Elliot me miró boquiabierta por un momento, con la mandíbula floja y los ojos abiertos. —Yo... ugh, no puedo creer que me ganaras de nuevo —refunfuñó con un puchero.

Un nudo que no había notado se aflojó en mi pecho y exhalé. —Normalmente, lo dirías *de vuelta* —reflexioné, tomando un sorbo de mi batido.

—Y yo te quiero, Cameron.

El batido se alojó en mi garganta y tosí, completamente desprevenida para la oleada de emociones.

Tosí de nuevo, tratando de aclarar mi garganta, y Elliot sonrió con suficiencia.

—Lo dijiste primero y aun así estás sonrojada como una adolescente —se burló.

—Solo —hice una pausa, riendo—. Hace tiempo que no escucho a nadie decir eso.

Esperaba que Elliot frunciera el ceño, pero, como siempre, me sorprendió con una sonrisa maliciosa. —Bueno, acostúmbrate. Sabes —añadió, metiéndose unas cuantas patatas en la boca—. Realmente me hiciste perseguirte.

—¿Perdón?

—Tú —se rió—. Me hiciste perseguirte desde el primer día. Dios, ni siquiera puedo empezar a explicarlo. Estaba luchando por mi vida todos los días, rezando para que me vieras de la misma manera.

Mis mejillas ardieron de vergüenza y sorbeé mi batido en silenciosa protesta. —No sé de qué estás hablando —le dije con calma, mi corazón latiendo fuertemente en mi pecho.

Extendió la mano y tomó la mía, presionando un beso en mi palma, sus ojos cerrándose.

—Mereces cada persecución, Cameron. De lo contrario, no estarías en un restaurante de mala muerte.

Me reí suavemente, mi pulgar acariciando la calidez de su mejilla. —Tienes razón respecto al restaurante —bromeé.

29

Elliot

Atravesando el vestíbulo con ligereza, saludé a algunos de los empleados que pasaban a mi lado.

Una bolsa de regalo púrpura se balanceaba en mi mano, con el teléfono en la otra mientras me dirigía hacia los ascensores. No era temprano en absoluto, así que había algunas personas deambulando, principalmente visitantes o contratistas.

—Sí, estoy subiendo —dije—. ¿Ha terminado con su agenda?

—Me aseguré de ello —respondió Adeline.

Colgué con una sonrisa, mi corazón palpitando de anticipación. Cuando finalmente llegué al último piso, Adeline se apresuró hacia el ascensor, recibiéndome con una brillante sonrisa en cuanto salí.

—Hola, Adie —saludé, sin poder evitar sonreír a su vez—. ¿Todo listo?

Adie asintió, guiándome de regreso a lo que solía ser mi escritorio.

Después de semanas de intenso entrenamiento, Adie finalmente estaba lista para que le cediera mis responsabilidades como asistente de Cameron.

Quizá hubo (o quizá no) cierto número de discusiones sobre el horario de Cameron que posiblemente gané...

—¿Entonces tienes todo claro? —pregunté de nuevo, con los nervios retorciéndose en mi estómago. Me había acostumbrado tanto al trabajo que dejarlo era una incomodidad para la que no estaba preparada.

—Absolutamente todo —me aseguró Adie, dejándose caer en su asiento y tecleando en el ordenador—. Tengo recordatorios y recordatorios *para* los recordatorios. Y si necesito algo, tengo tus notas.

Con una sonrisa afectuosa, miré mi cuaderno.

Era un absoluto desastre de notas adhesivas, esquinas dobladas y un lomo tan maltratado que me hizo estremecer.

—Espero que puedas sacarle algún provecho —dije, rozando la gastada cubierta con las yemas de los dedos.

—¿Elliot?

Mi boca se extendió en una amplia sonrisa y levanté la mirada, encontrándome con la mirada curiosa de Cameron.

Estaba de pie en la puerta de su despacho, con la camisa blanca desabrochada en el cuello.

—Buenos días —canturreé, conteniéndome para no acercarme y besarla hasta dejarla sin aliento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con los ojos posándose en mis vaqueros—. ¿No era ayer tu último día? ¿No empiezas tu nuevo trabajo mañana?

Sonreí, con el pequeño nudo de nervios en mi estómago retorciéndose ante la mención de mi nuevo trabajo. El desarrollo de software era un reto para mí, pero me entusiasmaba trabajar con una nueva startup, y estudiar un campo nuevo no sonaba tan mal.

—¿Ya me echas tanto de menos? —bromeé, a lo que ella puso los ojos en blanco—. Estoy aquí para recogerte, obviamente.

Cameron frunció el ceño, sus ojos pasando de mí a Adie y viceversa.

—¿Recogerme? —repitió, con una ceja arqueada en confusión.

—Sep —dije, haciendo un sonido explosivo con la 'p'. Dejé la bolsa de regalo en el escritorio de Adie—. Adie ha hecho lo imposible y ha despejado tu agenda para hoy y merece todos los elogios. Lo que significa que tu tiempo es *mío*.

Cameron simplemente me miró pestañeando.

—Eso no es posible —rebatió, con el ceño fruncido—. Hay toda una nueva startup en la que necesito trabajar. Sin mencionar que hay una avalancha de papeleo esperando a que lo revise...

—Cameron —me reí, acortando la distancia entre nosotras y dándole un casto beso en los labios—. Nos hemos encargado de todo, ¿vale? Adie tiene todo esto bajo control, te lo juro. ¿Verdad, Adie?

—Todo está bajo control —Adie sonrió radiante, con sus ojos verdes arrugándose con la sonrisa—. Y me temo que tendré que llamar a seguridad si no te vas pronto.

—¿Seguridad? —se burló Cameron.

Le tomé la mano, besando el dorso con una sonrisa maliciosa.

—Me he esforzado muchísimo durante semanas para que esto ocurra, Cameron —hice un puchero, sabiendo que eso la derretiría al instante—. Y Adie se ha asegurado de que todo mi trabajo no fuera en vano. ¿No quieres pasar tiempo conmigo?

Vi cómo la determinación de Cameron se desmoronaba, con un fugaz destello de culpabilidad.

—Eres insufrible —cedió, con los hombros cayendo en señal de derrota—. Muy bien, mi tiempo es tuyo. ¿Qué vamos a hacer?

Cameron

—¿La sala de juegos?

Elliot se dobló de risa, evidentemente el gesto de puro desdén en mi cara era demasiado para ella.

—No es una mazmorra de tortura —se rió, secándose una lágrima del ojo.

Hice una mueca.

—Podría perfectamente serlo —refunfuñé en respuesta.

Elliot sonrió con picardía, atrayéndome lentamente hasta que estábamos nariz con nariz. —Simplemente no sabes cómo relajarte —murmuró, besando suavemente mis labios—. Por una vez tenemos todo el día para nosotras; sin trabajo, sin compañeras de piso. Solo tú y yo, ¿y estás haciendo pucheros porque te he traído a una sala de juegos?

No pude evitar que mi cuerpo se inclinara hacia su tacto, anhelando más.

—Mi idea de relajarme incluye un jacuzzi y vino —argumenté, con la punta de mi nariz rozando la suya—. Lo cual, debo añadir, también es algo que podemos hacer sin que el trabajo o los compañeros de piso se interpongan en el camino.

Mis dedos bailaron por su cintura y me acerqué, mis labios cerca de su oído. —Solo tú y yo.

Se estremeció, sus dedos aferrándose a la tela de mi chaqueta.

Apenas estaba vestida para un día libre, y mucho menos para una maldita sala de juegos.

—Por divertido que suene —respondió Elliot, con la voz un poco inestable—. Tendré que mantenerme firme. Pero entiendo si te da demasiado miedo enfrentarte a una campeona como yo.

—¿Perdona?

—Oh no, no te preocupes —dijo, fingiendo inocencia y alejándose un paso—. *Soy* una adversaria bastante formidable.

—Acepto el reto —sonreí.

Con una risita sin aliento, me arrastró dentro y se detuvo, su boca abriéndose de asombro.

Tampoco podía decir que no estuviera impresionada.

Lo que esencialmente era el sueño más salvaje de cualquier niño nos recibía, dos plantas dedicadas a juegos de arcade que ni siquiera había oído mencionar.

—Es *enorme* —exclamó Elliot, y asentí en acuerdo antes de girar la cabeza para mirarla con sospecha.

—Esta fue *tu* idea —le recordé—. ¿Nunca habías estado aquí?

—Vine una vez —se encogió de hombros—. En la universidad, pero no estaba ni remotamente tan equipado como lo está ahora. ¡Tienen siete máquinas de Dance Dance Revolution! *¡Siete!*

Me reí ante la maravilla que brillaba en sus ojos e intenté traerla de vuelta a la Tierra por un segundo.

—¿Y bien? —la incité—. ¿Necesitamos fichas o algo?

Elliot me dedicó una sonrisa y metió la mano en su bolsillo, sacando dos tarjetas amarillas brillantes con el logo de la sala de juegos estampado en un lado.

—Todo cubierto —dijo.

Respiré hondo y cuadré los hombros. —Guía el camino.

—Ni hablar, no, exijo una revancha.

Me reí, recogiendo los pequeños boletos que seguían saliendo de la máquina.

—Me niego —bromeé, con las manos llenas de los pequeños boletos—. ¿Hay una cesta o algo para todos estos? No sé cómo voy a jugar con las manos llenas.

Elliot me sacó la lengua, con la picardía brillando en sus ojos. —Suerte de principiante —gruñó—. Bien, tú eliges el siguiente.

Me incliné hacia ella, besando su mejilla. —Elige tú —dije.

No me importaba qué haríamos después, o si ganaba o no.

Ella escudriñó la sala, poniéndose de puntillas.

Y yo estaba feliz contemplándola.

Se volvió hacia mí, con picardía y alegría dibujadas en su hermoso rostro.

Y rápidamente intervine.

—La máquina de baile no —le dije, con voz mortalmente seria. Hizo un puchero, pero me mantuve firme—. No. Jugaré a cualquier otra cosa que quieras, pero ahí trazo la línea.

Su puchero se transformó en una sonrisa maliciosa.

—Gallina.

—No va a funcionar —le dije, con la mirada decidida.

Suspiró dramáticamente y se encogió de hombros. —Valía la pena intentarlo —se rió—. ¿Deberíamos ir a comer algo?

Suspiré aliviada. —No me digas —me reí—. ¿Algodón de azúcar?

—No, cariño —dijo con una risita—. Mejor. Vamos a comer perritos calientes.

Tragué otra queja y dejé que me arrastrara hasta la zona de comidas.

—¿Hay alguna razón por la que esté notablemente vacío? —le pregunté, sorprendida de nuevo por lo tranquila que estaba la sala de juegos—. Esperaba gritos y berrinches, pero parece que solo estamos nosotras aquí.

—Oh, creo que las escuelas terminan dentro de unas dos horas más o menos —dijo, ofreciéndome un perrito caliente—. Y tenía que asegurarme de que no íbamos a tener que pelear con un montón de niños de cuarto por acceder a Tekken.

—¿Tekken?

—Mmm-hm —murmuró—. Perdí espectacularmente contra ti en el aro, así que tengo que hacer *algo* para impresionarte.

Terminamos de comer y ella corrió por las escaleras que llevaban al segundo piso.

Enormes pantallas alineaban las paredes, cada pantalla con un conjunto de joysticks. Gritos ostentosamente ruidosos y declaraciones de violencia hacían eco y se mezclaban entre sí. El silencio era un poco más pesado lejos de los pocos otros con quienes compartíamos la sala de juegos.

—¡Allí! —exclamó, señalando felizmente una de las pantallas más cercanas al final de la fila. Salió disparada y la seguí, con una sonrisa

de satisfacción encontrando su camino hacia mi rostro.

Pasó la tarjeta de la sala y el juego cobró vida rugiendo, mucho más fuerte que cualquiera de los otros a nuestro alrededor.

Se sentó en el banco negro y se movió hasta encontrar una posición cómoda, dando palmaditas al espacio a su lado.

Me senté, aceptando el joystick que me ofrecía.

—Vale, esto sigue siendo bastante retro —explicó, señalando el joystick—, así que los controles son un poco menos complicados que la versión de consola.

Me explicó las reglas y los controles, cómo ciertos personajes tenían movimientos finales que resultarían en un nocaut y una victoria instantánea.

Pero mi mente se había escapado con mis propios pensamientos, planeando un futuro que nunca pensé que tendría con ella. Breves destellos de su risa entremezclados con las sonrisas que le encantaba darme, sus toques reconfortantes y su cuidado inquebrantable.

Obviamente, perdí. Todas y cada una de las rondas.

La barra de salud de mi personaje prácticamente se evaporaba con cada golpe que aterrizaba el suyo, su resonante grito de triunfo era música para mis oídos.

No había escuchado ni una palabra de lo que me había dicho sobre el juego, demasiado cautivada por los quizás y los qué pasaría si que podríamos compartir.

Ella se detuvo en medio de su baile de victoria, entrecerrando los ojos hacia mí.

—Más te vale no estar dejándome ganar —me advirtió.

Me reí. —Ni siquiera recuerdo lo que dijiste sobre la combinación de K.O. técnico, mi amor —le aseguré—. Nunca he jugado a este tipo de juegos antes.

—¿A Mark no le gustaban los videojuegos? —preguntó, su curiosidad transformándose en preocupación en un instante—. Lo siento, no quería...

—Está bien —le dije, con el pecho un poco apretado—. Es... agradable poder hablar de él. Y sí, estaba obsesionado con estas cosas. Siempre estaba encima de él por eso.

Pareciendo un poco aliviada, Elliot se rió ligeramente. —No puedo decir que me sorprenda —bromeó—. Aunque una de tus mejores amigas básicamente construyó la industria de los videojuegos tal como la conocemos.

—Sí, sí, ya he oído todo eso antes —suspiré, recordando cómo Mark luchaba con uñas y dientes para mantener su consola durante el período escolar—. No es que Reid me lo pusiera más fácil.

—¿Por qué no? —rió ella.

—Le enviaba todas las versiones beta de los juegos que su empresa estaba creando —dije, un poco resentida de que mi propia mejor amiga le pasara a mi hijo los mismos juegos que le había advertido que no jugara—. Yo quería que estuviera fuera, montando a caballo o haciendo atletismo y él insistía en superar todos los niveles de todos los juegos que pudiera conseguir. Me volvía loca.

Elliot sonrió, bajando la mirada al joystick en sus manos. —Me habría encantado conocerlo —dijo en voz baja.

Mi corazón dolió un poco, y deslicé mi mano sobre su muslo, apretando suavemente. —Le habrías encantado.

Los ojos de Elliot brillaron de alegría, su sonrisa un poco temblorosa por la emoción. —Un gran elogio viniendo de ti —rió.

Mi pecho podría haber explotado en ese momento, porque cada fibra de mi ser estaba tan encantada, tan enamorada.

No podía seguir manteniendo eso en secreto.

—Te amo —dije, sosteniendo su barbilla entre mi pulgar e índice —. Tanto que no tengo palabras para expresarlo.

—Estás siendo dramática —bromeó, cerrando la distancia entre nosotras con un beso que envió escalofríos por mi columna vertebral —. Y yo también te amo. Drama incluido.

Nos besamos de nuevo, seguras en nuestra pequeña burbuja en el segundo piso de una sala de juegos vacía.

Sentí que mi vida estaba comenzando de nuevo.

30

Seis meses después

Cameron

—Ya tienes suficientes cuadros colgados en las paredes de tu casa —me acusó Elliot, bloqueando mi camino hacia la última pared vacía que pude encontrar.

—Pero este sería perfecto para mi D'Eline Ascotte —argumenté, sosteniendo el cuadro en cuestión.

Ella sacudió la cabeza vehementemente, negándose a moverse. —Todo lo que trajiste contigo fue un total de *una* caja, Cameron —me provocó, exasperada pero hermosa de todos modos—. Y la mayoría de esas cosas son esculturas.

Señalé alrededor del resto del apartamento, donde mis pertenencias se entremezclaban con las suyas.

—Literalmente todo eso vino de mi apartamento —respondió—. Prácticamente ya vivías conmigo.

—Y fui lo suficientemente caritativa como para ceder y dejarte elegir un apartamento en la ciudad como nuestro nuevo hogar —le recordé, dejando el cuadro con cuidado y caminando hacia ella. Rodeé su cintura con mis brazos, acercándola y besándola lentamente—. Todo lo que pido a cambio es un pequeño espacio para mi pieza favorita.

Hizo un puchero en mis brazos. —No es justo —murmuró.

Con una sonrisa triunfante, volví a mi cuadro, levantándolo y midiéndolo contra la pared.

Ella se rió detrás de mí, dirigiéndose a la cocina donde habíamos dejado la mayoría de las cajas.

Mudarse había sido toda una experiencia, por decir lo menos.

De todas las cosas que esperaba, una despedida teatral completa de dos horas por parte de Reese no estaba en la lista. Para cuando habíamos enviado la mayoría de las cosas de Elliot hasta aquí, ya era bastante después de la hora de la cena.

Asomándome por la esquina de la pared, sonreí al ver nuestra cena improvisada, una pizza grande y una botella de vino, que consumimos sentadas en el suelo, con nuestras piernas entrelazadas.

Mi sonrisa se había convertido en una residente inesperada, noté. Pero era imposible estar miserable cerca de Elliot.

Caminé por el apartamento y volví a la habitación más pequeña que se convertiría en el estudio de Elliot. La encontré allí, con una de las muchas cajas en sus brazos mientras catalogaba los libros que ya había desempacado.

Aún no me había notado, y aproveché la oportunidad para admirarla y, sí, quizás estaba mirándola con deseo.

Tarareaba suavemente, usando su rodilla para levantar más la caja entre sus brazos.

Las estanterías cubrían las paredes, la mayoría ya llenas de libros, y Elliot frunció el ceño.

—Si necesitas una biblioteca, amor —dije, entrando y quitándole la caja—. Te compraré una.

—Dramática, pero tentador. —Rió, derritiéndose en el círculo de mis brazos.

La besé, saboreando el dulce sabor a fresa en sus labios.

—¿Sabes qué más es tentador? —ronroneé, llevándola lejos de las cajas desbordantes de libros.

Nos dirigí a la cocina, presionando su espalda contra la encimera. —Estrenar el apartamento.

—Oh, eso *sí* es tentador —murmuró, con una sonrisa astuta tirando de sus labios—. Y me siento bastante hambrienta; podría usar un aperitivo ahora mismo.

Me reí, inclinándome hacia adelante y uniendo nuestros labios de nuevo.

Fue lento, sin prisas. Casi perezoso.

El tira y afloja, el lamer y arrastrar de nuestras lenguas, familiares con cada roce electrificado entre sí.

Sus manos encontraron su camino debajo de la camiseta que llevaba, sus dedos hundiéndose en mi piel buscando apoyo.

Con un suspiro, me incliné hacia ella, mi cuerpo ansioso por más de su tacto. Más de ella.

Una por una, las prendas de vestir cayeron al suelo de baldosas, olvidadas en favor de la piel febril.

Su tacto era eléctrico, irreverente y provocador, sus toques ligeros como plumas apenas suficientes para negarme.

Y era esto, pensé, lamiendo dentro de su boca, su dulzura embriagadora en mi lengua - *Esto* era todo lo que nunca esperé querer.

Todo lo que siempre había existido justo fuera de mi alcance. Esperando, sospechaba, como yo lo estaba.

Por Elliot.

Ella acarició mis senos, sus manos ardiendo contra mi piel, un muslo encajado entre los míos.

Ninguna palabra salió de nuestros labios.

No había nada nuevo que necesitara ser dicho, nada que su cuerpo no pudiera decirme. Nada que yo no le hubiera confesado ya.

Se movió a mi cuello, esparciendo suaves besos y mordiscos posesivos en mi piel, la excitación calentando mi vientre. Me acercó imposiblemente, sus caderas ya meciéndose contra las mías, pero no había prisa.

El sol cayó detrás del horizonte, y las manos de Elliot vagaron más abajo.

Mis propias manos sujetaron sus caderas contra las mías, robando con avidez cada pequeño gemido que se escapaba de sus labios hacia los míos.

—Podría hacer esto para siempre —murmuré, probablemente por centésima vez, pero no me importaba. No cuando las risitas de Elliot se mezclaban con sus murmullos de satisfacción.

—Siempre dices eso —me acusó, chupando hasta dejar una floración púrpura en la piel de mi clavícula—. Y siempre estoy de acuerdo. Pero esta vez, espero que me dejes comerte en su lugar.

Una descarga de deseo me atravesó, bajando por mi columna y palpitando en mi bajo vientre.

—*Joder*, como si fuera a detenerte —gemí, mis dedos encontrando su clítoris y rozándolo suavemente.

Cruelmente.

Con un siseo frustrado, Elliot cambió nuestras posiciones, presionando mi espalda baja contra la encimera. Sus labios dejaron un rastro de besos calientes y húmedos por mi cuerpo, su lengua saliendo para lamer uno de mis pezones.

Siseé, mi vagina humedeciéndose más y más con cada giro de su lengua.

—Podría besarte para siempre —murmuró Elliot, las yemas de sus dedos frotando mi clítoris—. Pero prefiero verte correrte una y otra vez.

—Cállate —gemí, mis muslos amenazando con cerrarse alrededor de su muñeca. Ella rió, presionando sus dedos dentro de mí lentamente.

—Lo que tú quieras —bromeó, arrodillándose frente a mí—. De todos modos, tengo mejores formas de usar mi boca.

Le habría puesto los ojos en blanco, pero enroscó sus dedos detrás de mi rodilla y la enganchó sobre su hombro. Bombeaba firmemente sus dedos dentro y fuera de mi vagina palpitante, con los ojos brillantes.

Se inclinó hacia adelante, la punta de su lengua rozando mi clítoris, enviando punzadas de calor por mi columna.

—¿Está mejor así? —ronroneó, añadiendo un dedo dentro de mi vagina, mirándome a través de sus pestañas.

Joder, claro que sí.

Pero apoyé mis manos en la encimera detrás de mí, obligando a mi expresión a permanecer neutral.

Por ahora.

—Vas por buen camino —le dije, con la voz entrecortada.

Sonrió con picardía, el calor húmedo de su lengua moviéndose en pequeños círculos sobre mi clítoris, con sus ojos fijos en mi rostro todo el tiempo.

Nunca me cansaría de esto, de ver su mirada desafiante mirándome desde entre mis muslos. O el movimiento de su lengua mientras sus dedos presionaban mi punto G.

Succionó el bulto de nervios, tarareando y empujando sus dedos dentro y fuera, el calor enroscándose fuertemente en mi vientre.

Mis brazos temblaban de placer, luchando por sostener mi peso. Mis caderas se movieron hacia adelante, persiguiendo el placer hormigueante de su boca, desesperada por más, ansiando perderme en ella.

Succionó mi clítoris en su boca, arrancando un gemido tembloroso de mis labios, la rodilla que no estaba apoyada en su hombro amenazaba con ceder.

—N-no hagas eso —jadeé, mi pecho subiendo y bajando con tragos ásperos de aire—. No puedo seguir de pie si haces eso.

No respondió, pero tampoco obedeció, sus mejillas se hundieron y enviaron cegadoras olas de éxtasis caliente que se estrellaron contra mí. Mis brazos cedieron, mi cuerpo solo se mantuvo erguido gracias a que ella sujetaba mi pierna.

—Joder, a-amor, *ah*! —gimoteé, sin importarme cómo sonaba, solo quería más. Dios, necesitaba más.

Su lengua giró sobre mi clítoris una y otra vez, mis muslos temblando mientras la presión se acumulaba y aumentaba y *crecía*-

Y cuando ella hundió sus mejillas de nuevo, las estrellas estallaron detrás de mis ojos, mi espalda arqueándose fuera de la encimera mientras mis músculos se bloqueaban en placer.

—Joder —lloriqueé, mis respiraciones temblando desde mis labios entreabiertos con cada roce agonizante de su lengua en mi clítoris.

Sus dedos se ralentizaron dentro de mí, la electricidad zumbando a través de mi cuerpo casi cegadora. Y mientras lentamente se disipaba, Elliot se puso de pie, sus dedos aún masajeando mi punto G.

Luché por recuperar el aliento, tratando de parpadear para alejar las estrellas que salpicaban mi visión.

—¿Estás bien, nena? —preguntó, presionando un beso húmedo en mi garganta.

Todavía un poco delirante, pronuncié las primeras palabras que vinieron a mi mente. —Voy a casarme contigo algún día.

Su cuerpo se congeló por un segundo antes de que se alejara, sus ojos muy abiertos brillando con lágrimas no derramadas.

Me sobré al instante, alcanzando torpemente su rostro. —¿Estás bien? —balbuceé, preocupada de haberla disgustado. Tal vez era

demasiado pronto y había metido la pata-

Ella presionó sus labios contra los míos, castos, dulces y perfectos.

Sorbió mientras se alejaba, con las mejillas sonrojadas. —Nada me haría más feliz.

La alegría que estalló dentro de mí eclipsó todo lo demás, y estrellé nuestros labios juntos. Ella rió entre lágrimas, alejándose.

—Nunca esperé una propuesta de matrimonio mientras todavía te estaba masturbando. —Rió.

Sonreí con picardía, capturando sus labios otra vez.

—Entonces déjame mostrarte *exactamente* lo que tengo planeado para nuestro futuro.

¿Quieres más?

La historia de Hayden es la siguiente en **No está en la agenda:**

Hayden vive para el control: tranquila, serena e intocable. ¿Intervenir para rescatar a una impresionante desconocida de una mala cita? Eso no estaba en el plan. Tampoco lo estaba descubrir que la misma mujer —que ahora le lanza dagas con la mirada desde el otro lado de la mesa de juntas— es la gerente de su más reciente adquisición. Las chispas se encienden, los temperamentos estallan, y antes de que Hayden se dé cuenta, su mundo perfectamente ordenado está cayendo en el caos... y en la tentación ardiente.

Comienza a leer **No está en la agenda** aquí: https://www.amazon.es/dp/B0F297VSHS